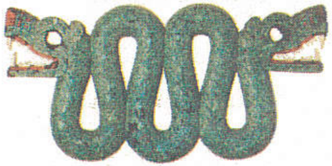
Nudo de Serpientes



Alejandro Aldana Sellschopp

Ediciones de El Animal

Nudo de Serpientes
© Alejandro Aldana Sellschopp y
Ediciones de El Animal.

2004.

Diseño de portada: Luis Reyna.

Presentación

Nudo de serpientes *o la representación de fuerzas sociales en Chiapas: el indígena que recorre la orfandad, el poderoso enfrentado con su alter ego al traves de un lejano conquistador. El conquistador reflexiona su quehacer y reclama al poderoso, El General, el débil comportamiento contra los indios. Los caxlanes asoman como talamontes, organizadores, ministros de iglesias u hombres de gobierno o narradores de una historia que inicia: y ya historia antigua, como la conquista de Chamula, o historia joven, como la revolución mexicana, ya historia reciente, como el alzamiento de 1994, en ese transcurso repta silenciosa la serpiente del Poder, tiene la cualidad de multiplicarse, de pronto en el serpenterio donde se autorreproduce, contrae y estira su cuerpo, se anuda y a quienes asfixia, amenaza o apresa hasta la muerte, sea por su veneno o por la fuerza contra ese cuerpo, son, en esta historia, a quienes viven bajo el ejercicio de ese poder.*

En las culturas mesoamericanas antiguas la serpiente fue divinizada, Quetzalcóatl su más elaborada representación, cosmovisión interrumpida por la brutal conquista europea. Nudo de serpientes *es la traducción de Wolonchan, en idioma tseltal, caserío donde el poder ejerció, de nueva cuenta, el peso de su brutalidad por algunas hectáreas de tierra.* Nudo de serpientes *es, así, la metáfora del individuo frente al rastrero animal que persigue*

a quienes tienen, al menos, la capacidad de protesta, de enojo ante su situación económica, social, histórica. Sencilla metáfora que representa al poder: acechante, silencioso, traicionero, falaz, y siempre dispuesto a utilizar el veneno de sus glándulas o la fuerza de su cuerpo en tierra. La historia recrea al poder en el serpenterio de su existencia; no importan los intentos del individuo o masa de individuos por exigir sus derechos más elementales: el poder posee conciencia de su poderío, y al ejercerlo reduce cuanto le rodea al ámbito de sus necesidades, así el individuo, sobre todo el individuo indio, sólo desea abrirse un mínimo hueco, un sencillo espacio en las 'simpatías' del patrón, es éste su máximo referente en la escala social del Chiapas antes del alzamiento de enero de 1994, y durante los largos años de ese ejercicio de poder casi absoluto.

A partir del planteamiento anterior Alejandro Aldana Sellschopp dinamiza la historia que posibilita acercarse a personajes de carne y símbolos: un joven tseltal-tojolabal, sensible a los problemas que la vida le impone, crece adulando al patrón de la finca porque su padre reprodujo hacia su familia el símbolo de El General casi como divinidad, es decir, el padre transmite conocimiento erróneo, funge como eslabón tergiversador de una situación histórica al grado que ese joven será un gatillero más de los poderosos, y en el futuro de su historia, por un accidente, la cercanía de una hermosa mujer tojolabal, la representación de Chiapas en el secreto organizacional, será el Mayor

Moisés; hombre bajito, regordete, joven, disperso, dispuesto a combatir contra un enemigo que encuentra a cada paso, en el sueño, en la cotidianidad apabullante e inmisericorde de la explotación del trabajo: él mismo.

Moy recorre el difícil camino de su vida hasta encontrar la conciencia de su individualidad como la conciencia del papel del individuo en la historia, en el quehacer social, político, militar. No es destino; la concienca es responsabilidad, iniciativa, esfuerzo e infinidad de trabajo, sobre todo, cuando ese individuo adquiere conciencia revolucionaria: en ese camino y en ese momento, la conciencia revolucionaria le permite entendimiento con otros individuos de la misma historia, o pueblo: Moisés, de peón acasillado y exgatillero del finquero brinca a las filas de los milicianos rebeldes mediando como proceso el accidente histórico. Lo substancial aparece en el desarrollo de sus transformaciones cualitativas como ser humano sin importar grupo lingüístico, sexo o religión.

Mariano Azuela (Lagos de Moreno, Jalisco 1873-Distrito Federal 1952) escribió Los de Abajo *impelido por la participación directa, fue escritor-notario; Nelly Campobello en sus cuentos cortos fue testiga, infantil, de la crueldad de los enfrentamientos entre las fuerzas villistas y las federales, así recreó a* Cartucho*, personaje esencial de sus historias. Pasados los combates y la confusión que toda guerra provoca Martín Luis Guzmán (Chihuahua 1887-Distrito Federal 1976) emprende tareas estéticas como* La

Sombra del Caudillo; esa narrativa fue posrevolucionaria, ayudó a comprender el 1910-17. (La novela de la revolución es el origen de la novela mexicana moderna; así, la novela mexicana está por cumplir sus primeros cien años, es joven). El periodo de la revolución está muy definido y lo abordaron autores de amplio talento y profunda formación literaria: todo movimiento social que logra calar las fibras del conjunto de la sociedad siempre traerá consigo un cambio de referentes en las expresiones artísticas y culturales de esa sociedad.

Aquel tema no se agota, ya como fuente literaria o científica. Para quienes siguen la narrativa mexicana el periodo se expande con la aparición de José Revueltas, este autor integra a la literatura una expresión de conciencia: entre muchos, este es el enorme acierto de José Revueltas: el individuo en los movimientos sociales actúa con capacidad de elaborar IDEAS para su autotransformación como para la transformación de quienes le rodean: y Revueltas hace girar el grueso de su obra en ese eje histórico-estético, en algunas novelas parece que sucede lo contrario, pero no: es el individuo capaz de las más bajas acciones como de las más sublimes por una causa, por una IDEA, para Revueltas el montón, la bola, esa forma espontánea e incontrolada de la masa, la niega ante el individuo conciente, en cualquiera de sus vertientes, pero conciente, para integrar a su pensamiento la correspondencia de sus actos. En Revueltas los personajes se comprometen, adquieren responsabilidades, a veces inhumanas, pero no evaden en la práctica cuanto han

diseñado en el pensamiento, es decir, existe la consecuencia del mismo. Revueltas cambia la literatura mexicana porque al mismo tiempo busca una forma estética en concatenación con el desarrollo de sus novelas.

Para quienes se beneficiaron de la revolución ese paraíso duraría eternos setenta años. Firmadas las paces entre los grupos rivales en el poder, distribuidas las cuotas del mismo, en forma de cargos en el gabinete, gubernaturas, embajadas o jerarquías en el ejército, el poder no escuchaba que abajo, en el México profundo se gestaban acciones que lo cuestionaban. Los movimientos guerrilleros durante 1960-1980 coinciden con profundos cambios en el mundo, la juventud exigía un nuevo trato en su presente y futuro. El régimen posrevolucionario enfrentaba severas crisis con organizaciones gremiales, campesinas y estudiantiles para las cuales el discurso de aquella revolución era una entelequia. Y el Estado mexicano, ese bloque de poder, homogéneo cuando de disolver organización se trata, ofreció cerrazón, el ejercicio de su brutalidad, y la masacre como respuesta.

En 1965 un grupo de jóvenes emprende la ofensiva contra el sistema económico imperante en México; tratan de tomar por asalto el cuartel militar del pueblo Madera, en la sierra de Chihuahua; en la acción son derrotados y acribillados, en ese momento nadie podría imaginar la importancia del evento político militar que daría como resultado el nacimiento de muchos grupos con esa orientación programática: las Fuerzas de Liberación Nacional,

antecedente del EZLN, tienen ahí su origen, su punto de partida, de ahí intentaron reproducirse, y lo lograron, en la selva lacandona. Así, la historia busca sus eslabones de continuidad.

Carlos Montemayor (Parral, Chihuahua, 1945), en Las armas del alba aborda los sucesos de Madera del 23 de septiembre de 1965, es su interés registrar el evento más que recrearlo. Pero Aldana Sellschopp finca sus motivos narrativos en el individuo ante la inmensa desesperanza e ignorancia, ante el trabajo brutalizado, es decir, Sellschopp expone como inquietud esencial la recreación del proceso de toma de conciencia. He citado los ejemplos anteriores por una razón: en la narrativa mexicana existe una consolidada tradición por narrar los sucesos que han transformado la historia, y en tanto que éstos han sido esencialmente violentos, tenemos por fortuna que nuestros mejores escritores tomen la iniciativa para darnos en forma de novelas aquellos momentos, la historia desde la novela.

Nudo de serpientes *es vitalidad. El peón Moisés al encontrarse con la conciencia no la deja escapar, su sensibilidad le exige compromisos y éstos los asume hasta ganarse el grado militar en manos de quien lo reclutó a las filas de una aventura para él absolutamente desconocida: construirse Hombre, individuo conciente de sus capacidades y cualidades para él jamás consideradas mientras servía en las fincas de El General o de su parentela; así Moisés aprecia el mundo con sus posibilidades transformativas. Aquí existe*

un eslabón del tratamiento de Aldana Sellschopp con José Revueltas: expone la dinámica por la cual los personajes vivifican su estar en las ideas estéticas, no sólo el retrato de los mismos; Aldana va a las causas y tiende el puente por donde transitarán sus personajes: el peón se transforma en dirigente; el expatrón, El General, preso en las filas rebeldes sometido al yugo de su alter ego, en apariencia lejano espíritu de los conquistadores.

En la estructura narrativa existe un tiempo que subordina las escenas de recuerdo: la contradicción de Bernal Díaz del Castillo con El General: ahí Moisés sólo permanece; es decir, como ha ocurrido por decenas de años, el pueblo indio o mestizo sólo están, no participan de las contradicciones entre los poderosos, la diferencia, en este tiempo narrativo, es que El General aparece sometido, más que por los zapatistas, por esa presencia fantasmal de la que no tenemos antecedentes sino hasta que ocurre.

En ese jacal perdido en la selva esos tres hombres, soldados, cada cual en sus recuerdos, en sus simplezas o en el balance de sus batallas, ahí reunidos aprecian cómo ha transcurrido el tiempo en sus vidas. El General minimizado por el fantasma; Díaz del Castillo exaltado hasta la rabia por la derrota de ese general; y el mayor Moisés, nuevo Hombre para el cual la historia comienza porque los dos primeros le han negado esa posibilidad. No hay apologías.

Alejandro Aldana Sellschopp reconstruye parte de la historia de Chiapas con un elemento de continuidad: la

traición como norma de comportamiento de los poderosos, su substancia, la superexplotación, el combate decidido contra la 'indiada', elementos que el autor ha integrado desde su primera novela corta y ahora desarrolla en dirección hacia la narrativa de largo aliento. Los sucesos tienen frescura histórica y estética; la recreación nos permitirá entender cómo muchos tseltales, tsotsiles, tojolabales, choles, mames, y caxlanes, en sus complejos cambios de la inconciencia, del alcoholismo, de la brutalidad, pasaron a su organización, a la disciplina militar porque la historia les ha enseñado que es imposible confiar en la palabra de los poderosos; primero es importante y esencial confiar en la palabra propia, hacerla realidad, es decir, palabra en consecuencia.

Tiene el lector un Nudo de serpientes *en las manos, novela donde parte de los seres humanos que habitan Chiapas decidieron el presente preguntándose cómo transformar la historia para darle sentido al futuro.*

José Antonio Reyes Matamoros.
Escuela de Escritores
del Espacio Cultural Jaime Sabines.
Sociedad General de Escritores de México.
SOGEM.

Nudo de Serpientes

Alejandro Aldana Sellschopp

Primera parte

Los caminos de la conciencia

"Los blancos hicieron que estas tierras fueran extranjeras para el indio, hicieron que el indio comprara con sangre el viento que respira. Por esto va el indio, por los caminos que no tienen fin, seguro que la meta, la única meta posible, la que le libra y le permite encontrar la huella perdida, está donde está la muerte".

Jacinto Canek, príncipe rebelde maya.

El General secuestrado, el jacal de su prisión se pierde en la lenta bruma del tiempo, un intenso olor a musgo penetra con el aire que se cuela por las rendijas de las paredes, refresca el perfume de madreselvas y flamboyanes, juega con la llama de la vela que arde en su palmatoria, el débil halo ilumina apenas la mesita apolillada, los despostillados platos de peltre con pedazos de tortillas y algunas galletas; en esa penumbra el Mayor Moisés cavila en una de las sillas, su pequeño cuerpo parece sobrecargado con las cananas y el M-16 sobre sus piernas; toma el vaso de plástico y bebe un sorbo de café caliente, la quietud permanece ajena a la tristeza de los dos hombres, el General ausente en sus miedos; el Mayor agitado por la nostálgica presencia de Pedro; cansancio mezclándose en una lucha de sortilegios y olvidos hasta formar un silencio frío y penetrante, tan presente que comienza a pesarles, les estorba, lo sienten como un animal herido que se arrastra desde su sangre.

El Mayor toma un pedazo de tortilla quemada de uno de los platos, se lo lleva a la boca con lentitud, lo masca pacientemente como si su dentadura fuese triturando la historia del hambre, mecánicamente ve al General con la indiferencia de quien lo conoce de sobra, indefenso, con los zapatos manchados de lodo, maniatado, en nada pare-

cido al arrogante patrón de San Miguel, donde él y sus padres fueron acasillados, ahora percibe con claridad el día que lo vio por primera vez, a sus trece años había vivido con las leyendas que se contaban de él, eso representaba para muchos jornaleros, un mito de poder y dominio, hablaban del patrón en jacales, cafetales y cantinas, y en muchas noches la familia de Moy se sentaba alrededor de la fogata, su padre les contaba las aventuras del General, episodios que el mismo hombre inventaba entre trago y trago de pox; su admiración se refrendó esa mañana a la vista de San Miguel, después de caminar seis horas junto a su padre, el frío y la densa niebla se disiparon en el azul intenso del cielo, Moy no siente cansancio, la emoción de su primer viaje fuera de las montañas tojolabales lo anima a seguir sin queja alguna, ¡La casa, la casa!, grita con un español confuso, levanta la mano izquierda y señala con el dedo el enorme casco de la finca, una construcción en medio de la selva, su amplio tejado a dos aguas se levanta sobre la espesura de los árboles; Moy y su padre observan el amplio patio para tender café, las despulpadoras perfectamente alineadas y limpias, el pasto cortado al ras le recuerdan al muchacho los dibujos de la biblia que su padre dice leer, aunque también inventa su propia historia divina, parece el paraíso, el pozo con muchas poleas, los árboles haciendo cortinas de verdor encendido, más allá las frescas hortalizas con sistema de riego, los perfectos setos y la alambrada perdiéndose en el horizonte con postes cortados del mismo tamaño y el reluciente alambre de púas que parece nuevo; una parvada de guacamayas vuela sobre la gran bodega y los almácigos, Moy apura a su padre que apenas puede caminar, mientras se acercan a la casa grande, el edén es más hermoso y exacto, pasan una de las trancas, un caporal se acerca montado en un brioso caballo negro, Buenos días Manuel, hasta que conozco a tu hijo, saluda jalando las riendas del animal, Moy apenas toma importancia al jinete, su vista está en el caballo, Sí, pues Sebastián, ya es un hombre y es hora que conozca al patrón, responde Manuel apurando el paso, voltea para tomar la mano de su hijo, petrificado ante la estampa del macho, ¿Te gusta el caballo?, es pura sangre, se llama Relámpago porque brilla con el sol, este pinche caballito vale más que nosotros tres juntos, a ver si uno de estos días te dejo montarlo, grita Sebastián mientras se aleja al galope.

Un grupo de mujeres tojolabales como ellos pasa junto a don Manuel y Moy, llevan sobre las cabezas sendos canastos con cacao y maíz, los saludan amistosamente, al llegar al patio para tender

café ven que se abre la puerta de cedro rojo, salen dos campesinos que se ponen sus sombreros de palma al avanzar por el largo corredor, don Manuel toma del hombro derecho a su hijo, Ahorita lo vas a ver, pero de lejitos, porque al General hay que respetarlo, dice el viejo con voz temblorosa; Moy se detiene emocionado, fija la mirada en el dintel de la puerta, entre risas aparece Augusto Castillejos, una carcajada lo hace ver joven, viste una guayabera blanca, en las bolsas resaltan muchas plumas fuente y papeles, parece recién bañado, el cabello relamido hacia atrás deja ver una calva que comienza a crecer, los lentes Ray-Ban para sol le cubren los ojos, el bigote con algunas canas, se detiene junto a unas macetas de rosas blancas y rojas, dice algo que provoca la risa de los campesinos que tienden café en el patio, Ya ves cómo lo quiere la gente, enfatiza don Manuel, Moy impactado ante su héroe, Augusto voltea hacia ellos, levanta el brazo derecho a manera de saludo, el muchacho no sabe qué hacer, siente el impulso de regresar la señal, pero no se atreve, su padre asiente con la cabeza y ríe con nerviosismo, el General camina entre los granos que se secan al sol, se aproxima sin perder el buen humor, ¿Qué pasó, Manuel, cómo están las cosas allá arriba?, saluda dándole la mano, Bien don Augusto, ahí la vamos pasando, contesta

el viejo con la cara ruborizada, ¿Y quién es este joven?; pregunta el patrón viendo a los ojos a Moy, Es el más chico de mis hijos patrón, lo traje que conozca para quién trabaja, dice Manuel con un dejo de orgullo, Moisés está nervioso, le tiemblan las piernas, la vergüenza le quema el rostro, piensa qué pasaría si el General le pide que diga algo y tiene miedo porque se le ha acalambrado la lengua y casi no sabe el castilla, Dame la mano muchacho, para que te hagas un buen hombre, un buen campesino como tu padre, le extiende la mano, Moy no sabe qué hacer, Salúdame sin miedo caray, bromea jalándole la mano y estrechándosela con fuerza, Serás uno de los míos, ya verás, ya verás, le dice en tono de complicidad; esas palabras se quedaron grabadas; Serás uno de los míos, cada día de su juventud jamás olvidaría la sentencia del General, Serás uno de los míos, esa extraña profecía le acompañó en su arduo trabajo para el patrón, Serás uno de los míos, fue la única voz que logró reconfortarlo cuando la tuberculosis fue matando a Manuel, día a día, entre escupitajos de sangre y fiebres delirantes.

Por esas palabras buscó al General cuatro años después; en plena pizca del café; Augusto estaba en la casa grande, Serás de los mío, escuchó la voz

potente desde el pasado, su mirada se perdió en la enorme telaraña tejida en las ramas del cafeto, sin dejar de oír la sentencia toma con su pequeña mano la colorida araña, la sujeta con suavidad mientras las larguísimas patas se mueven queriendo escapar, mecánicamente la deja en el árbol de mango, el arácnido sube con rapidez por la húmeda corteza, Moisés siente un buen presagio y sabe que su destino volverá a cruzarse con el General.

La amplia oficina está forrada en caoba roja, los libreros recién barnizados brillan en la pálida luz de las lámparas, los sillones en piel negra invitan al reposo y beber una copa de coñac de las botellas ambarinas de la cantina de la derecha, tras el enorme escritorio cubierto de fotografías y libros, un retrato del General vestido de gala, a su costado derecho una piel de ocelote clavada en la pared, Ya cierra la boca, parece que nunca has visto una casa decente, le dice Augusto, bebe el último trago de la copa y se limpia los bigotes con un pañuelo de seda azul, ¿Así que quieres un trabajo mejor pagado?, tienes razón, eres buen trabajador. Moisés sigue parado en la entrada, callado, con el sombrero en las manos, sus ojos observan cada uno de los detalles del lugar, Aunque eres igual de chaparro que tu

padre, saliste bien correoso, bromea el General mientras busca algunos papeles en las gavetas del escritorio, Mira muchacho, te vas ir a trabajar al rancho Momón, ahí ganarás mejor y estarás con mi hermano Hernán, ya sabes que yo estoy en Nayarit, soy jefe de la zona militar, ¡chingadamadre, no encuentro los pinches documentos!; Moy se pone nervioso al ver cómo se altera el General, le sudan las manos y le cuesta respirar, Puta, desde que me fui esto es un desmadre; dice para sí mismo Augusto, ignorando la presencia del joven tojolabal, Es que son chingaderas, mis hijos no me ayudan en el trabajo de los ranchos, ya vez a mi hijo Hernán, sale con sus jaladas de ser místico, hasta le dicen El Hermano Hernán, no sé de dónde salió tan tarado, y ahí va por los pueblos vestido con su pinche túnica blanca y el medallón ese le sacará una joroba, ¿dónde estarán mis documentos?, pero sale con sus buenos desmadres, con esas cosas del karma se puso a dar clases de meditación y las almas de no sé qué carajos. No te creas, tiene su chiste, el muy cabrón se aventó la puntada de decirle a sus discípulos que los pobres son pobres por su carga kármica y que deben ser pobres hasta morir, y lo más chingón, les dijo que los ricos tienen lana por que ya pagamos deudas de otras vidas; el muy cínico, como aquí tiene a su pendejo que le paga sus viejas

y sus viajes a la India, y el pinche incienso que me asquea; pero ya se le quitará lo santo y lo meto a la chinga de verdad; regaña el General agitando los brazos, Pero bueno, ese es otro cuento, dile a Sebastián que te lleve a Momón, yo le llamo a mi hermano por teléfono para que te de la chamba; Moy no sabe qué decir, intenta algo pero sólo alcanza a emitir un sordo balbuceo, Augusto lo mira frenético, Pero camina hombre, camina ¿no te vas a quedar aquí escuchando mis pensamientos, o sí?, Moy asiente con la cabeza y camina hacia fuera, alcanza a escuchar al General diciendo para sí mismo: Te lo dije: serás uno de los míos.

Diez mil hectáreas de la finca El Momón se extienden en pequeñas colinas de un verdor que se transforma en valles, brechas lodosas y el omnipresente cerco de púas confundiéndose con frondosos árboles de mango y alcornoques, el horizonte de alambres divisorios es la metálica presencia del patrón; Moisés observa en silencio el casco de la finca, le parece aún más grande y bella que la casa de San Miguel, el calor y el cansancio del viaje lo sofocan, jadea mientras inclina el pequeño cuerpo para acercarse al arroyo que fluye a la vera del camino, con las manos marcadas por los callos se lleva un poco de agua a la boca, bebe con calma,

cierra los ojos aliviado con la frescura que baja por su garganta, lo tranquiliza como si todo estuviera detenido en el sopor del medio día, el canto de una tórtola casi lo adormece, abre los ojos, se moja la cara, suspira honda y lentamente, voltea a la derecha para tratar de ubicar al pájaro que no cesa de cantar, pero sus ojos se encuentran con un machete Acapulco muy cerca del rostro, con cierta violencia se echa para atrás y trata de pararse; sus rodillas no le responden, dos campesinos lo miran con recelo, No tengas miedo amigo, somos gente de paz; dice el hombre más alto y con un rostro endurecido pero sonriente, visten pantalones de manta, ambos llevan morrales de ixtle, se quitan los sombreros de palma y se sientan junto a Moisés que permanece en silencio, asustado aún por la sorpresa, ¿Pa' dónde vas?, pregunta el más joven, Vengo al Momón, a trabajar; responde Moy sin verlo a los ojos, ¿No eres de por aquí, pues?, lo interroga el hombre mayor mientras llena un tecomate con agua, No, estoy asomando todavía, me mandó el Patrón, dice Moy al ver que le ofrecen un guacal y un poco de pozol blanco, Éntrale sin miedo, hay sal y chile, Me llamo Tomás López; dice el mayor con un dejo de broma y batiendo el pozol, éste es mi hermanito Felipe, somos de aquí cerquita, mero en La Candelaria; indica Tomás ayudándose con un dedo de la mano

derecha, con la que sostiene un chile bachajonteco cubierto con sal, ¿Trabajas con el patrón?; pregunta Moisés, Sí pero no, juega Felipe al tiempo que moja su sombrero en la corriente del arroyo, Moy lo observa dudoso, Sí amigo, somos acasillados en la finca; pero estamos peleando unas tierras que el patrón hizo suyas pero son nuestras; responde Tomás dejando el tono jovial, se incorpora como si recordara algo muy importante por hacer, con la mirada conmina a su hermano para emprender la caminata, Moisés regresa el guacal que ha lavado mientras escucha a los tojolabales que se preparan para irse, Cuando vayan por San Miguel ahí tienen su humilde casita, dice Moy apenado por no traer ni un peso para pagarles la bebida, No te preocupes, otro día nos invitas algo, contesta Tomás mientras se aleja junto a Felipe, Moisés no puede entender cómo esos campesinos pobres e ignorantes como él, se atrevan a reclamarle al patrón sus tierras, mientras cavila no deja de recordar la mirada incisiva de Tomás López, siente miedo y confusión como si algo de aquel hombre se le quedara en el pecho.

El recibimiento de Moisés en Momón es muy distinto a lo imaginado, Hernán Castillejos ha salido de viaje de negocios a Tuxtla, en su lugar está

Chuy, un mestizo alto y muy delgado, sus ojos cafés se fijan en los peones como si quisiera leerles el pensamiento a través de la mirada, desde la mesa de caoba cubierta con papeles y cascabillo los llama uno por uno, grita alzando los brazos, fuma un Alas Extras que le cuelga de la comisura de los gruesos labios, asigna tareas, organiza grupos, los ubica en las galeras donde vivirán mientras sean acasillados en la finca. Moisés escucha su turno y entra al galerón con excesiva timidez, siente náuseas por la fétida mezcla de olores: tabaco, granos de café fermentados en unas cubetas al fondo, junto a varios sacos de maíz y garrafas de alcohol recién destilado, Chuy lo mira con hastío, el cansancio se le ve en el rostro, Acércate que no tengo tu tiempo; al ver a Moy una carcajada se le escapa entre una bocanada de humo, Puta, pero si eres un enano; ríen con él los demás jornaleros que guardan las herramientas, Te voy a mandar a trabajar con las viejas; las risas se escuchan más fuertes, ¿Cómo te llamas?, pregunta retomando el aire de solemnidad y aburrimiento, Moisés y aquí le traigo este recado del señor Augusto; Chuy levanta la mirada de la bitácora, deja el cabo de cigarro en el cenicero, alarga la mano para tomar el papel que le ofrece el muchacho, lo lee mientras hace una mueca con la boca, busca el color rojo de la libreta y

hace anotaciones, Ta' bueno, el General ordena que te pongas a las órdenes del señor Hernán; dice el capataz con desánimo, Tienes suerte muchacho, la chinga está de la chingada, te vas ir a cortar madera a la selva y chance hasta Oaxaca; pero no es tan cabrón como aquí, por lo menos alcanzas a tener un rato el dinero en las bolsas; explica mientras enciende otro cigarro, escupe un gargajo bilioso y grita, ¡Colorado!, Colorado carajos; entra apresurado un hombrecito de la estatura de Moy, es gordo y tiene parte del rostro cubierto por un enorme lunar rojizo y tupido de pelos, Este se va contigo, ya sabes dónde va dormir y póntelo a chingarle; regaña Chuy, Moisés sale tras el gordito que apenas le hace una seña con la cabeza para que lo siga.

En la sombría galera de El Momón, Moisés come en silencio junto al Colorado, se lleva pedazos de tortilla a la boca con movimientos mecánicos, parece abstraído por el calor; del agrio sabor del caldo de frijol, de las carcajadas de sus compañeros; los cocineros llenan los platos entre regaños e insultos, Moy no los escucha, divaga, sus pensamientos se pierden en los difíciles meses que lleva en la finca, su primer encuentro con Hernán Castillejos, quien le pareció duro y seco, demasiado prepotente para

ser hermano de El General; el viaje a la Lacandona para talar miles de árboles, las noches sin dormir bajo los espesos arbustos, la humedad de la selva, el maltrato de los capataces, la guerra abierta contra otros talamontes; le duele el desprecio de sus propios compañeros, su timidez y pequeña estatura han sido pretexto para bromas y humillaciones; en recientes días se ha hecho amigo del Colorado; sin saber porqué, durante los más pesados trabajos, la mirada incisiva de Tomás López lo persigue como presagio. Moy toma su plato con ambas manos y se lo lleva a la boca, bebe el caldillo de frijol con la mirada perdida, Ya despierta hombre, llevas media hora sin decir nada; bromea el Colorado limpiando su plato con un pedazo de tortilla, sus regordetas manos trabajan entusiasmadas, mira a Moy con sus ojos pequeños y casi escondidos entre los rojizos cachetes, Ya no aguanto más esta esclavitud, me voy pa' con mis familiares, si igualito que tú me pasó, salí de Wolonchán porque estaba de la jijuela; pero aquí ta' peor tantito; dice mascando con la boca abierta, se mete un dedo en una de las fosas de la nariz, su muñeca se mueve como si quisiera arrancar algo muy profundo, el lunar de sangre enrojece, las largas mesas del comedor se van ocupando, algunos jornaleros tienen que esperar turno afuera, en el patio beben pozol y retozan entre el

cedro y la caoba, el perfume de las tablas se impone sobre la pestilencia a sudor y frijol agrio de la galera, Aquí las cosas se van a poner feas, ¡vámonos a mi tierra!, allá como quiera la cosa encontramos chamba; invita el Colorado, rojo en verdad entre el sudor de los cachetes y la papada: Me dijo mi hermano que los del PST les van a conseguir unas tierras que ya llevan un chingo de años peliando, jálale conmigo, cabrón; insiste el gordo mientras come la última tortilla, No sé, esperemos otro mes; contesta Moisés confundido. Enojado y tratando de no perder la calma, el Colorado arremete, Ta's jodido, ya oíste lo que dicen, en Bajucú se ta'n organizando un chingo de cabrones, que dizque se nombran la Unión de Uniones Ejidales, t'an ayudados por los de Quiptic, se va poner de la chingada, ya no se van a dejar de los patrones que no les dan chance de usar los ojos de agua, nos va cargar la tiznada, vámonos; Moisés observa nervioso a su compañero que está a punto de convencerlo, Pero se compone ya la cosa; responde Moy inseguro, Ya viste lo que dijo el Juancho, el gobernador don Juan les va dar dinero, camionetas y hasta tierra; el regordete amigo niega con la cabeza, se vuelve a poner rojo de furia, La verdá eres rebruto pinche Moy, eso lo hace pa' comprarlos pues, y no es así por que sí, ni madres, la condición es que se pasen

a la CNC, y eso no lo aceptan ni por que Dios se los pida, carajo sí te hace falta ir a la escuela; Moisés lo mira fijamente a los ojos, Si tu apenas acabaste el cuarto de primaria, y ya la cosa se pondrá buena, esperemos; el Colorado respira hondo y se arma de paciencia, Mira amigo, por el rumbo de Espíritu Santo hay un pinche loco que se está poniendo bien cabrón para la corta de madera y no quiere dejar que nadie, ¡nadie!, le quite los arbolitos, es un tal Aarón Gordillo, dicen que lo sigue mucha gente, se las da de muy líder: ¿pa' qué esperamos?, no sé tú pero yo me largo mañana en la madrugada, ¿vas o te quedas?; le pregunta muy serio a Moy que se queda pensando con la mirada perdida, se seca el sudor con la mano derecha, traga saliva, Me quedo, aquí es mi tierra y aquí me voy a morir.

La casa grande de la finca El Momón reluce bajo el limpio azul del cielo, las hojas de los árboles apenas se mecen con el ligero paso del viento, el calor sofocante adormece el hermoso valle, ni el vuelo del colibrí, ni la acechanza de la nauyaca pueden romper el sigiloso paso del silencio bajo los bejucales, el tímido olor del pastizal se mezcla con el perfume del ocote recién cortado y del aromático café que despide la cocina de la vieja casona; en los patios de cemento se tienden quintales del grano, algunos

jornaleros trabajan ajenos al tiempo y la distancia, no hablan, tan sólo se miran a los ojos y asienten con la cabeza, con sus sucios calzones de manta parecen bailarines extraños dentro de un rito sin símbolos ni palabras. Moisés jala un bulto, lo recuesta sobre el suelo con exagerado cuidado, observa al hombre que extiende el grano con el rastrillo de madera, en su mirada hay cierta complicidad, el joven le sonríe, Moy mete las pequeñas manos al saco de ixtle, sus negros ojos brillan al ver que entre el cascabillo hay un rifle 22. Le han enseñado a usarlo, por su disciplina e inteligencia silenciosa, el capataz lo ha convertido en uno de sus hombres de confianza: En esto de la madera, o sabes usar bien las armas o te carga la chingada; le dijo el Colorado una tarde en la selva Lacandona.

El ruido de un motor llama la atención de los jornaleros, voltean, se miran entre sí, un jeep azul se acerca por el camino de grava, se estaciona bajo un gigantesco árbol, bajan del auto cinco hombres, el líder es pequeño de estatura y gordo, el pálido pantalón de mezclilla le cae a media nalga, parece un enano, la camisa a cuadros le cubre la prominente barriga, su moreno rostro muestra una nariz chata y ancha, un viejo sombrero le cubre la cabeza, camina hacia la casa con decisión, sus hombres se quedan en el patio, se distribuyen entre

las macetas, tablones de caoba y cedro, uno de ellos en el jeep. Moisés sabe que van armados, el sudor que empapa su pequeño cuerpo es frío, no quita la mirada del hombre gordo mientras avanza por el pasillo; a su encuentro sale Hernán Castillejos, fresco, como recién bañado, contento de recibir a su visitante, camina con lentitud frotándose las manos, en la pequeña sala al medio del largo corredor saluda al hombre obeso, la tensión no permite mayor locuacidad a los hombres, con un ademán Hernán lo invita a sentarse en la silla de mimbre, con mecánica amabilidad le ofrece una copa de coñac que ha servido en vasos de cristal cortado: Te esperaba desde las diez de la mañana, dice Castillejos para romper su propio temor; Sí, don Hernán, pero tuvimos una bronca en el camino, usted sabe; contesta el gordo muy serio: Bueno, mi amigo Aarón Gordillo, vamos al grano, mis hombres me dicen que estás cortando madera en exceso y además en mi territorio, y eso no está bien, por eso te mandé traer; nos conocemos, somos amigos, así que será cuestión de hablar claro y asunto arreglado; puntualiza Hernán más relajado y marcando con la mirada y el tono de su voz la superioridad que sabe que tiene sobre Gordillo, Mire don Hernán, usté me conoce, tengo gente y soy trabajador, estoy empezando con esto de la madera

y me va bien, además los lugares de la selva ni son míos ni son de usté, y usté ya tiene varios aserraderos, yo apenitas estoy haciendo uno, y si sus hombres dicen que los enfrentaron mis trabajadores, eso que le cuentan son mentiras, ellos fueron los que llegaron a chingarnos a nosotros; Hernán lo escucha en silencio enjuagándose la boca con el coñac, medita con calma, bebe el trago y se lame los labios, No vamos a pelear mi amigo Aarón, los patrones de por estos rumbos no somos como los de Sitalá, ya viste que pinche desmadre armaron en Wolonchán; al escuchar el nombre del lugar Moisés se sorprende, piensa en el Colorado, sin perder atención en la plática arrastra el bulto de café hasta el corredor, mecánicamente toma una larga aguja capotera y teje con fuerza uno de los costales: Y la bronca fue por no hablar, por no discutir, por no entenderse como hombres, cada grupo jaló para su conveniencia y no quisieron negociar, y no voy a permitir que una de esas pendejadas pase en nuestra región, eso no debe ser; se altera Castillejos, manotea como olvidándose de Aarón que lo observa interesado: Y ahora que tienen sus muertos y el problemón, no hayan a quién culpar, ya mi hermano Augusto puso una demanda para que se llegue hasta las últimas consecuencias y se sepan los nombres de los verdaderos culpables, y te digo

Aarón, debemos ponernos de acuerdo, no más problemas, que ya hemos tenido muchos; Hernán Castillejos se levanta de su silla y se sirve más coñac, procurando no darle la espalda a su interlocutor: Sí, ta' bueno, pero sin joder a nadie; aclara tímidamente Gordillo que toma un sorbo, Castillejos se sienta, ve hacia el patio cerciorándose que sus hombres estén atentos, Moisés apenas lo mira, pálido por lo que ha escuchado, observa a su patrón, le nace un sentimiento de desconfianza, todas las historias que su padre le contaba eran mentiras, ahora entiende al Colorado, su insistencia por acabar con la explotación de los finqueros; piensa en ir a buscar a Tomás López en la Candelaria, pero su confusión se le impone de nuevo, Castillejos suspira e insiste: Amigo, ya te dije, no se trata de joder a nadie, por el contrario, conjuntarnos en el trabajo, ya basta de que sean los cabrones tabasqueños los que se lleven las maderas y las riquezas naturales del estado, somos chiapanecos, y sólo los chiapanecos tenemos derecho a explotar sus riquezas, ¡qué carajos!, ¿no te da coraje que nos saqueen en nuestras propias narices?, y mientras tanto nosotros madreándonos, ya vamos parando esas chingaderas, Gordillo; Aarón lo observa sorprendido, sus cachetes se empapan de sudor, bebe un trago de coñac, las palabras de Hernán comienzan a hacer

efecto en su interlocutor, Sí, tiene razón, pero ya nos cansamos también de ser los que se parten el lomo y los que se llevan la lana son otros, ahí está la pinche Casa Bulnes, desde los tiempos antiguos que tan talando los cedros y las caobas y todo; ya los compañeros no lo quieren así, mejor solitos hacemos todo el jornal y ganamos todo el dinero; se defiende Gordillo con voz firme y clara, Castillejos sonríe, mueve la cabeza afirmativamente, Claro caray, la familia Bulnes ha explotado nuestra selva indiscriminadamente, ¿cuánto dinero no han hecho?, los conozco bien, hasta en burla dicen que a mediados de mil ochocientos dejaron España para venirse a joder a los campesinos, quitándoles sus árboles y tierras, y no sólo aquí, no hombre, ¡todo el Golfo de México!, son cabrones esos gachupines, son bien cabrones; mira Aarón, los hermanos Bulnes se apoderaron, y esto lo sabes bien, de todo el vado del Jatatè y luego ya entrados en su explotación jalaron para el Desierto de la Soledad, como le decían a la selva, y hasta allá llegaron sus monterías con los famosos hacheros de Bachajón, pinches españoles cínicos, presumían en las fiestas en Ocosingo que las trozas de caoba más grandes de todo el mundo eran las de sus tierras; no amigo, ya no lo permitamos; el hombre regordete muestra en el rostro su confusión, los hábiles argumentos

de Castillejos lo han cercado: Sí tiene la razón, ta' cabrona la cosa; responde pensativo, Hernán sabe que lo tiene atrapado: Seguro que sí, pero para eso somos amigos, no queremos más extranjeros dándonos en la madre, ¿sabes desde dónde vinieron los jijos esos?; ante la negativa de Aarón, Castillejos, seguro de haber triunfado sobre el indígena, habla con una franca sonrisa: ¡Asturias!, tú eres de aquí, yo soy de aquí, carajos y ¿no vamos a aprovechar los recursos de nuestra propia tierra?; llegaron a enriquecerse con la maldita Ley sobre Ocupación y Enajenación de Terrenos Baldíos, la misma pinche ley de Juárez que regaló las tierras a los alemanes; te lo digo por que los conozco, me los tengo bien investigados a esos canijos, primero tuvieron catorce terrenos de dos mil quinientas hectáreas, ¡puta si no entiendes eso, ya nos jodimos!, lástima daba ver los troncos nadando en el Jatatè, para no pagar acarreo, luego los embarcaban para llevarlos a la planta Skelton y Schoffield, ¡negocio completo!, no me dejarás mentir hombre, si no ve a echar una tu vueltecita al Avellanal, si bien que sabes mi amigo; Hernán Castillejos se levanta y toma la botella de coñac con un entusiasmo que no puede ocultar, sirve generosamente a Gordillo que alarga el brazo izquierdo con la copa: Sí don Hernán, vamos a respetarnos, no queremos broncas y me-

nos con ustedes que son de ley; concede Aarón mareado por el alcohol, Castillejos deja la botella, vuelve a sentarse, bebe un trago y en un tono confidencial comparte con Gordillo su último y certero argumento: Además mi buen amigo, ya escuchaste el runrún de que mi hermano va ser el nuevo gobernador; no hagan caso de los resentidos que lo quieren responsabilizar de la matanza, no se dejen engañar, él es el buenazo para la gubernatura, y pues tu colaboración y buena fe pueden ser tomadas en cuenta, sabes que somos cumplidores; la gente te sigue, sabes hablar, quien quita y hasta diputado o algo así sales; dejémonos de tonterías y pongámonos a chambear duro. El triunfo de Castillejos es contundente, Aarón agradece ser tomado en cuenta para el nuevo gobierno, se levanta y estrecha la mano a Hernán quien lo jala y le da un fuerte abrazo, se despide y camina por el corredor, Moy lo sigue con la mirada, el hombre gordo se jala sus caídos pantalones hasta la obesa cintura, con la mano derecha llama a sus hombres que suben al jeep, el auto se aleja dejando una nube de humo y polvo.

Moisés saca el rifle 22 del bulto de café, desconcertado lo limpia con su paliacate, su joven compañero se le acerca jalando el rastrillo de madera: ¿Qué pasó con el Colorado?, le pregunta Moy

casi triste: Pue' ya lo oíste, se los cargó la huesuda; mientras habla baja la mirada, Moisés escucha nervioso, las manos le sudan, siente el paso de la sangre en las venas de sus sienes: Al Colorado lo mataron, se metió de grillero y un finquero le cortó la cabeza de un machetazo; dice casi murmurando: Tenemos que ir a Sitalá, para rezarle en su tumba; contesta Moisés desesperado: ¿Cuál tumba?, los fueron a tirar al río, el cadáver del Colorado nunca se encontró, se lo comieron los zopilotes, ni a las mujeres dejaron pasar para ver a sus maridos, ni a sus hijos muertos, se los tragó el Jatatė. Moisés se queda pensativo, se siente cansado, el estómago se le revuelve, un sudor frío escurre por su rostro apesadumbrado, el fuerte mareo le obliga a cerrar los ojos, el sol quema su rostro desencajado, su compañero le da una palmada en la espalda.

Las ideas de Moisés se confunden y trastocan, las leyendas que su padre le contaba sobre el General han perdido credibilidad; esa figura paternal, omnipresente, se va transformando con hechos que le lastiman el corazón, convirtiéndose en una sombra que lo persigue a todas horas, en cada uno de sus actos, cuestionándole la sumisión incondicional a los Castillejos durante estos años; esa voz repi-

tiendo Serás uno de los míos, como presagio conjurando las tardes de arduos trabajos; ahora es su propia conciencia quien le reclama día y noche, ¿Qué estás haciendo?, ¿Hasta cuándo seguirás regalando tu alma a los finqueros? Han pasado tres años desde la primera vez que se encontró con Aarón Gordillo, a los pocos meses de aquel encuentro los hombres de Gordillo causaron un sangriento enfrentamiento con indígenas de Espíritu Santo en su lucha por la explotación de la selva, las promesas de Hernán Castillejos comenzaban a cumplirse, el poder al servicio de los talamontes hizo que el líder de los saqueadores de madera fuera absuelto, reanudando sus tareas en sus aserraderos, además de encabezar algunas organizaciones de la selva para apoyar la campaña del General; el mismo Moy fue a los parajes y lugares más intrincados a promover el voto para su patrón, cruzó ríos y montañas, traduciendo al tojolabal y tseltal los discursos de los mestizos, en tardes cuando el sol se ponía rojizo por el humo de la roza, se le veía hablando en alguna asamblea, escuchó las amenazas de los priístas contra las comunidades indígenas, y atestiguó la compra de la conciencia y la libertad de los indios de Chiapas por promesas. En uno de esos viajes se reencontró con Tomás López en un paraje de la finca La Candelaria, se

abrazaron con entusiasmo como si fuesen amigos de toda la vida, a su manera ese saludo era para Moisés volver a platicar con el Colorado, Tomás se veía decidido, hablaba con claridad sobre los problemas de tenencia de la tierra, su cuerpo también había cambiado, casi gordo y con una fortaleza que daba la impresión que convencía con su presencia, la camisa azul desabotonada y un raído pantalón de mezclilla; pero su mirada y la firmeza de sus argumentos lo distinguía; en el pequeño jacal se reunían sus hombres, lo escuchaban con respeto; Felipe asentía con movimientos de cabeza los puntos de vista de su hermano, Tomás invitó a sentarse a Moy y al capataz que fumaba nervioso un cigarro Alas Extras mordiéndose los labios mientras se rascaba la cabeza ya con algunas canas: Como les digo, no vamos a trabajar por la campaña de Augusto, es ir contra nuestros principios, a nosotros nos preocupa la tierra y pelearemos por ella; afirma Tomás, parado junto a una mesa donde sus hombres beben pozol, el capataz lo ve con resentimiento, echa una bocanada de humo, La verdad es que a ustedes los está manipulando el obispo Samuel Ruiz, ese cabrón está dándole en la madre a todos, está metiendo pedos entre la gente de paz, y ustedes se dejan engañar; acusa al momento que enciende otro cigarro, uno de los hombres se para

indignado, trata de responder, pero Tomás lo calma con una mirada y haciéndole una señal con la mano derecha, No amigo, está muy equivocado, nosotros no tenemos que ver con el señor obispo, todos en la región lo saben bien, aquí los compañeros y yo pertenecemos a la CIOAC, no se crea compañero, desde antes de formar Unión de Uniones varios ya estábamos haciendo labor pues; ni somos de don Samuel, ni caímos en el jueguito de Juan Sabines para entregarnos a la CNC; enfatiza con calma Tomás, luego camina hacia la puerta del jacal, espanta unas gallinas que tratan de entrar, palmea y alza los brazos, Fuera gallinas, no se nos vaya a pegar sus malas artes, como algunos que siguen en el corral y no quieren volar como gavilanes; mientras dice esto último voltea hacia Moisés, lo mira directamente a los ojos, sonríe amistoso; pero Moy sigue sorprendido en su silla, Tomás López regresa a la mesa, Pero tampoco vamos a estorbar en su trabajo, hablen con la gente y que ellos decidan; nosotros no nos prestamos al juego. El capataz se levanta de la silla de un salto, mira fijamente a Tomás López, en su mirada hay una advertencia decidida y sin cortapisas, el ambiente se tensa, el silencio se impone entre los hombres, algo grave está por ocurrir, el capataz sale del jacal sin despedirse, Moy lo sigue sin decir nada, Chuy ca-

mina enfurecido hacia el jeep rojo que los espera para regresar a la finca, fuma encolerizado, escupe un trozo de tabaco que le arranca al cigarro, Una cosa si te digo; amenaza con la cara inyectada de ira, A estos pendejos se los va cargar la chingada.

El general Augusto Castillejos se convirtió en el nuevo gobernador del estado de Chiapas, en todas las fincas de la familia Castillejos hicieron fiestas en su honor; en Independencia sacrificaron cinco reses para el baile, en su rancho Pinar del Río, mil quinientas hectáreas de regocijo, por Amatenango del Valle sus dos mil quinientas hectáreas de San Nicolás no se quedaron atrás con los festejos; San Miguel y El Momón cerca de Las Margaritas departieron como nunca. Todo se reordenaba para la familia Castillejos, los jornaleros de sus tierras sentían orgullo de ser acasillados del mismísimo gobernador, el hijo santo dejó de serlo en cuanto su padre comenzó a gobernar, de Hermano Hernán se convirtió en Asesor de Finanzas y Hernán Castillejos fue nombrado, para indignación de muchos, presidente del Comité Estatal Forestal; mejoraron la flotilla de vehículos para transportar la madera, y sobre todo el poder del gobierno para seguir explotando el cedro y la caoba estén donde estén, nada

los puede detener, las regiones más perdidas de la selva son ya parte de sus dominios.

¡Levántense jijos de la chingada!, se escucha la voz de alguien fuera del galerón donde duermen los jornaleros; los fuertes golpes sobre la puerta de lámina de acero rompen la quietud de la calurosa noche de principio de primavera; ¿Qué, no escuchan chingados?, los gritos a pesar de ser insistentes se oyen con un ligero tono de alegría, Moy salta de su camastro, la oscuridad apenas le deja ver sus ropas, se viste apurado, otros corren para abrir la puerta, ahora pateada por varios hombres, ¡Abran pendejos, hay que trabajar, ya cayeron los coyotes en la trampa!; la puerta se abre y entran seis hombres armados, con linternas sordas iluminan el extenso lugar, el olor a alcohol y humo agrio descubren al caporal que parece borracho de emoción, Órale jijos de su mal morir; dice entre risas sin quitarse el cigarro de la boca, lleva un AK47 en las manos, poco a poco van encendiendo algunos quinqués, el capataz ordena: Mauricio, Rolando, Gallito y Palomo jálenle con el Tlacuache, se van pa' los jacales de los invasores y les queman sus mierdas, pero apúrenle, carajo; los jornaleros salen poniéndose las camisas en la carrera, el caporal

camina hacia Moisés, se planta con orgullo frente a él, casi chocan sus cuerpos, le clava la mirada en los ojos, Tú cabrón, te vas a Las Margaritas conmigo.

El ajetreado viaje por terracería, los mosquitos, el calor y las bromas de Chuy hicieron para Moisés del trayecto un verdadero infierno, tres hombres armados los acompañan, sentados en los asientos traseros del jeep, aunque son las seis de la mañana el caluroso bochorno es intenso, el auto se detiene frente al Palacio Municipal, bajan apresurados, Moisés, vente conmigo, ustedes esperen aquí; ordena el capataz, camina con rapidez sin hacer caso de los pocos policías que hay en la entrada principal, al verlos entrar se les acerca un hombre bajo de estatura, moreno y muy delgado, el traje negro que viste lo hace sudar en demasía, Soy el Ministerio Público y estoy a cargo de las diligencias correspondientes sobre los presuntos responsables de invasión al predio de La Candelaria; alcanza a decir con una vocecita, le tiemblan las manos y la quijada, ¿Dónde están esos pendejos?; pregunta el Chuy sin hacer caso del licenciado, Por aquí, pasen ustedes señores; indica un policía avanzando por un estrecho corredor que apesta a baños de cantina, Los tenemos en una celda especial, esos cabrones son muy peligrosos; comenta mientras abre

una puerta de hierro oxidado, la cadena hace un ruido muy fuerte, entran a un cuarto pestilente y mal iluminado, un joven que dormita en una silla de latón salta y saluda con miedo, Abre la reja para que el señor vea a los jijos de la chingada; ordena el policía, el muchacho saca un manojo de llaves y después de un momento de espera silenciosa logra abrir la puerta, Quiero dar fe que los detenidos están efectivamente aquí; murmura el Ministerio Público tratando de hablar con solemnidad, pero el capataz no lo escucha y entra a la covacha, ¡Chingada madre, se cagaron los muy perros!; regaña tapándose la nariz con la mano derecha, Pásele, pásele, apesta de la verga pero no hay de otra; dice el policía haciendo cara de asco, casi chocan los hombres por lo reducido del lugar, oscuro y húmedo, las bajas paredes viscosas gotean agua con un hedor a moho y cloaca; la indignación de Moy crece al ver en el suelo a dos presos desnudos, encadenados de pies y manos, uno de ellos llora muy bajo, se queja con dolor, Moisés no cree lo que sus ojos ven, le tiemblan las piernas y las manos, siente el odio crecer en su pecho, en su jadeo constante, la rabia contra sus patrones bombea su sangre desde el corazón; en el suelo, golpeados en todo el cuerpo, bañados en sangre Tomás y Felipe López tienen el rostro tan hinchado que es difícil saber

quién es quién, con la mirada perdida Tomás mira a Moy con una tristeza que casi lo hace llorar, tiene los labios muy lastimados, trata de sentarse con mucho trabajo, dice algo pero le cuesta trabajo incluso respirar, escupe sangre, el policía grita y lo patea en plena cara, Tomás cae de nuevo, queda recostado del lado izquierdo, escurre espumarajos sanguinolentos por las comisuras, Moisés salta por instinto, sujeta con fuerzas el brazo derecho del policía: ¡Ya está bien, qué más quieres, mira que están peor que muertos!, el muchacho se sorprende de su reacción, espera la reprimenda del capataz que únicamente lo mira con desprecio, mientras se acerca a Tomás, fuma con fuerza su cigarro, expele el humo, con la mano izquierda sostiene el arma, con la derecha lo jala de los cabellos manchados de sangre coagulada, se inclina hasta su altura, lo mira a los ojos, Jijo de tu puta madre, con nosotros nadie juega pendejo, estas no son tierras para héroes, pinche indio de mierda, te chingaste por alzado; grita el capataz con odio, le escupe un gargajo verde, alza la diestra y la baja con rapidez, el golpe de la pistola en el rostro de Tomás suena seco, fofo; Tomás ni se queja; Se van a quedar aquí hasta que se pudran, jijos de la chingada; Moisés no se atreve, no puede enfrentar al capataz que se levanta con una sonrisa de satisfacción y sale del cuarto, lo si-

gue el licenciado que finge anotar algo en una libreta, detrás camina el policía, Moy ve a los hombres torturados, trata de hablar cuando regresa el policía gritando, ¿Qué pasó, ya salte güey o te quieres quedar con esos pinches delincuentes?; Moisés camina despacio sin quitar la mirada de Tomás que vomita más sangre, Jálale, ya se fue tu caporal, y que te sirva de escarmiento a ti también, para que no anden con sus calenturas de ponerse al brinco con los patrones; dice mientras cierran la puerta, Estos cabrones son zonzos, se fueron con la CIOAC, y pa' rematarla querían unas tierras de La Candelaria. ¿Sabes de quién es esa finca, verdá?, pues de la mamá de nuestro señor gobernador.

La galera de la administración de la finca huele a tierra mojada, los rayos de sol colándose por las paredes de madera proyectan una atmósfera tranquila y fresca, la ligera llovizna ha despertado el perfume de árboles y flores, junto al escritorio está sentado el capataz que luce un viejo chaleco de gamuza café, contento, satisfecho de la nueva empresa que el patrón le ha encomendado; frente a él, en una silla de mimbre apolillada, platica muy animado Rodrigo del Monte, alto y sonriente, el pálido overol de mezclilla y su barba medio crecida le dan un aspecto de obrero perdido en la selva, fuma un

puro del que dice: Es tabaco de los lacandones, no hay mejor, ni que Tigres, ni que Alas, ni Faros, estos son los meros meros, y tengo un chingo, me los trae un cuate lacandón que es mi ayudante allá en Oaxaca; comenta orgulloso, alarga la mano derecha con un puro demasiado grande para el capataz, éste lo toma y lo enciende, Pero dime pues, ¿cómo va estar la cosa?; pregunta dando fuertes chupadas al puro que deja escapar un olor penetrante, Mira Chuy, ya don Hernán te ha de haber contado, organizaremos a la gente para trasladarnos a San Isidro la Gringa, allá en los mérititos Chimalapas, puta te va gustar un chingo, pa' qué más que la verdá, de ahí nos quedan cerca Santa María y San Miguel, donde hay un desmadre bien cabrón, porque unos dicen que es de Chiapas y otros que de Oaxaca; como verás no hay ley definida y eso nos da chance de cortar y cortar árboles sin problemas; ríe mostrando su dentadura podrida; Chuy intenta encender el puro que se ha apagado, ¿No que ya se solucionó el argüende, que ya no se podía entrar porque ya era de mero Oaxaca? Rodrigo mueve la cabeza divertido, No hombre, pinches leyes valen mierda, nos los chingamos moviendo los mojones como unos treinta kilómetros, y listo el asunto, ya es chiapaneca la tierra, y ya pa' rematar el mismo secretario de la Reforma Agraria

un tal Rafael Rodríguez apenas ahora en abril dictaminó ahí en Cintalapa, que La Gringa es propiedad nacional y ya pues ni modos que la hagan de pedo los enemigos; dice satisfecho de sus conocimientos sobre el tema, Chuy sigue tratando de prender el cigarro, se desespera y bebe un sorbo de licor de caña de una de las botellas sobre el escritorio, en sus gruesos labios se quedan pegados varios pedacitos de tabaco, Son cabrones los jefazos, no se les va una; ¿cómo va estar nuestra chamba? Pregunta interesado, Rodrigo fuma tranquilo, disfruta el fresco que viene del patio, Fácil Chuy, la mera verdá el trabajo duro ya lo hicieron los indios que el gobierno mandó a vivir en esa zona, ¿te acuerdas que se fueron tsotsiles y tseltales?, pues listo el asunto, metimos veintiocho comunidades, y luego luego se empezaron a romper la madre con los zoques; ni metimos las manos, nos hicimos pendejos para que se dieran con todo, y lo hubieras mirado qué chingas, montonales de muertos; Chuy se levanta de la silla, camina a la entrada, fumando finalmente el puro, Igualito se hizo aquí en la selva; murmura como para sus adentros, ve la llovizna mojando los flamboyanes y los altos árboles de aguacate, Rodrigo bebe de su vaso de aguardiente, Bueno mi buen amigo, júntate la gente; ya sabes, don Hernán también va ir, y pues a la salud de la

caoba y el cedro; brindan orgullosos de dirigir juntos la aventura en los Chimalapas.

El viaje a San Isidro La Gringa ha sido el más largo y tedioso que hasta ahora ha hecho Moisés, el incómodo camión de tres toneladas sufrió tres ponchaduras de llantas y rumbo a Tuxtla el motor se sobrecalentó por falta de agua y el intenso calor, con él van tseltales, choles, tojolabales y un grupo de tsotsiles que no pararon de vomitar durante el trayecto. Don Hernán y el capataz se adelantaron un día, los esperan en los Chimalapas, los recibió un cielo gris y bajo, algunas gotas de lluvia caen cuando bajaban descolgándose por las redilas del camión, Jacinto, un chamula, sigue vomitando mientras los indígenas le juegan bromas, un perro desnutrido y lastimado de una pata delantera se acerca para comerse las plastas de vómito; nadie pierde el apetito y aliviados de concluir el tortuoso viaje van ocupando los dormitorios del galerón, Pinche pobreza, lo mismo es aquí que allá; comenta Juancho un poco decepcionado.
Las largas filas del comedero son iguales a las de la finca El Momón; el plato despostillado de peltre y un vaso para el café, de nuevo los frijoles sin sal y el caldillo agrio, una vez más comen sin gusto, con

movimientos mecánicos. Los zoques casi no hablan, sólo dan órdenes y ubican a los recién llegados, condenados por el destino a ser sirvientes, en la dureza de sus rostros se les ve cierta derrota, esos indios compraron sus tierras a los españoles, pagando sin faltar nunca a su palabra por esas novecientas hectáreas, no deseaban la vida de sus compañeros obligados a retirarse a las montañas más altas e incomunicadas; no, ellos serían dueños de su territorio, trabajaron hasta entregar veintiséis mil monedas de oro que llevaron en jícaras también de oro. El tiempo les enseñó que los patrones no respetan los acuerdos; los españoles comenzaron a cortar la madera de sus tierras, asentaron casas y aserraderos sin importar la opinión de los zoques, de ahí mandaban árboles talados a Cuba, donde construían navíos para España; después llegaron las factorías extranjeras con el plan de construir el canal transoceánico, que finalmente se trasladó a Panamá. La vida de sus abuelos y tatarabuelos no ha cambiado para ellos, ahora son simples sirvientes de los talamontes.

La noche refresca un poco, los hombres duermen apacibles en las barracas oscuras; mañana les espera un pesado día de trabajo en la espesura de la selva, temen que los oaxaqueños los enfrenten,

sólo algunos hombres están armados; la guerra de la madera crece y es cada vez más peligrosa. Moisés tiene miedo, acostado bocarriba mira los agujeros del techo, escucha los ronquidos de sus compañeros y no soporta la fetidez del cobertor, piensa en su padre, en el General, ahora gobernador; el cansancio le pesa en todo el cuerpo, no puede conciliar el sueño, vacila en sus ideas de antes, le duelen las piernas y la espalda, un silencio compacto lo rodea, por su mente pasa la posibilidad de escapar; pero sabe que es imposible, los guardias de las galeras lo descubrirían y la pasaría muy mal, recuerda a Tomás y Felipe López, suspira, atrapa una chinche que sube por su pecho, enojado aprieta fuertemente el puño, siente al insecto en la palma de la mano, lo aplasta mientras el olor penetrante del orín hace que escupa, le pide a Dios que lo proteja; trata de convencerse con sus plegarias, poco a poco se queda dormido.

Apenas despuntan los primeros rayos de sol los hombres de Hernán Castillejos llegan al paraje del aserradero, sólo toman pozol y emprenden camino rumbo a la selva. Llevan cuatro horas caminando sin descanso, las lodosas veredas y los matorrales hacen muy lento el avance, un calor pegajoso y picante sofoca a los indígenas que se

abren camino con machetes, en el aserradero los espera el capataz y Rodrigo que viste el mismo overol de mezclilla, los acompaña un lacandón con el largo y enmarañado cabello cayéndole hasta los hombros, igual que ellos fuma un puro, trozos de madera dispersos por todas partes, entre el alto monte, bajo los árboles de zapote y aguacate, junto a las tres casas construidas con troncos y techos de lámina de cartón, los jornaleros descansan sobre los tablones y en algunas piedras cubiertas de musgo, casi en silencio preparan pozol en sus guacales, un grupo de jóvenes carga cinco motosierras rojas y amarillas, ocho niños como de doce años llenan ánforas con gasolina, juegan acostumbrados al pesado trabajo, Chuy se acerca sin dejar de fumar, se rasca los cabellos canosos: Don Hernán se pasó con un buen grupo; dice a sus hombres con un dejo de felicidad en la voz: Lo vamos a alcanzar, pero con cuidado, por ahí nos llegó el chisme que los oaxaqueños t'an patrullando la zona, y los cabrones están bien armados y son bien pasados de lanza, así que abusados cabrones; lo escuchan con indiferencia, Moisés se enjuaga la masa que se ha quedado entre sus dientes, le cuesta trabajo controlar el miedo, presiente algo grave.

El grupo de Moisés ha logrado penetrar un intrincado terreno, los bejucales y un espinero les dieron mucho trabajo; finalmente abrieron una vereda, caminan bajo el implacable sol, tropezando con las raíces enormes, enredándose en las ramas los tseltales chaporrean el área con machetes Acapulco, tres chamulas acarrean piedras desperdigadas, dos de los jovencitos preparan las motosierras, Moy vigila con un rifle 22. sostenido con ambas manos, cuatro de sus compañeros hacen lo mismo, entre ellos Juancho; la fetidez de la gasolina se mezcla con la peste del sudor, el ruido de las motosierras provoca que una parvada de tordos abandone las copas de los árboles en un barullo de graznidos; los tres choles usan con maestría sus hachas para marcar los troncos y facilitar la tala, los mosquitos desesperan a los talamontes; pero no interrumpen las tareas, silenciosamente cumplen con las órdenes del capataz y de don Rodrigo, que han ido a otra zona para encontrarse con don Hernán; Moy se adormece con el incesante ruido de las sierras, a lo lejos le parece escuchar un balazo, pero no le toma mucha importancia, mira a Juancho que enciende un cigarro, uno de los muchachos le hace la broma que ya quiere parecerse al Chuy, todos ríen, las carcajadas van confundiéndose con los sonidos de machetes y árboles que se cortan; de

pronto otro balazo, ahora más cerca, todos callan, Juancho indica que apaguen las motosierras, el silencio impone la quietud de la selva hasta convertirse presagio, un gavilán sobrevuela el claro, distante y ajeno al temor de los jornaleros; alguien se acerca en una carrera intempestiva, Moisés ordena que todos se refugien tras los árboles derribados y los fusileros toman posiciones en un santiamén, permanecen escondidos durante unos momentos, apretando sus cuerpos contra la corteza fría y ligosa, ¡Amigos, Moy!; gritan tras los arbustos, ¡Cabrones, nos cargó la chingada!; Moisés reconoce la voz de don Rodrigo, con la mano derecha calma a sus hombres, apartando ramas y gajos desprendidos aparece el viejo corriendo, con el overol manchado de sangre, ¡Jálenle que nos van a matar!, nos cayeron los policías de Oaxaca, se puso bien cabrón, desarmaron a todos, nos madrearon, se hizo un desmadre y me les escapé; pero vámonos de aquí; pide con el rostro desencajado, Juancho sin perder la calma pregunta por don Hernán, al escuchar el nombre don Rodrigo se desespera, Puta, no lo respetaron los muy mierdas, lo amarraron a un palo y dicen que el gobernador Heladio Ramírez lo va entregar al General; pero yo creo que lo van a matar, ¡dicen que ya se echaron al Chuy!, vámonos hombre, qué carajos esperamos; suplica volteando

hacia la vereda, en ese momento una nutrida ráfaga de metralla los alerta, ¡Puta madre, vámonos pendejos!; el hombre corre entre los matorrales, presas del terror los demás lo siguen, Juancho mira a Moy que muestra su miedo con la mirada confundida, tiran sus armas y emprenden la carrera, cada uno toma caminos distintos, la confusión no les permite organizar la retirada, algunos caen, otros chocan con ramas y troncos, Moy salta un alambrado y se rasga la pierna derecha, un trozo del pantalón de mezclilla queda colgando de las púas del alambre, cae sobre su costado izquierdo, el dolor es intenso, lleva sus manos a la herida y la palpa, siente en su carne un machete caliente, se muerde los labios para no gritar, la sangre escurre a borbotones, escucha balazos muy cerca, Moy se pone de pie con gran dificultad, cojea, le tiemblan las piernas, reza en desorden un Ave María, escupe un gargajo verdoso, un calambre a la altura de la ingle lo hace trastabillar, oye ladridos, descubre una vereda entre el matorral y se interna entre las tupidas hojas, el camino de arcilla termina a los pocos pasos y comienza una enorme zanja empantanada; Moy trata de retroceder, pero los gritos de sus perseguidores están muy cerca, a pesar del dolor logra arrastrarse por el lodo, su pequeño cuerpo le ayuda a camuflajearse en los líquenes y plantas, bebe agua estanca-

da, el sabor de la tierra podrida baja por su garganta, muy cerca de ahí debe haber un río, con gran dificultad avanza un largo trecho, la frescura del lugar lo reconforta un poco, está completamente enlodado, no desiste a pesar del terror y la desesperación, trata de no pensar en nada ni en nadie, todas sus fuerzas en el objetivo de llegar al vado del arroyo, se tranquiliza al no oír más los ladridos, ni las voces, por el contrario, es el sonido de las aguas corrientes del arroyo las que lo esperan, se desliza por un pequeño barranco y ve las primeras piedras del río, agradece a Dios y a la Virgen, está exhausto, no puede más, voltea hacia su derecha y no cree lo que está ante sus ojos, sobre una enorme piedra una muchacha completamente desnuda se baña, bajita de estatura, morena, con el cabello hasta los bien formados senos, su recta espalda perdiéndose en la diminuta cintura que se ensancha en las potentes caderas, las nalgas brillan al sol y bajan por los muslos carnosos, Moy cree que delira y pide a su padre que lo acompañe en su viaje al más allá, nunca ha visto a una mujer tan completamente desnuda, no es posible que la encuentre en tales circunstancias, con la mano temblorosa se persigna sin quitar la vista de la muchacha, ella seca con una toalla azul su bello cuerpo y peina su larga cabellera; de pronto vuelve a escuchar los perros, hom-

bres que hablan a gritos, la joven recoge sus ropas con rapidez y corre a refugiarse hasta los matorrales donde está escondido Moy, de un salto cae sobre Moisés que se muerde la lengua de dolor, pero sujeta con fuerza a la mujer que trata de soltarse, Moy la calma diciendo que es amigo, viene huyendo de aquellos talamontes, entre las ramas ven que los únicos que logran bajar al vado son dos perros que olfatean sin cesar, luego beben del arroyo; los llama un silbido y corren rumbo al pequeño acantilado.

El fresco aire del atardecer estremece las hojas de los árboles, una parvada de garzas cruza el cielo rojizo, Moisés y Tania, como dice llamarse la joven, llegan al jacal perdido en la selva de los Chimalapas, los acompañan tres zoques, callados aunque amables, Yo también soy tojolabal, dice Tania mientras sale de una choza con alcohol y algodón en las manos, Moisés se recuesta en la hamaca, se quita la camisa y con ambas manos termina de desgarrar el pantalón, la herida es superficial, la sangre se ha secado formando una costra negruzca, Creo que no morirás por esto; juega la mujer al momento que le aplica el alcohol, luego se sienta en una silla de madera y le habla mientras le comparte de las memelas que cocinan los compañeros, Pues está

dura tu historia amigo, yo también tengo mis aventuras con la injusticia, pero es otro cantar, y así como lo cuentas, es la misma cosa con todos los indios de Chiapas, y muchos siguen admirando a su patrón, pero a ti te tocó el más cabresto de todos; dice Tania de ojos negros y grandes, cejas bien delineadas los enmarcan, las pestañas largas y rizadas le gustan a Moy que la escucha con atención, la nariz larga, sus labios carnosos muestran los blancos dientes al hablar, Mira, Moisés, mañana me voy para Nuevo Momón, cerquita de donde venís, si quieres nos vamos juntos, es más, si ya no piensas regresar con tus patrones, pues qué carajos, te vienes con los amigos y te los presento por allá, ya verás que te van a caer muy bien, y quien quita hasta nuevo trabajo te conseguimos; lo anima Tania riendo con cierta coquetería, Moisés siente como sube el rubor por su rostro, y sin decir palabra, asiente con la cabeza.

En el ejido San Francisco la hermosura del cielo repleto de estrellas aminora el tedio del viaje, un mono chilla en la espesura de la selva, el aire fresco ahuyenta a los mosquitos, los cansados viajeros se recuestan en las bancas de madera del jacal donde varios hombres y mujeres los reciben con algarabía.

Durante el camino Tania contó a Moisés quiénes eran y algunos de sus planes, con un lenguaje sencillo y claro la mujer le comentó los puntos más importantes de su ideario político, Moy escucha muy atento conceptos nuevos e incomprensibles: socialización de los medios de producción, lucha de clases, y una insistente palabra en el discurso de su compañera lo entusiasma: socialismo.

Llegan a San Cristóbal de las Casas después de las seis de la tarde, una ligera llovizna moja las calles desiertas, el frío cala hasta los huesos y la neblina desciende por el cerro Huitepec, Nos vamos a echar un taco, para luego ir por los compas; ordena Tania mirando al chofer que acepta sin voltear a verla; se estacionan frente a la embotelladora Pepsi-Cola, los cinco hombres que viajan atrás saltan de las redilas, una furgoneta pasa muy cerca salpicándolos de agua, cruzan el bulevar y entre risas entran al comedor La Guadalupana, las mesitas de cartablanca están casi repletas, un asador de pollos deja escapar una espesa nube de humo, la música de los Tigres del Norte se escucha estridente entre las voces y los gritos de las tres mujeres gordas que sirven botanas y bebidas, se sientan a la mesa más lejana de la entrada, ordenan carnes asadas y café

para todos, Tania cambia el tema de la conversación, y su voz se confunde con los regateos de un vendedor de cristos tallados en madera, Cuánto paga por este Cristo señito; pregunta el hombre cansado de caminar por la fría ciudad, No marchante, pides mucho dinero por la imagen del Señor; responde la gorda mientras seca sus manos en el mandil cuadriculado, Ya, sí está bien barato, con este diocito se acabarán todos sus problemas y le irá mejor en el negocio; arremete el vendedor sin convicción, Acuérdese que al que está con Dios nada le falta. Moy sonríe con sarcasmo y mira de reojo a Tania.

El viejo camión rojo de tres toneladas emprende el camino hacia la casa de seguridad que los ya amigos de Moisés tienen en San Cristóbal de las Casas, la lluvia limpia las calles y la triste presencia de puertas y ventanas son mudos testigos de su paso, Tania habla a Moy de sus principios y convicciones, sin perder su coquetería, cosa que enamora al muchacho tojolabal, la atmósfera tiene algo de panteón abandonado, avanzan por las orillas de la ciudad, entre el caserío de cartón y hojalata, al este dan vuelta hacia Tenejapa, siguen hasta la última casa del lado izquierdo, la fachada es de color verde y un techo bajo de tejas, parece montada

en la cima, su número sesenta y tres fijo en la puerta principal les indica que deben detenerse, se alcanza a ver una canasta de básquetbol, y una alta antena de radio, Vas a conocer a un compañero muy divertido, te va caer bien; dice Tania con cierta alegría, el chofer baja en silencio, a través del chorreante parabrisas se ve la desdibujada silueta de un hombre que abre y dice algo que no escuchan con nitidez, del lado derecho se observa un nostálgico cementerio de coches, la lluvia cayendo sobre la chatarra de autos y autobuses provoca un sentimiento de lejanía, junto a él un extenso pinar invadido por la lenta niebla, Vas a ver qué amigo, le decimos el Cochi, por que es chaparrito y muy gordo; el aguacero cae con violencia, el frío húmedo hiela los huesos, el vaho de las respiraciones empaña los cristales de las ventanas del camión, con rapidez entra el chofer empapado, del lado de Moy abren la puerta y de un brinco cae junto a él un hombrecito regordete, chorrea agua por el impermeable amarillo y el sombrero de fieltro, Tania ríe y hace más espacio para Moisés, Ya Cochi, debes adelgazar; dice la muchacha entre carcajadas, al voltear Moy siente la sangre caliente, un fuerte golpe en el pecho le hace toser, traga saliva aún con el sabor de la carne asada en la boca, con miedo y una voz temblorosa: ¡Colorado!, pero tú estás muerto.

Durante el viaje el Colorado les relata con locuacidad y ademanes que casi golpean a sus compañeros sus experiencias en Sitalá y de cómo logró escapar de la muerte; como le había dicho a Moy aquella tarde en las galeras del Momón, su hermano Domingo y su primo José lo esperaban para integrarlo al Partido Socialista de los Trabajadores, muy importante en esa región; apenas llegó lo mandaron a trabajar a Yajalón, para organizar Un Congreso Indígena, al cual llegarían diez mil campesinos de los Altos de Chiapas, el ambiente tenso intimidó al Colorado, los finqueros estaban dispuestos a todo para impedir que los indígenas se reunieran en su pueblo, los miembros del PST se trasladaron a Wolonchán para informar a sus compañeros que la situación era delicada, viajaron en una camioneta pequeña, en la noche avanzaban por un camino de terracería, envueltos por la oscuridad de ese treinta de mayo, una camioneta de la policía de seguridad pública del estado, sin decirles más que una ráfaga al aire, se les cruzó en el camino, agresión sin tiempo de nada, ahí en esa curva quedó el grupo de hombres golpeados, con dos heridos y un muerto; el Colorado comprendió que la violenta realidad era muy distinta a las ideas de los documentos del Partido, la guerra entre finqueros y campesinos se vivía en todas partes de Chiapas; había descubierto,

a través de la sangre, que la muerte era la única constante; pocos días después sus pensamientos cobraban un realismo como nunca antes lo había vivido, el presidente municipal de Yajalón hizo correr la idea de un enfrentamiento en Wolonchán entre miembros del PST y de la CNC, dejando cuarenta y cinco muertos y setenta y cinco heridos; para el Colorado todo quedaba claro, los finqueros coludidos con las autoridades municipales evitarían el Congreso, programado para el primero de junio; cosa que lograron, en un pleno del Partido acordaron la suspensión del evento político.

Las primeras tareas del Colorado fueron los mítines informativos en los caminos; en varias ocasiones escapó del asedio de las guardias blancas de los finqueros. El once de junio de mil novecientos ochenta viajó con varios de sus compañeros a Tuxtla Gutiérrez, creyó que su lucha finalmente había cumplido sus objetivos, se sentía alegre, satisfecho de haber soportado esos últimos meses de tensiones y persecución. La calurosa tarde y el concierto de silbidos de los tordos en el parque central, los recibía en las amplias oficinas del gobernador, era extraño estar ahí sentado en los despachos donde decidían la vida de Chiapas; él, un simple peón de finca, quién hubiera pensado que los campesinos

podían plantear sus problemas frente a don Juan, el gobernador los trataba como iguales, les llamaba hermanitos amistosamente, después de una larga y difícil discusión lograron firmar un convenio en el que solucionaban a su favor los problemas de sus tierras.

El aire frío sopla en la triste y solitaria carretera, todo se detiene en su constante repetición, los árboles y vados, el penetrante olor a gasolina impregnando el ambiente, sólo el ruido del camión interrumpe el monólogo del Colorado, quien con lágrimas en los ojos y voz quebrada cuenta cómo fue la masacre en Sitalá. La tarde se perdía en el horizonte de nubes, el viento caliente soplaba con mansedumbre, apenas las hojas de los matorrales se atrevían a romper la quietud de las horas, en uno de los patios de Wolonchán poco a poco iban reuniéndose los campesinos, entrada la noche, bajo la débil luz de la luna trescientos campesinos discutían la entrega de las tierras, se les informaba de los acuerdos logrados con el gobernador, finalmente la lucha de tantos años rendía sus frutos; de pronto, entre la espesura del monte apareció un grupo de latifundistas armados y una partida militar de veinticinco soldados, la paz y el diálogo pisoteados por el gobierno, ¡Dispararon a mansalva contra la

asamblea!, grita el Colorado desesperado, Mataron a doce de mis compañeros y quedaron dieciocho heridos. En franco llanto el Colorado les cuenta cómo él mismo salvó la vida, algunos lo dieron por muerto pues escapó sin decir nada a nadie, después de ayudar a un grupo de hombres heridos, los llevó al poblado de Tacuba; ahí conoció a sus nuevos compañeros. El silencio se impone en la cabina del camión, han escuchado la historia del Cochi, el gordo es de los hombres que memoriza hasta el color de la ropa, los nombres de los finqueros, y su locuacidad hizo el relato muy tenso; limpia sus lágrimas con un paliacate rojo, el lunar enrojece y los pelillos del rededor se encrespan, Moisés escucha entristecido. De esa región salimos los primeros cuadros de nuestra organización, dice el Colorado suspirando hondo; Se te ve bien el paliacate en la cara; dice Tania sonriendo, Ese puede ser un símbolo de nuestra lucha, así caminaremos para llevar el rostro de nuestros muertos en nuestras caras, además en el caso del Cochi sale ganando, pues no le verán lo feo; ríen divertidos, tratando de liberar la tensión y el llanto de el Colorado.

La montaña se ilumina con los refulgentes rayos del sol, la neblina se disipa sobre las copas de los

árboles, el espeso humo de los jacales del campamento mancha el nítido azul del cielo; la gente habla con Tania, le preguntan cosas, le informan de los nuevos acontecimientos mientras beben café y comen tortillas de frijol; Luis, uno de sus hombres de confianza la conduce a otro jacal, caminan despacio, cansados por el viaje, entran al pequeño lugar, las paredes son tablas, el techo láminas de cartón, al medio una mesa de madera y unas sillas, Tania se sienta y sorbe un poco de café, bosteza sin querer mientras mira al joven indio, su delgado cuerpo y su rostro lampiño le dan una imagen de niño, así lo llaman sus compañeros; pero su carácter y capacidad de trabajo contradicen su sobrenombre, Nos vamos para el sur, ya lo determinó Pedrín; murmura con pesadumbre, toma el vaso de agua y bebe un poco de pozol, ¿Qué, no se arregló la bronca con los de Slop?; pregunta la muchacha mecánicamente, Los de Unión de Uniones se van a convertir en no se qué chingados, los de Slop ya jalan solos, así que debemos movernos y listo; pero no todo son malas noticias, del lado de las Cañadas han crecido nuestros simpatizantes; seguro ya te contó el Cochi, él sabe bien la cosa; la joven lo ve con simpatía, No le dio tiempo, nos vino contando sus historias en Wolonchán; pero bueno, Niño,

vamos a darle al trabajo, ya mañana lo discutiré con Pedro.

En otro jacal el Cochi no para de hablar con Moisés, están solos, acostados sobre hamacas, se respira cierta tranquilidad en el ambiente, Sí Moy, los compañeros de Slop ya no jalan parejo, al comienzo nos entendíamos, era como el ochenta y cinco cuando conocimos a Lázaro Hernández, allá merito en las Delicias, es marista como varios de los compas, llegó a ser tuhunel de tuhuneles por don Samuel Ruiz; el gordo se ha convertido buen conversador, Moy con cierta timidez interrumpe la plática, ¿Pero quiénes son los de Slov?, el Cochi ríe divertido, Slop, mi querido Moy, son los catequistas, se organizaron en los ochenta creo, por uno que estuvo en Nicaragua, un tal Javier Vargas, pues ese canijo los puso a estudiar materialismo dialéctico, eran muy fuertes por todo Avellanal y aquí mismo en San Francisco y en las Tacitas también; cuenta emocionado el gordito que no muestra cansancio, Moisés interesado con el cuento y tomando confianza vuelve a cuestionar, Pero, dime ¿cómo los conocieron?; el hombrecito dispuesto a relatar toda la historia se sienta en la hamaca, No lo creerás, pero los compas tomaron este ejido, tu sabes que está cerca de La Candelaria; Moy recuerda in-

mediatamente a Tomás y Felipe López, Así nos apoyamos los dos grupos y nuestros planes eran igualitos, liberar a los pobres de la explotación de los caciques; dejamos las tierras cerca de la laguna Miramar y nos venimos para aquí, además nos daban alimento, traían desde maíz, frijol, arroz y café, todos cooperando con la causa; pero ya sabes mi buen Moy, broncas nunca faltan y ahora tenemos que irnos pa'l sur con Pedrín; yo creo que está bien, tamos más cabrones por allá y además, el Cochi sigue en su monólogo, sin darse cuenta que Moisés se ha quedado completamente dormido.

Los pálidos rayos de la luna iluminan el rostro de Moisés sobre una cama de tablas, los ronquidos del Cochi son potentes y casi rítmicos, la cara de Moy muestra el agotamiento acumulado de estos días, le duelen las piernas y la espalda, pero sobre todo lo inquietan las preguntas que no le dejan dormir, siente como si de pronto en una noche tempestuosa se hubiese precipitado desde lo alto de una montaña a un profundo barranco, hace apenas unos años era el hijo menor de un matrimonio empobrecido de acasillados del General, sabía tan poco de sus padres como del mundo, don Manuel llegó a vivir a la zona tojolabal siendo casi un niño, acompañado de su tío Alberto quien le enseñó el tseltal

que luego heredaría Moy, su madre fue una mujer como todas las tojolabales, entregó su vida a los patrones; Moisés no asistió a la escuela, no necesitaba leer y escribir para las labores a las que estaba destinado, cuando presa de su imaginación soñaba despierto mientras pizcaba maíz, ardía en deseos de llegar a ser un caporal honesto, respetado, sobre todo por el General. Pero la vida se empeña en cambiar el curso de sus planes, está confundido, no puede explicarse cómo los oaxaqueños apresaron a don Hernán Castillejos; y mucho menos qué hace aquí con estos hombres que dicen pertenecer a una organización armada, escucha al Cochi y no entiende tantos conceptos nuevos, en qué momento su amigo aprendió tantas cosas de la vida, mientras él seguía bajo el yugo del General; muchas noches como esta imaginó al Colorado muerto y le reclamaba haberse ido para encontrar la muerte, ahora lo ve completamente transformado, quiénes son estos hombres que dicen luchar por la justicia, qué es lo que realmente buscan, por qué le han abierto el corazón así tan fácilmente, cómo es posible que acepten órdenes de una mujer, todo es confuso y extraño como la enigmática noche de la selva.

La lucha ya no tiene sentido, todos los problemas de Chiapas son cosa del pasado; dice irónicamente el Niño mientras se quita el sombrero de palma, escurre sudor, la sonrisa muestra una hilera de dientes blancos, Moy le acerca un guacal con pozol blanco, en la mesa al medio del patio están sentados Tania, que lee un libro acerca del Che, junto a ella el Cochi trata de reparar un viejo radio, Hay sal y chile, Niño; invita el gordo, quien minutos antes hablaba de las elecciones en México; los intensos rayos de sol se cuelan por la enramada, Aquí tengo la prueba de nuestro desarrollo como estado; afirma el Niño sentándose con rapidez, de una bolsa de plástico azul saca unos documentos, Mira Tania, ya deja de leer eso, no sirve para nada; la muchacha cierra el libro y observa con atención al Niño que comienza a leer con una sonrisa de sarcasmo: Durante el gobierno de "mi General" se construyeron tantos caminos que si se pusieran en línea recta, nos permitirían transitar de Chiapas a Estados Unidos, cómo la ven compañeros, ¿dónde quedarían todas esas impresionantes carreteras?, bueno, quizá se convirtieron en paredes, bardas o albercas en las casas del señor gobernador; el reparto de tierras equivale a lo que se había hecho en 18 años, ya ves pinche Cochi y entonces para qué tanto alboroto contra los finqueros de Sitalá, sí regalaron

parcelas al por mayor, o será que en estas estadísticas se contempla la tierrita de tanta tumba de campesinos asesinados; el analfabetismo descendió considerablemente, bueno aquí no aclara si fue por que el General y su familia finalmente decidieron terminar la primaria; se pavimentaron más de un millón quinientos mil metros cuadrados, ya se sabe, embarrar de cemento a los pueblos es la mayor prueba del progreso, se hicieron cincuenta mil metros cuadrados de empedrado para calles. Tania se levanta de la silla, interrumpe al Niño, No es posible que el gobierno exhiba estas cifras para hacer creer a la gente que además de todas las chingaderas del General, ahora resulta ser el mejor gobernador de la historia de Chiapas, la mentira será siempre su mejor arma y claro hay que sumar toda la indiferencia de la gente y la falta de conciencia histórica. La joven saca un paliacate rojo de la bolsa del pantalón, limpia el sudor de su cara, el Cochi deja el aparato a un lado y bebe un trago de pozol, Y qué esperabas, ¿que en tiempos electorales se olviden de la prensa?, ellos juegan a todo, cuanti más ahora que casi todos los compás de las Cañadas pertenecen a nuestra organización, a pesar de seguir en Unión de Uniones, sabemos bien que desde principios de los ochenta el gobierno se puso a parir chayotes por los triunfos de la izquierda en

Centroamérica, primero los chingones Sandinistas en Nicaragua, luego el Salvador y ya no digamos la pinche guerra en Guatemala, por eso Chiapas se convirtió en un lugar clave para la contrainsurgencia gringa, y por eso nos encasquetaron al General, era bien sabida su mano dura y claro, con él gobernaría el ejército, ahora no dejarán perder todo ese capital político; dice el obeso hombre con desgana, Tania sonríe y agrega: Cochi, cada día tienes más clara la situación de la guerrilla, y es evidente que la guerra en Guatemala fue lo más temido por el gobierno mexicano, como los chapines ya tenían a su General Ríos Montt, nosotros no podíamos quedar atrás y nos pusieron a nuestro propio General, y con eso de que en tierras chiapanecas se refugió el Ejército Guerrillero de los Pobres, pues el miedo no era para menos, hasta bombardearon comunidades de Chiapas los muy cabrones. El Cochi coloca una pila en el radio y trata de sintonizar alguna estación, apenas se escucha un ruido sordo, Por eso en los últimos años golpearon hasta no poder más a las organizaciones independientes, y si no que le pregunten a la Unión de Uniones, la CIOAC o la OCEZ, para ellos todos deben ser buenos borreguitos como los de la CNC; el Niño sacude el periódico y prosigue su lectura: La educación superior creció el 100%, aumentaron a más de 7 mil

estudiantes en 56 carreras, jajaja por eso hay tanto maistro entre la indiada, ¿y las escuelas dónde se fueron?, mayor ingreso para cuatro mil quinientas familias indígenas con la siembra de cuatro mil ciento quince hectáreas de frutales y mil setecientos ochenta hectáreas de hortalizas, el inventario ganadero está por encima de tres millones de cabezas, que producen cada año ochenta mil toneladas de carne, y 169 millones de litros de leche; por eso siempre los niños antes de ir a sus aulas bellamente construidas en las comunidades, beben vasos y vasos de leche, ¿a poco no se nota?, miren al Moy, por eso está grandote y bien dado, a fin de sexenio se han construido 173 clínicas, 3 hospitales y diversas casas de salud, aunque la gente se sigue muriendo de hambre y diarrea.

No es posible, dice Tania enfurecida, Tiene razón el Cochi, ya están preparando el fraude electoral, la cosa se va poner difícil, en el centro de la república se están partiendo el lomo las organizaciones sociales y los partidos políticos, pero de nada servirá y aquí todo indica que el próximo gobernador será Patrocinio González Garrido y Carlos Salinas de Gortari el presidente; se agita la muchacha paseándose por el patio, Por eso no podemos confiar en las elecciones manipuladas por el propio gobierno, creer en eso a estas alturas sería

un suicidio, hemos tenido mucha paciencia y la seguiremos teniendo, de muestra está Unión de Uniones, a pesar de más de veinticinco muertos y ser agredidos constantemente por los finqueros, y todo por qué, por tener más control que la CNC, nosotros tenemos razón, los de Slop se equivocan y con ellos el obispo Samuel Ruiz, debemos seguir insistiendo en la lucha armada; El Niño dobla el periódico y lo deja sobre la mesa, agrega: Pero no podemos dejar de ver las broncas entre las organizaciones, los de Slop no querían ser la comparsa de Unión de Uniones, por eso se llaman raíz en tseltal, hay que ser honestos y reconocer que ellos comenzaron todo el movimiento, de alguna manera era comprensible que desconfiaran de Unión, con eso de que negociaban con el gobierno, además los catequistas no quieren asesores mestizos, y como ya te digo que se sienten la raíz de todas las organizaciones, pues no les importa que se rompan algunas ramas mientras la mera raíz esté viva. Moisés escucha con atención los argumentos de sus compañeros, a pesar de no entender absolutamente nada, piensa en todo lo que ocurría a su alrededor y jamás se enteró de ello, cómo era posible tanta ignorancia, las dudas lo agobian pero el temor a preguntar es mayor, el Cochi deja el radio con cierto enojo: Es cierto Niño, pero toma en cuenta lo

que dice Tania, Unión de Uniones fue muy golpeada por el General, acuérdate de cuando los de la Secretaría de la Reforma Agraria los acusó de invadir veinte predios, cuando sólo eran cinco, y ninguna de las comunidades invasoras eran de la Unión, y pasó lo mismo en Wolonchán, la Unión ya había comenzado la regularización de la tierra cuando los de la Seguridad Pública junto con los finqueros corrieron a las sesenta familias a punta de bala y quemando sus jacales, en el ejido La Independencia y Nueva Estrella la historia se repite y con organizaciones intermediadoras no se llega a nada, son puras jaladas, ahora en marzo se creó en Ocosingo la ARIC Unión de Uniones Ejidales y Sociedades Campesinas de Producción Rural de Chiapas, les aseguro que de nada servirá, las mismas pendejadas se seguirán repitiendo, el cambio debe ser completo, de estructuras, carajos, y si soy sincero veo una ruptura con la gente de Slop, aunque sean la raíz.

El intenso calor hace más pesadas las horas del medio día, el tiempo parece detenido en los árboles de mango y alcornoque, la tristeza de los pájaros contagia a las piedras y los lejanos ladridos de los perros, la selva se suspende sobre su propio fantasma, como si todas las raíces se fundieran en un

rito de antiguos sueños, en el espacioso jacal diez indígenas escuchan atentamente al Cochi, frente a un pizarrón de latón, con el logotipo anaranjado del refresco Fanta, escribe con una barrita de gis blanco, el sudor escurre por su cara, el lunar se ve más rojo que de costumbre, Tania está sentada a su izquierda, absorta en su lectura, Moy la observa desde su silla, le intriga esa mujer silenciosa y enérgica, distinta a todos: ¿Qué puede un ejército contra esos ojos?, nada; piensa mientras concentra su mirada en las hermosas pestañas de la muchacha, el regordete mentor termina de escribir y pide a Moy que lea la máxima:

"El mundo no es un objeto para CONTEMPLAR, sino para TRANSFORMAR".

"El HOMBRE al TRANSFORMAR su mundo se TRANSFORMA así mismo".

Ante la sorpresa de todos Moisés responde con timidez que no sabe leer, se avergüenza y baja la mirada con tristeza, el Cochi se rasca la cabeza, Pero carajo compañero, llevamos tres meses de clases y hasta hoy me sales con tu jalada, y como siempre hablas y parece que entiendes cada una de las cosas que digo, pues qué voy andar sabiendo que no sabes leer; los muchachos ríen a carcajadas que ponen aún más nervioso a Moy, Ta' bueno,

por la tarde te enseñaré a leer y por las mañanas a ver qué se te queda de las pláticas; ordena el Cochi.

En las semanas de estudio solitario con Moisés, el Cochi le ha contado de Pedro, convertido así en un personaje lleno de enigmas para el muchacho; entre el repaso del silabario y sus ejercicios de gramática ha conocido a Pedrín a través de su amigo. Sabe que Pedro, junto con Marcos y Daniel son los tres caxlanes de la organización, el Cochi le cuenta de lo bromista que es, por eso le dicen Pedrín, de cariño; pero también es muy estricto y le encanta echar balazos; fue militante de las Fuerzas de Liberación Nacional desde finales de los años setenta; lo reclutaron de muy joven, cuando estudiaba en la ciudad de México se entregó completamente a las FLN, por una temporada fue a vivir a Macuspana, Tabasco, trabajó en PEMEX, Por eso se sabe un chingo de albures tabasqueños; ríe el Cochi, fue de los primeros que entraron a la selva, sus hombres cuentan la anécdota de cuando le dio la úlcera del chiclero, Hasta lo tuvieron que sacar a México de lo mal que se puso; dice el gordo mientras revisa las horribles letras del cuaderno de ejercicios de Moy, Y el buen Pedrín bien que sabe tratar con los catequistas, como que iba pa' cura, digo yo; alcanza

a decir el Cochi al lamer la goma de borrar y corrige algunas letras, Ya vas a conocer al Tacho, puta, ese es recabrón, no parece catequista, es un buenazo para todo, te vas a llevar muy bien con él, es como la mismísima sombra de Pedrín; revisa con gran detenimiento el cuaderno y voltea con mirada de satisfacción hacia Moy, Aprendes bien rápido, al paso que vas terminarás enseñándome a mi, cabrón.

Durante ocho meses de convivencia diaria con sus compañeros, Moisés confronta su pasado, ahora se siente parte de algo, entiende que su participación es importante y cada uno de sus actos representan una gran responsabilidad; sus camaradas comentan su inteligencia natural, la perspicacia con la que analiza los acontecimientos, su terquedad por querer aprenderlo todo, se ha ido ganando la confianza de la gente, lo identifican como un hombre honesto y enérgico en muchas ocasiones, ha comprendido que la complacencia es el primer paso para la derrota, y es con él mismo con quien no permite distracción alguna, entiende que existen hombres como Marx, Lenin, Fidel, Zapata o el Che que pueden ser héroes para algunos y bestias autoritarias para otros, y hay hombrecitos mediocremente an-

gelicales y moralmente buenos para casi todos; su dominio del español es cada día más fluido, así como del tseltal y el tojolabal, por eso lo quieren en las comunidades, les habla en su lengua, en su propio espíritu, los días y las horas pasan por las tardes de la selva; maduran las mazorcas en las milpas y empujan las aguas de los ríos más cristalinos, de igual manera se impregnan en el corazón de Moisés, y sus pasos ya no son los mismos.

La larga y tortuosa jornada en la que Moy y el Cochi han recorrido los ejidos de las cañadas, La Estrella y Patihuitz, para promover el reclutamiento para la Organización los mantiene tensos; Moisés estrena dotes de buen orador, frente a las asambleas comunitarias plantea los objetivos de su lucha, en él se delegan tareas de convencimiento y organización de pequeñas células, lo conocen en Betania, Amador, Avellanal, Agua Azul, Las Margaritas, región de las Cañadas. En el pequeño jacal donde descansan el calor es intenso, la noche permanece silenciosa y tranquila, apenas los pálidos rayos de la luna iluminan los fantasmales árboles de la selva, Moy fuma recostado sobre una cama de madera: ¿Cómo ves la situación?, pregunta con interés al Cochi, sentado ante una pequeña mesa, la

débil luz del quinqué lo hace ver más pequeño y gordo: Mira, hace como cuatro años que comenzamos el reclutamiento y según nuestra información casi todos los de las Cañadas están con nosotros, aunque siguen con Unión de Uniones, mira cabrón, este año es el que más gente se ha sumado con nosotros, pinche trabajo que nos echamos encima, pero sirve la chinga; Moy tose por el humo de su cigarro Alas Extras, se sienta sobre las incómodas tablas: Sí, pero la gente ya no quiere seguir esperando, la verdad lo que yo veo es que ya se cansaron de no ver resultados, muchos me han dicho que ya debemos hacer la guerra de verdad y los de Slop dicen todo lo contrario, la cosa se pone de la chingada y la dirigencia no sabe ni qué carajos decir; el Cochi coteja algunos apuntes, el sudor empapa su rojo lunar, bebe un poco de agua de la cantimplora: Es cierto, eso ya es lo que todos quieren, pero mira cómo hemos crecido, en el ochenta y seis logramos hacer tres batallones, El machete, Martillo y Hacha, cada batallón tenía como mil quinientos milicianos y trescientos insurgentes, y ahora somos mucho más, un chingo y un montón; Moy se pone de pie, camina hacia la mesa y se quita la camiseta, su cuerpo muestra músculos fuertes y firmes producto de los intensos entrenamientos: Yo creo que con los resultados electorales la gente

pedirá ya la guerra, con eso del fraude en todo México, y Carlos Salinas de presidente, ya no se cree en las elecciones; El Cochi ríe a carcajadas, deja la libreta a un lado y saca del morral unas memelas de frijol: Pinche Moy, sales con cada cosa, quién carajos creía en el voto, en la puta democracia, esas son mamadas güey, ni con los movimientos de Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel Clouthier se cambia eso, ellos son la comparsa, son los pinches reformistas que sólo piensan en su hueso, y mira los gobiernos internacionales, rapidito dieron el reconocimiento al fraude, los gringos, los españoles y en el colmo hasta Fidel Castro, y las FLN se preocupan más en celebrar su próximo aniversario de fundación, por lo menos en tres partes siguen vivos, en el norte el Frente Villista, el Frente Central y los más chingones el Frente Suroriental; Moy sonríe mientras enciende otro cigarro: Desde el ochenta y tres, con el nombre de Ejército Zapatista de Liberación Nacional, los padres de todos; dice Moisés levantando los brazos, las risas de Moy y el Cochi se confunden con el incesante canto de los grillos, el Cochi come una memela con apetito: Y qué me dices de Chiapas, las elecciones son históricas, el cien por ciento de los electores votaron por el pinche PRI, un logro más de tu querido general.

Por las últimas palabras del Cochi, Moy siente pena, una presencia le causa vergüenza, ahora sabe de la inmensidad del mundo, de las injusticias y masacres, del dolor y la rabia, de los problemas de su sociedad; la ironía de su compañero le lastima; tiene una ofensa histórica y ha luchado día a día contra él mismo para modificarla, y luchará aún más para transformar "su" mundo.

Después de mucho batallar con las letras, Moy lee a la perfección, además destaca por su disciplina y preocupación por la lucha; tiene como responsabilidad el buen funcionamiento del centro médico que se construyó en el ejido Morelia, quedándose muchas veces en el poblado de Altamirano. Muy cerca de ahí, en Corralchén conoció al subcomandante Pedro, alto y muy delgado, se veía envejecido por la tupida barba olorosa a tabaco, era increíble que tuviese apenas treinta y un años, la joroba le daba una figura de viejo joven, además de sus bromas y risas, Me quedé jorobado por cargar tanta pinche mochila; jugaba el subcomandante, no dejaba de fumar, se decía que por las noches despertaba y fumaba con el cigarrillo metido en la boca, Para que el enemigo no vea el fuego; afirmaba con cierto orgullo de dominar la difícil técnica, Así me-

rito fumaba el Che; ilustrando siempre a sus compañeros; Pedrín se vestía siempre con ropas de PEMEX, las grandes letras en su chamarra aún se podían leer, Algo me dejó la pinche chinga del petróleo, además que les traje un chingo de uniformes a los compañeros; cotorreaba con los milicianos, esa noche habló por muchas horas con Moy, platicaron de la necesidad de la lucha y lo importante de la participación de gente como el joven tojolabal, se entendieron y surgió entre ellos una entrañable amistad desde el principio; ahora la encomienda es muy comprometedora; pero Moy está dispuesto a hacer lo que Pedro le pida, por ser su superior, pero sobre todo por conciencia; así, sabe que las armas comenzaron a llegar en el ochenta y seis, con la ayuda de las comunidades, y esa fue la tarea de Moisés, coordinar las colaboraciones de cada lugar del sur de Chiapas; aprendió los costos y tipos de armamento: tres vacas por un fusil M-1, las carabinas .22 por dos vacas, y ya para los más diestros los SKS Simonov de fabricación rusa, las metralletas británicas Sten, los 303 Savage British, los fusiles alemanes Comando, calibre 45. Moisés se encarga para los altos mandos de revisar y entregar Uzi israelíes, fusiles de asalto M-16, el arma que él usa, regalo echo por el mismo Pedrín, y el AR-15, el AK-47. Encargar, traer y probar el armamento le

ha dado a Moy un gran conocimiento en armas, reconstruir las metralletas Sten es su mejor pasatiempo; su habilidad lo llevó a perfeccionar el lanzagranadas que inventó el subcomandante Marcos con tubos de PVC, con el aditamento de Moy los proyectiles llegaban hasta trescientos metros, lo que le valió el respeto y la admiración de sus compañeros.

La lluvia, el sordo sonido de las primeras gotas sobre la maleza parece un ejército invisible que avanza con paso firme y decidido, algunos rayos de sol se descomponen formando un largo y hermoso arco iris, las veredas se lavan en su propio tiempo, huellas petrificadas en la eterna nada, sueños rondando cuevas donde fluyen apacibles ríos subterráneos, mar de cielo, mar de nubes, mar de selva verde hasta los huesos de milicianos, tumbas perdidas con húmedas raíces, sangre empujando los días, años de no estar seguro de nada, inciertas horas de trabajo, trabajo y más trabajo, Sólo la paciencia nos protege en medio de tanta Soledad, dice Pedro sentado frente una mesa de pino, No sé si sabías que antes a la selva le llamaban el Desierto de la Soledad, y ¿dime si no es cierto?, los ojos se cansan de tanta belleza repetida, también lloran por

tanta pobreza impuesta, como que uno busca dónde detenerse, a qué agarrarse, y no queda más que el trabajo; Moisés deja a un lado el Manifiesto Comunista, sonríe con cierta ironía: No sabía que la lluvia te inspiraba para ser poeta; Pedrín enciende un cigarro con dificultad, la humedad ha penetrado en todo: Mira la situación, está de la chingada, parece mentira pero en menos de un año las cosas cambiaron mucho, un chingo de gente ha desertado, ya no convencemos ni nosotros ni Slop, todo es un río revuelto, una lucha franca por el poder de la región, pinches curas, se la pasan chingando por querer seguir controlando las comunidades, pero ¿qué capacidad de soluciones reales tienen?, casi ninguna, no creerán que teniendo sus proyectos productivos o su dizque lucha legal por la tierra cambiarán la situación de raíz, que no mamen, esos son paliativos para hacer más prolongada y dolorosa la muerte del enfermo; las palabras de Pedro suenan fuertes, cansado de tantos problemas y malos entendidos, de traiciones y traiciones, Moy se levanta y observa la lluvia cayendo sobre los tupidos cedros y pinos, recuerda sus años como gatillero en la guerra de la madera: Sí, tienes razón, dicen que lo mismo pasó cuando llegaron los maoístas, los de Política Popular, ni los de Líneas de Masas ni los Línea Proletaria los dejó tra-

bajar don Samuel, ni un año tardaron y los expulsaron; Pedro tira el cabito del cigarro, al tiempo se escucha un fuerte trueno que ilumina el jacal: Ay güey, es diosito que me escuchó, no te enojes diosito revolucionario, pero nosotros tenemos mejor estructura y planteamientos más chingones que tu ejército bien intencionado; Moisés ríe a carcajadas: Eres un cabrón, Pedrín, eres un cabrón, pero tienes razón nosotros no somos maoístas ¡que el dios guerrillero nos ampare!

Moisés limpia su M-16 en la oscuridad infranqueable de la selva, sentado sobre una roca cubierta de musgo húmedo, piensa qué diría su padre si lo viera ahora, luchando contra el General y la clase que representa; piensa en su amigo Juancho perdido en los Chimalapas, la figura sensual de Tania y su pasión por el trabajo, en las historias de Wolonchán que el Cochi le repite en cada comida, pierde la mirada en el cielo limpio y estrellado, Nosotros somos polvo de estrellas; le dijo en cierta ocasión Pedro, Moy no lo entendió, pero sabía que era cierto, los altos árboles escurriendo goterones de agua lo tranquilizan, La conciencia te hará presa de tu propia historia; de nuevo la voz de Pedrín repitiéndose en su mente, Es lo único que vale la pena,

lo demás mi buen chapaturrín, como dijo Hegel: Son puras pinches mamadas; sus labios murmuran algo y sonríe, sus lecturas y las imágenes de su vida se mezclan y confunden, siente desesperación y cierto temor, voltea hacia la champita donde duerme Pedro, nervioso camina con sigilo, se acerca sin hacer ningún ruido, aparta el mosquitero y el pedazo de nylón mojado, la quietud del lugar le permite escuchar con nitidez los leves ronquidos del subcomandante, con voz titubeante le habla, de un salto Pedrín rueda por el suelo con gran rapidez, sujeta su cuerno de chivo, se escurre por los matorrales como nauyaca, ¿Quién vive?, pregunta asustado; Moisés grita presa de terror, ¡La Patria!, soy Moy, usté disculpe; apartando ramas y bejucales sale Pedro acomodándose las cananas, Puta madre, que pinche susto me pegaste, cabrón; Moy se acerca cabizbajo, se rasca la cabeza y con un exceso de humildad le dice: Es que estaba mirando el cielo, y como que ya sé porqué somos polvo de estrellas.

Bajo un árbol de mango, solo, en la húmeda jungla con su verde interminable, perturbado tan sólo por los mosquitos y el gorjeo de los pájaros, Moisés lee concentrado una biografía de Lenin, de Ramón Lamoneda Izquierdo, hace algunos meses se trasladaron a las cumbres de la sierra La Colmena, ahí

construyeron el campamento de la Loma, junto a los ríos Jataté y Euseba; su mirada se inmoviliza en el texto, sin apartar los ojos del papel sus pensamientos divagan, reflexiona y confunde recuerdos de la niñez, lejos está aquel muchacho tímido, frío y rígido, presa de angustias, sus sueños de adolescente cuando la figura del General le representaba el máximo ideal en la vida, su insistente Serás uno de los míos; Yo fui unidimensional, como dice el Marcuse; piensa satisfecho de estar consciente de su transformación, por eso respeta y quiere tanto a sus compañeros, fueron ellos quienes lo convirtieron en un verdadero ser humano, imposible desertar o traicionarlos, entiende sus sentimientos de lealtad, jamás podrá cambiar; se ha ganado la confianza y el cariño de todos sus camaradas, especialmente de Pedro, Tania lo quiere como a un hermano, aunque Moy está perdidamente enamorado de ella.

Mira los árboles, las hojas se reparten en el único horizonte posible, el lodo de la vereda, las piedras y el alto monte, siente que su espíritu se relaja con el fresco descender de la tarde, lee un párrafo y sus ideas vuelven a fluir en la espesa densidad del tiempo; piensa que renunciar a todo es encontrarse con él mismo, solo y distante, caminando bajo la implacable visión de siglos, renunciar

a todo le significó renunciar a nada, porque nunca tuvo nada, ha aprendido a vivir con la muerte en un costado, la mira a los ojos y platica en soledad con ella; antes de usar un arma de alto poder, le enseñaron a amar la vida a través del conocimiento, Pedro le habla de ética e historia, entre bromas descubrió su propia cultura, se reencontró como tseltal y tojolabal, como campesino, como mexicano, y como ser humano.

El humor también es distinto con Pedrín, en las pláticas de estrategia todos la pasan bien, no es raro verlo rodeado de milicianos que oyen hipnotizados, su escuálido cuerpo se agita mientras levanta los brazos y sus virtudes teatrales provocan las carcajadas del subcomandante Daniel, hombre muy serio.

Moisés da vuelta a la hoja del libro, sus ojos se sorprenden al ver una lámina en blanco y negro, es Lenin en Razliv sentado sobre un tronco, algunas piedras grisáceas desperdigadas al costado izquierdo, unos papeles tirados junto a sus botas y la famosa gorra de Vladimir Uliánov, el personaje viste completamente de negro, el largo y confortable abrigo cae sobre su espalda encorvada, sobre las rodillas tiene una libreta que sujeta con la mano izquierda, mientras escribe con la derecha, la ca-

beza inclinada sobre el documento, un momento de gran concentración, atrás de la figura de Lenin se ve una choza solitaria; Moy se identifica con él, sobre todo ahora, sentado bajo el árbol, solitario y abstraído en sus reflexiones, con el libro sobre las rodillas, al pie de la lámina lee: "es necesario entregarse a un lento trabajo para orientar la conciencia de clase del proletariado urbano y rural". Moisés se rasca el cuello, voltea hacia el camino de tierra, un haz de luz lo ilumina a través de los árboles, La soledad es una vereda iluminada por el sol, perdida en la selva; piensa Moy volviendo a fijar los ojos en el texto.

El limpio azul del cielo hace pensar a Moy en la eternidad, la luz radiante del sol iluminando la selva, el silencioso andar del tiempo sobre cada uno de los seres de la jungla, ¿Qué puede representar el latido de mi corazón ante la inmensidad de la creación?, reflexiona mientras mira de reojo a Pedro, sentado junto a él, tratando de reparar una carabina engatillada, pierde la vista en el valle que se observa a lo lejos, divisa una cortina de lluvia opaca en el horizonte, entiende que su lucha interior no está desconectada de la lucha con la naturaleza, sabe bien que soportar el intenso calor, la humedad, los piojos y el hambre, representan nada al contrastar

el campo de guerra más peligroso que es su propia condición humana, Es ahí donde se ganan o pierden las batallas; se dice en silencio, Debemos conocer la técnica para dominar la naturaleza; le viene a la mente lo dicho por Pedrín en una noche de larga plática, Pero también tenemos que conocernos a nosotros mismos para derrotarnos en la victoria, para ganar en la derrota, para morir con dignidad; se sorprende de sus cavilaciones, sonríe y voltea hacia el subcomandante, abstraído en su tarea, Oye Pedro, ¿por qué dijiste que somos materia pensante?; pregunta ajeno al lugar y al tiempo, embebido en sus dudas, Pinche Moy, yo me chingo y tú con tus masturbaciones mentales; pues somos materia que piensa, que tiene conciencia de su existencia, sabes que vives y por lo tanto que morirás, tenemos conciencia de la muerte, y eso ni los perros, ni las gallinas la tienen; la verdad a la mayoría de la gente le vale madres, ni se lo plantean; por eso tú eres más grande que toda la selva enterita; responde Pedro sin quitar la vista del arma, presiona el gatillo varias veces, mueve la cabeza con desesperación, Pero eso nos hace sufrir más, por que también sabemos que estamos jodidos; dice Moy acercándose a la mesa de trabajo, Sí, acuérdate, quien agrega ciencia agrega sufrimiento, pero de esa forma puedes trabajar para mejorar tu situa-

ción, los verdaderos jodidos son los que no se dan cuenta de la chinga en la que nos han metido, esos están enajenados, apendejados; advierte el subcomandante, toma una franela roja, limpia la culata de la carabina, agarra una tuerquita, la coloca en la montura del gatillo, con un desarmador roto de la empuñadura lo va atornillando, Oye Pedrín, ¿cuál es tu verdadero nombre?, ¿por qué te pusiste Pedro?; el delgado cuerpo de Pedro se agita, deja el arma y saca una cajetilla de cigarros Faros, toma uno y lo enciende, el silencio tensa el momento, Moisés no le quita la vista de los ojos, expele el humo: Se me hace que estás menstruando o qué; son pocos los que saben, pero tú eres mi mejor amigo junto con Tacho, me llamo Héctor Ochoterena; confiesa Pedro fumando, suspira hondo como si recordase algo triste, Moy sonríe, se sienta en uno de los troncos que sirven de sillas, ¿Y por qué Pedro?; vuelve a cuestionarlo, su mirada denota interés, Es una larga historia, pero en síntesis por un compañero que fundó las Fuerzas de Liberación Nacional, puta te estoy hablando de la prehistoria, quizá ni habías nacido, por el sesenta y nueve me parece, era maestro de leyes, se llamaba César Germán Yáñez, ese cabrón junto con una célula llamada Emiliano Zapata fueron los primeros en llegar aquí merito donde estamos; platica Pedrín

con entusiasmo, da la última chupada a su cigarro y lo apaga sobre la mesa, se sienta y toma la carabina, vuelve a jalar del gatillo pero no puede arreglarlo: Pinche resorte no quiere quedar; ellos vivían en Nepantla, en México, por el setenta y dos se jalaron pa' estos lares; les echaron la mano unos chavos de aquí, un muchacho de apellido Guichard compró unos terrenos cerca del Diamante, sí, ahí cerca de la laguna Miramar; la gente de por ahí le llamaba el Chilar, por que los compas decían que iban a sembrar chile; ¿ya me agarraste la onda o no?; pregunta burlón, Ya, no alburee y siga contando pue', arremete Moisés interesado, Bueno, pues él se puso de seudónimo Pedro; pero al buen Pedro no le fue tan bien, como a los dos meses lo mataron, y con él iba ese muchacho Guichard, creo que se llamaba Juan; cerca de la laguna Ocotal fue la muerte, en el ejido Cintalapa; en su honor yo me puse Pedro, suena bien ¿o no?, además un hombre tan guapo como yo se debe llamar Pedro; dice riéndose, saca la cajetilla de cigarros, toma uno, lo lame y lo enciende, deja el arma, No carajos, esta chingadera no tiene compostura; regaña mientras fuma desesperado por no arreglar la carabina, Moy la toma, coloca el tornillo, jala el gatillo, golpea la montura con el desarmador, mira a Pedrín con una sonrisa en la comisura de los labios: Listo mi subcomandante

Pedrín; Pedro se sorprende, fuma su cigarro: Puta no hay quien te gane en esto de las armas, estás cabrón, estás cabrón.

Llegan al campamento La Loma en punto de las cinco de la tarde, los tordos silban en su algarabía confundiéndose con las risas de los milicianos que muestran el cansancio en los rostros, desmontan de las mulas y caballos mientras se quitan cachuchas y sombreros, Moy sale a recibirlos con una sonrisa de franca felicidad; Tania camina hacia él, su hermoso cuerpo deja ver la bien formada silueta a pesar de las cananas y el Sten, su negro cabello parece recién lavado, sus gruesos labios dibujan una sonrisa que muestra la blancura de sus dientes: ¡Moy, ya eres escritor!; grita entusiasmada, en las manos lleva la revista Nepantla, uno de los medios informativos internos de la organización, la mujer lo mira directamente a los ojos, Moisés no logra evitar ruborizarse y desvía la mirada hacia un hombre que le parece extraño, muy moreno y de mediana estatura, fuerte, el cabello mal cortado, lleva un AK-47 y sus cananas son las mejores que Moy haya visto durante el tiempo de su militancia, sus ojos denotan inteligencia y vivacidad, un reloj en la mano derecha y otro en la izquierda, Es Tacho;

dice la joven presentando a los hombres, se dan la mano y sonríen mutuamente, Puta, si parecen hermanos, sólo que el Moy se pasa de chaparro; grita el Cochi que sale de la casa de campaña en pantalón café y una playera roja, camina bonachón entre los troncos, Moisés ríe al verlo: Ya ni la haces, pareces caja fuerte con esos trapitos; el gordito modela bromeando, Tania se amarra el cabello en una cola de caballo, su rostro se ve fresco, limpio, las líneas de su quijada le dan un aspecto hermoso, resaltan sus cejas y los hermosos ojos: Moy, mira, tu artículo se publicó; entrega la revista a Moisés que lee con emoción: "Para atraer a las masas hay que politizar y concientizar, decirles cuál es la alternativa que le queda a los pueblos que están sumidos en la miseria y que nadie habrá que levante la mano por ellos para liberarlos sino son ellos mismos".

Moy siente emoción, baja la vista y esconde la cara, disimuladamente muerde su labio inferior, Está bueno tu escrito, hace un buen análisis del papel de los catequistas como base del EZ, y conste que te lo dice un producto de maristas; comenta Tacho quitándose las pesadas cananas, se sienta en uno de los troncos, apoya los brazos sobre la larga mesa de tablones, Moy y Tania se sientan también, el Cochi les sirve café y el Niño trae tortillas de

frijol, el caliente aroma de la comida les abre el apetito, la tarde se va escurriendo en colores ocres, aparecen las primeras estrellas, ¿Así que eres de la zona tojolabal, como yo?; pregunta el Mayor Tacho con la mirada fija en el plato, Sí, del lado de Momón, murmura Moy mascando un pedazo de tortilla, Tacho toma un vaso de café: No pues sí, yo soy de Guadalupe Tepeyac, de donde estamos llegando, ahí se quedó Pedrín, te manda saludar; dice sorbiendo un poco de café, Tania lo mira con interés: Ya Tachito, cuéntale a Moy como le entraste al asunto, se está muriendo por preguntarte pero es muy tímido; Tacho sonríe con picardía; No es interesante mi historia, pero bueno, se las cuento mientras cenamos, ¿no?; Tacho habla con voz lenta y pausada, recordando algunos episodios del principio de su militancia, trata de ser breve y preciso, pero le gana la emoción y se pierde describiendo paisajes, diálogos y años; Tania interviene, le corrige, muestra su agradable sonrisa. Tacho se acomoda en la silla, observa a cada uno de sus compañeros: En el setenta y tres si es que no me falla la memoria, recibieron a muchos jóvenes indígenas en la diócesis de San Cristóbal, para que estudiaran con los maristas, entre los tojolabales iba yo, tenía como dieciséis años, era muy delgadito y muy travieso, pronto me apodaron El Chirrión, por mis

bromas; jamás había estado en una escuela y mucho menos leído revistas, periódicos y libros, ni siquiera para ver las figuritas o las fotos, todo era nuevo para mi, y la verdad me empeñaba mucho en las tareas, puta, si me acuerdo que en las clases la cabeza me dolía muy feo, pue' no entendía nada y entre dolor y dolor se me iban quedando algunas cosas; estudiábamos la historia del Éxodo, liturgia, mucha lectura del evangelio y mírenme ahora estoy echo todo un ateo, y lo más difícil, la lectura materialista del Evangelio según San Marcos, desde una visión estructuralista; estaba de la chingada, pero me sirvió por que ya en la selva vine a conocer al mismísimo Marcos; ríen todos festejando las ocurrencias del narrador: La asignatura que más me gustaba era historia de México, a escondidas junto con dos compañeros nos robamos un tomo de México a través de los Siglos que leíamos en secreto todos los domingos encerrados en la bodega de la cocina, no, si cuando nos descubrieron por unos pinches panes que iban a sacar del lugar, ahí mero nos ven sentadotes sobre los bultos de azúcar y café leyendo quitados de la pena, el castigo fue ejemplar, limpieza general durante un mes; pero valió la pena, después nos prestaban todos los tomos y podíamos leerlos en la biblioteca; pero nosotros preferíamos la bodega de la cocina, como

que ya teníamos vocación clandestina; las carcajadas suenan fuertes; Moisés se apropia de cada una de las imágenes de su compañero como si estuviese viendo su propia vida; Cuando regresé a Guadalupe Tepeyac rápido me integré a varios proyectos productivos, le entraba a todo tipo de trabajos, en la venta de café, al mismo tiempo coordinaba la instalación de una bomba para llevar agua del río a las tierras que no tenían acceso a ella; así entre labor y labor me fui convirtiendo en dirigente de mi pueblo; Tania suspira orgullosa de su camarada, el Cochi se acerca para darle memelas de frijol y arroz hervido, la muchacha las toma, rápidamente las pone sobre la servilleta a cuadros, en medio de la mesa: Si hasta fue el dirigente de la Unión de Ejidos de la Selva, es listo el buen Tachito; Moisés enciende un cigarro, fuma concentrado en la plática: O sea que cada uno llegó por su camino; afirma muy serio mientras el humo sale por su nariz, el Niño le sirve café de una jarra de peltre, el chorro humeante cae en su vaso, el aroma es penetrante, Así es, cada uno por su lado, para llegar al mismo punto, son los caminos de la conciencia; completa Tania convencida del poder de la conciencia en el hombre: Por ejemplo, el Niño y yo misma venimos de la escuela de cuadros, yo estaba bien jovencita cuando me mandaron para México, me tocó la casa

que estaba cerca del aeropuerto, hasta ahí fui a conocer los aviones, y pasaban a cada rato, haciendo un ruidaje que ponía de punta los nervios; sus negros ojos parecen brillar por la excitación de los recuerdos; habla de cómo ella se convirtió en secretaria al mismo tiempo que alumna, Pues por los documentos, sabía de alumnos en Puebla, Chihuahua, Veracruz donde fui varias veces, y en el Distrito Federal; por esos años leyó El Capital, el Manifiesto Comunista, ¿Qué hacer?, novelas como la Madre de Gorki, el Tábano, el Gatopardo, Y un chingo más, materialismo dialéctico, materialismo histórico, Me acuerdo que estaba enamorada del guión Tierra y Libertad de Revueltas, lo leía y releía, me gustaba mucho; el Niño se sienta al lado de Tania y escucha con gran interés, ¿Te acordarás Niño?, Rosa era la responsable de la escuela de cuadros; el muchacho pone cara de asustado, entrecierra los ojos y sonríe, Sí, en una Nepantla escribió sobre eso; Sí pues, yo hasta me sabía de memoria los Estatutos para ingresar, porque me tocó promover, mmmm, eran: para ser militante de la organización, saber leer y escribir, hablar español, aceptar los Estatutos, la Estrategia Obrera y El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre; los ojos de Tania se abren con asombro, mueve la cabeza de lado a lado y sonríe, Tienes

buena memoria compañera; la anima el Niño que come un huevo duro, Nos pasaban películas, En Busca del Fuego, que nos hizo reír mucho, hasta nos regañaron, pues como nunca habíamos visto una película todo nos causaba risa; Rosa nos llevó al Museo Nacional de Antropología, fue muy divertido y también nos reíamos mucho, a veces me pregunto cómo le hacemos para reír tanto si la chinga es muy dura, pero no sé, ya es así nuestro corazón; reflexiona el Niño con una gran sonrisa en el rostro, Moisés bebe café, se acerca otra tortilla, el cielo tiene una hermosa claridad azul, se pueden ver los murciélagos volando sobre las copas de los árboles, Si pues, cada uno por caminos distintos, yo abrí mis ojos por la sangre, por la masacre; dice el Cochi ya con una chamarra de lona verde olivo, ¿Y a ti Moy qué te movió el tapete?; pregunta Tacho con impaciencia, Los chingadazos de cerquita, la pobreza, y Tania; se hace un silencio incómodo, comprometedor, Moy no sabe qué hacer, estático como si hubiese dicho algo fuera de lugar, los demás se miran a los ojos con cierta picardía, la muchacha enrojece un poco, mira a Moisés mientras agrega: Claro, porque yo lo traje pa' la organización; musita nerviosa, segura de no convencer con su argumento, Así es compañeros, son los caminos de la conciencia; dice Tania con emoción:

Y son tan variados como compas hayan, y lo más hermoso, son los caminos de la libertad.

Es la noche, conduce mis pasos; dice Pedro mientras observa, desde la puerta del jacal, el cielo estrellado, el humo del cigarro ahuyenta los mosquitos, un viento fresco despeina sus largos cabellos, Sabes, la poesía nos hace humanos, muestra nuestro verdadero rostro, el más hondo; murmura el subcomandante, Puede haber poesía sin ideología, pero no ideología sin poesía; musita convencido, Moisés sonríe, deja su Alas Extras en la lata que usan como cenicero, Por eso yo no dejo mi León Felipe, ni a Neruda; afirma Moy satisfecho de sus lecturas: Lo más extraño es que los mismos poemas que usan los hijos de la burguesía para enamorar a sus novias, son los que nosotros leemos para enamorar nuestro trabajo colectivo; dice Moy jugando con la ceniza, el ulular de un búho se escucha cercano, Pedro se sienta a su lado, La situación está cada vez peor; Moy lo mira con sorpresa: Ya, pero estamos hablando de poesía; Pedrín responde sin voltear a verlo: Esto también es poesía compañero, y las cosas se están poniendo color de hormiga, con el gobernador Patrocinio la cuestión se puso peor, ya no nos queda de otra, las deserciones

son muchas y muy constantes, y mira que encarcelar al padre Joel Padrón, al obispo Samuel Ruiz lo han amenazado ya varias veces, la gran bronca por tierras con Xi' Nich; Moisés se pone de pie, suspira hondo, enciende otro cigarro: Y la toma de la presidencia de Simojovel por la CIOAC, la represión contra los de Betania, y lo peor, están llegando más soldados; Pedrín bebe un poco de café frío, Cómo carajos enfrentaremos al Frente de Defensa Ciudadana de Ocosingo y Palenque, los finqueros nos van a madrugar, se nos van a adelantar; Moisés saca un viejo periódico de su morral, lo extiende sobre la mesa, coloca cuatro panes de dulce, toma uno y lo muerde: Súmale la caída del precio del café, de la carne de res, los proyectos productivos ya no son la salida para quienes así lo creían, además la reforma al artículo 27 de la Constitución es el tiro de gracia; con pesadez Pedro se pone de pie, respira, desea limpiar sus pulmones: Sólo nos dejan la guerra; Moisés lo mira fijamente a los ojos: Con la guerra romperemos la noche.

Todo es fiesta en el ejido La Sultana, el verdor de la selva y la alegría de la gente le dan al día una atmósfera de franca celebración, desde muy temprano, cuando el sol aún no bañaba las aguas de los ríos Jatatê y Tzaconejá, arribaron hombres, mujeres y

niños, quienes más disfrutaban el ambiente, algunos camiones estacionados cerca de los jacales y los galerones de madera, los caballos, mulas y burros pastan a un costado, el café y verde de los uniformes de los cinco mil milicianos se confunde con la espesura de los matorrales, con los primeros rayos del alba un pletórico desfile comienza, ahí mismo en el campo de aviación las columnas avanzan ordenadas y con paso redoblado, las armas recién engrasadas y limpias refulgen con la luz dorada del sol, las banderas de las Fuerzas de Liberación Nacional presumen manto negro y la estrella roja al medio, mantas blancas y carteles con la fotografía de Zapata; el Subcomandante Marcos se acerca a Pedro, fuma su pipa, con la mano izquierda juega con su tupida barba, hablan con nerviosismo, frente a ellos los batallones Machete, Martillo, Hacha, permanecen inmóviles, los rostros de los indígenas se endurecen en el silencio rotundo, sólo se escuchan los golpes de los pasos sobre la grava de la pista, botas de cuero y plástico, huaraches mal cosidos y pies agrietados; los Subcomandantes se paran al lado de Marcos, a un costado los Mayores. Moisés muestra la alegría de ver a todos sus compañeros reunidos, a su lado Tania permanece concentrada en el evento, junto a Tacho está el anfitrión Francisco Gómez, orgulloso de tener a los

zapatistas en sus tierras; la celebración es doble, el aniversario de Marcos en la selva; un lejano veinte de mayo de mil novecientos ochenta y cuatro, hace ocho años, muy joven, armado de su rebeldía e inexperiencia, y la otra razón, la firme propuesta de comenzar la guerra, sin más esperas desgastantes.

Por la noche el cielo oscuro y limpio es el único testigo de la prolongada fiesta, algunos nadaron en el río, otros todavía comen carne de res y uno que otro venado, los vasos de café y las tortillas de frijol van de mano en mano; en la pista de aviación otros bailan entusiasmados al ritmo monótono de las guitarras.

En el galerón iluminado con débiles focos y algunas velas hablan con ánimo los miembros de la organización, los Subcomandantes y Mayores; Marcos ríe, no desprecia los vasos de café; a pesar de una gastritis que lo obligó a salir de la selva y atenderse en la ciudad de México, habla pausadamente, informa cómo ha recorrido todos los ejidos de la región para tratar de evitar más deserciones, comenta con cierta preocupación que sin embargo deben convencer a la Dirección Nacional de las FLN; Por eso es necesario impulsar una encuesta, y es ahí donde ustedes deben ponerse a trabajar; ordena, nadie dice nada, lo escuchan en el más puro de los silencios; ¿Qué tal si lo hacemos para junio?;

pregunta con firmeza: Las condiciones son muy difíciles, con la reforma al artículo 27 todos los problemas agrarios se pusieron muy cabrones, muchas fincas tenían solicitudes de afectación, y los procesos de negociación llevaban más de quince años, y ahora resulta que no hay más tierra por repartir, también está la bronca del decreto fundacional de la Reserva Montes Azules, la gente ya tiene como veinticinco años viviendo ahí, ¿a dónde carajos se van a ir esas familias?; Pedro da la última chupada a su cigarrillo; Pues vamos organizando la consulta, por que como van las cosas al rato el gobierno emitirá un decreto para desalojar a la guerrilla al infierno; comenta irónico.

El frío del amanecer le parece vivificante ante su nerviosismo; Moisés atraviesa con paso rápido y decidido las columnas de milicianos zapatistas, se dice para sí mismo que acaba de terminar otra época de su vida, ante sus ojos se abre un futuro de responsabilidades y entrega total al movimiento, observa con respeto a cada uno de los miembros del Comité Clandestino Revolucionario Indígena, de pie sobre un pequeño templete de madera, las banderas rojo y negro ondean, dándole la bienvenida a su nuevo grado militar; Pedro le sonríe, ani-

mándolo en su camino, en su mirada traduce el cariño que siente por Moy, recuerda al muchacho tímido de los primeros días, la voz del Cochi hablándole de él, a un costado de Pedro está Tania, las cananas no esconden su lindo cuerpo, el M-16 atraviesa el largo de su espalda, Moisés la mira a los ojos, pero no puede sostenerle la mirada, aspira el aire frío hasta llenar sus pulmones, siente sus pasos sobre el irregular empedrado de la senda, conforme el día avanza, como si en caminar estuviera en otro tiempo, la neblina desaparece, deja al descubierto la inmensidad de la selva, entre la multitud prevalece el color café de los uniformes; Moy trata de no prestar atención al muro de miradas que lo siguen, con ojos anegados en lágrimas contempla a los miembros del CCRI y a Tania, quiere hablar a los hombres y mujeres, agradecerles todo cuanto han hecho por él, darle la oportunidad de Ser, entenderse un hombre distinto, acompañarlos en su lucha, decir cosas que en sus lenguajes tojolabal, tseltal y español no alcanza a expresar, fundir su propia existencia entre la niebla brillante de aquellas montañas, apenas puede contener el grito de alegría, quisiera entregar su alma en sacrificio a todos aquellos que en los primeros años sólo tenían a la noche como aliada, ahí Moisés se reencuentra asistiendo a sus primeras reuniones con los insurgen-

tes, con capitanes y tenientes haciéndose pasar como maestros, después él mismo se haría responsable del campamento El Fogón, dónde repartía folletos escritos por Pedro y el Cochi, así fue reclutando a muchos de los hombres que ahora lo ven caminar hacia los comandantes, presente está la primera escuadra que formó, el primer pelotón, por su disciplina pasó rápidamente de coordinador local a regional, siempre asesorado por Pedrín, quien es capaz de pasar el día entero en el entrenamiento y después bailar el Caballo Blanco, o recitar por horas el poema Tecum Uman; deslumbrado y a la vez ansioso, Moisés más que pisar sus pies calzados con pesadas botas, parecen empujarlo hacia su destino, ellos, sus compañeros decidieron promoverlo a Mayor, con lentitud sube los escalones del entarimado; Pedro, alto y delgado se acerca para recibirlo, su rostro muestra una seriedad poco usual, se cuadra y ofrece el saludo militar, Moisés se coloca frente al CCRI, lo saludan con respeto, un anciano le sonríe con benevolencia, Tania se aproxima deteniéndose frente a él, éste se sonroja: Compañero Moisés, los miembros de su regimiento y los altos mandos de nuestro ejército le encomiendan el alto honor y responsabilidad de ser ascendido al grado de Mayor, reconociendo su disciplina, trabajo y fidelidad con la organización, en

caso de aceptar dicha tarea deberá entregar el espíritu en cada una de las labores, llevará la revolución prendida en las tardes y noches, un sólo cielo cubrirá tu horizonte y será siempre la libertad del hombre, reconocerás que tu propia vida es insignificante para ti mismo, pero fundamental para nuestro ejército, no serás ya dueño ni de tus propios sueños, y reconocerás como dijo el poeta León Felipe "De Caín a Hitler, un solo río de sangre". Díganos camarada ¿acepta?; se escucha la voz firme de Tania; Sí, acepto; contesta Moisés muy serio, con sus pequeñas y encallecidas manos Tania coloca una pequeña estrella de plástico diciéndole a Moisés porqué muere; ahora el Mayor tiene la certeza del silencio, la sombra misma de la tierra sobre su pecho, el mundo ha sido creado hoy, un susurro que crece entre los árboles lo proclama, Moisés imagina la estrella reflejada en los ojos de Tania y le parece ver una catedral incendiándose en la noche de su mirada, el aire húmedo está saturado del perfume de los pinos, vuelve a saludar, gira el pequeño cuerpo con cierta agilidad, baja los escalones con la mirada perdida en las columnas de insurgentes, cruza la vereda a grandes zancadas y sigue otro sendero, el murmullo del bosque acompaña su camino, Somos polvo de estrellas; escucha la voz de Pedro, Somos estrellas avanzando hacia el futuro.

El cielo de la tarde tiene un rojo tornasolado en naranjas y amarillos, parvadas de garzas y cotorras se pierden en el horizonte que arde con la intensa luz de las horas; la espesura de los matorrales no refresca a los hombres y mujeres que se reúnen en el reducido jacal, a lo lejos un agudo silbido familiar, alegre, ¡Ya vienen!; grita una mujer levantándose del tronco de pino, por la vereda se aproximan seis hombres montados en raquíticas mulas, la gente corre entusiasmada a recibirlos, los rodean mientras saludan amistosamente, indios jóvenes sujetan las riendas de las cabalgaduras, los jinetes desmontan estirando las piernas y los brazos, ríen nerviosos a la vez que estrechan las manos de todos, ¿Duro el camino?; pregunta un anciano que apenas puede sostenerse en pie, ¿Duro?, de la chingada; responde Moisés jadeando de cansancio, las risas distienden el tedio de la espera, Cabrona la montaña pues, y estas pinches mulas tan jodidas que daban ganas de cargarlas en el pedrerío de la loma; juega el subcomandante Pedro, caminan jugándose bromas y contándose algunas penas, doña Teresa les acerca guacales con pozol agrio: Como le gusta a don Pedrín.

La enorme galera construida para el acto poco a poco se va llenando con la muchedumbre, el techo de lámina de cartón cubre largas bancas, la gente ocupa sus lugares como si asistieran a una fiesta, la fetidez del sudor se mezcla con la peste dulzona de la panela que don Mauricio comparte con un grupo de niños que juegan en el patio; de pronto la solemnidad se apodera de todos, Pedro habla con Moisés, colocan un pizarrón pajizo y sin mediar palabra la votación comienza, uno por uno pasan con la carga de la historia en el rostro, con las sudorosas manos toman las barritas de gis y rayan abajo de la opción que desean: GUERRA SI NO; así se va la tarde entre breves pláticas de instrucción y algunas aclaraciones; entrada la noche con una media luna gigantesca sobre la montaña, invitan a votar al Mayor Moisés, se pone de pie, camina con lentitud, voltea hasta encontrarse con la mirada de Pedro que le sonríe, guerra era la palabra que lo hostigaba, metiéndosele en los huesos como la humedad de la selva, manchándolo igual que el lodo, empujando sus pasos y los latidos de su corazón; naciendo como maíz en sus venas y sus ojos, raya con tal fuerza abajo del SI que el gis se rompe y provoca la risa de todos.

Al cómputo final el silencio es incómodo, no todas las comunidades están a favor de levantarse en armas, el cansancio del día se pierde en la adrenalina de los hombres, prenden el alumbrado del galerón, la débil luz de los focos se acompaña con las luciérnagas que vuelan por el lugar, en la larga mesa sobre las tabladas del podium, Pedro y Moy junto con cuatro jóvenes revisan los resultados finales, el hombre delgado y chaparro con sombrero, recargado sobre un alto tronco de mango, trae el sello de la comunidad para legitimar los comicios, Moisés voltea a verlo y con una señal lo invita a acercarse, camina con cansancio, sonríe y se sienta en la silla coja que le acercan, apoya los codos sobre la tabla y lee con calma los papeles, saca una libreta negra de la bolsa derecha de la camisa amarilla, concentrado en su trabajo apunta con excesivo cuidado, habla con Pedro y Moy, la gente se arremolina, empujándose en el afán de observar de cerca lo que acontece, rodeados por los observadores el representante comunitario extiende el cojín humedecido de tinta negra, presiona el pequeño sello y lo estampa sobre el acta de las votaciones, ríe y da la mano a Moy y Pedro: ¡Ganó la guerra compañeros!; dice Moisés entre aplausos, la gente se dispersa, platican, las mujeres preparan unas memelas de frijol en el fogón, el aroma tibio de la masa y el café hirviendo atrae a hombres y niños: Ya estuvo, pues; dice Pedro al Mayor que

espera su turno con su vaso de peltre en la mano derecha y un plato en la izquierda: Ahora sí, la bronca se viene de verdad; contesta mientras le sirven tres memelas calientitas: Mira Moy, te regalo este anillo como símbolo del principio de la vida verdadera; se quita un anillo de cobre, y se lo pone al Mayor en el dedo meñique de la mano izquierda: Y me lo regresas cuando triunfemos; le dice viéndolo fijamente a los ojos, Moisés sonríe: Chin, pues ni me va durar el gusto del pinche anillito, sus carcajadas se mezclan con la algarabía de los demás.

El mayor Moisés y el subcomandante Marcos parten de la selva a bordo de un viejo volkswagen, el cielo estrellado, el frío de la madrugada y un grupo de milicianos los despiden; Pedro se acerca a la ventanilla: A ver si esta carcacha revolucionaria no se deshace en el camino; grita entre risas, el pequeño coche se pierde en la vereda y la espesura de la selva, avanza entre lodo. Moisés y Marcos aprovechan el largo viaje para platicar todo lo que no han hablado durante años; Moy insiste en cuestiones ideológicas, Marcos se empeña en hablar de los preparativos, durante la travesía la charla fluye amistosamente, Moisés se sorprende de la capacidad analítica de su interlocutor, la claridad de sus

argumentos siempre contrastados con ejemplos prácticos de la vida cotidiana de las comunidades, mientras van dejando pueblos y ciudades, montañas, valles perdiéndose en los tornasolados horizontes, el subcomandante bromea en tojolabal y tseltal, en cada caseta de cuota Moy juega describiendo el armamento de la policía, adivina calibres, años de producción y país de procedencia de cada arma: Te apuesto mi pipa a que no adivinas qué es aquella preciosidad; reta el subcomandante al Mayor que habla de fusiles como si fuesen mujeres: Es una Ruger Mini-14, producida en Estados Unidos; responde Moy, orgulloso de conocer más que Marcos, además de haberle ganado la pipa, el subcomandante ríe: Cabrón, a ver que chingados haces con la cachimba; le alarga la mano derecha para entregarle la pipa humeante, Moisés la toma muy emocionado, sin esperar ninguna indicación fuma con empeño, se marea, siente cómo es tragado por una fuerza extraña, un vacío profundo lo succiona, todo gira de repente, hace una mueca, tose desesperado, el subcomandante ríe a carcajadas: Cabrón, no le des el tiro; Moy se repone, chupa la pipa con calma, voltea y observa el paquete de maple: Bueno, esto va incluido, es un impuesto revolucionario, camarada; Marcos niega con la cabeza resignado: Puta, contigo voy a llegar a México desnudo.

En los más de mil kilómetros hacia el Distrito Federal, el subcomandante lleva una sola consigna en mente: Demostrar a los dirigentes de las Fuerzas de Liberación Nacional la necesidad de comenzar la guerra. Durante mucho tiempo se han opuesto radicalmente a declarar la insurrección, ni el comandante Germán, principal líder, ni Rodrigo, segundo en el orden jerárquico de la organización, se convencían de estar en las condiciones necesarias para la declaración.

Al filo de las cinco de la madrugada llegan a una casa de seguridad de las FLN en el Distrito Federal, por las calles solitarias algunos teporochos y perros callejeros, una camioneta del servicio de limpia, una barredora y algunos coches rompen la atmósfera de quietud y sopor, el cielo está gris, apenas se observan los débiles foquitos de un avión alejándose lentamente, el portón negro se abre como si los esperasen con impaciencia, un hombre delgado y alto se acerca para hablar con Marcos, después de un rato el coche entra al garaje; en el interior, en una pequeña salita con sillones de mimbre los reciben Germán y Rodrigo; Elisa sale de la cocina con una jarra de café: Es chiapaneco, de las Cañadas para que se sientan en confianza; la coloca sobre la mesa de centro, adornada con algunas artesanías chamulas, después de saludar Mar-

cos y Moy toman asiento; El DF se está chiapanizando, y eso que aún no comienza la guerra; afirma el subcomandante luego de observar las palomas de barro de Amatenango del Valle que sirven como maceteras, Gabriela se suma al grupo junto con Lucía; acordado el orden del día el subcomandante Marcos comienza exponiendo sus argumentos, habla de tiempos y reacomodos en la política nacional, del "salinato" como el periodo más vergonzoso del poder, además del estado de ánimo de los insurgentes, Germán lo escucha con atención, fuma sin hacer ningún gesto, Gabriela lo mira a los ojos, muerde sus labios carnosos, mueve la cabeza en señal de desaprobación, Rodrigo se pone de pie: Todavía falta preparación, organizarnos mejor, está reunión es histórica, deberíamos reflexionar con calma, necesitamos más hombres y armas, no vamos a mandar gente desarmada, de nada serviría adelantarnos, con ello lo único que lograremos es la derrota segura, las condiciones subjetivas y objetivas no están dadas; dice Rodrigo con voz firme, sus puntos de vista parecen convencer a Germán y los demás miembros; Marcos respira hondo, juega su tupida barba con la mano derecha: Miren compañeros, el CCRI está completamente convencido de la viabilidad de la insurrección, incluso me han dejado ver que si nosotros no hacemos nada, ellos

tomarán la iniciativa, entiendan que están hasta la madre de esperar, ustedes tienen información de las deserciones masivas, para eso vino el Mayor, es el garante de la posición del CCRI, además con el enfrentamiento en Corralchén el ejército multiplica sus efectivos, se reposicionan día con día, en cualquier momento iniciarán una ofensiva; Marcos bebe un poco de café, Moisés fuma la pipa muy concentrado en la discusión, agrega: Además los finqueros ya saben de nosotros, nos tienen ubicados; argumenta Moy, Lucía lo observa con detenimiento, entiende su posición pero no considera pertinente comenzar de buenas a primeras, ahora Marcos está seguro de conseguir su aprobación, espera el momento de sacar el as bajo la manga: Miren, aquí traemos las actas del proceso de votación, casi sesenta y cinco mil indígenas tsotsiles, tojolabales, tseltales, mames y choles avalan la posición por las armas, alrededor de sesenta poblados consultados, con las firmas de cada uno de los representantes, y sumado a todo esto el sello comunitario en cada una de las actas, ¿qué más quieren?, ¿qué prueba esperan para tomar la decisión?, quiero que quede muy claro, si nos desarticulan, si nos matan y todo el trabajo se va a la mierda, será responsabilidad de ustedes; casi grita el subcomandante, Elisa y Lucía se miran a los ojos, la duda

crece en sus conciencias, Germán permanece sin decir nada, reconoce la gran capacidad organizativa del subcomandante, no en vano es el tercero en importancia dentro de las Fuerzas de Liberación, Rodrigo se opone con mayor firmeza, a él le habían encargado las tareas de reclutamiento entre los obreros, desde sus primeros años en la organización demostró disciplina y dogmatismo: Y quién me asegura que el proceso de votación fue limpio, el proceso pudo estar manipulado; dice en su afán de cuestionar la propuesta de Marcos, el subcomandante se irrita, deja a un lado la taza de café con violencia: No voy a permitir que pongas en entredicho mis principios éticos con tus conceptos: amañadas tus intrigas en las fábricas, a ver dime ¿dónde carajos está tu trabajo?, ¿acaso ustedes han logrado una organización tan desarrollada como la que nosotros tenemos en la selva?; la discusión se torna violenta y en momentos absurda, Rodrigo avanza con decisión hacia Marcos: Te ordeno que te calles, nosotros nos hemos partido la madre igual que ustedes, la guerra es un error y será un grave error si la adelantamos, no seas estúpido; Marcos se pone de pie al momento, Germán tose por el humo del cigarro, con toda calma se rasca la cabeza: Siéntate Rodrigo, y tú, Marcos pareces escuincle lloriqueando por un berrinche, los dos

hombres obedecen en silencio, Moisés permanece callado, sorprendido, entiende que las cosas no son tan sencillas, está nervioso, ahora sabe que la organización va más allá de las células de la selva, con claridad observa que el movimiento es nacional, y las decisiones conllevan una enorme responsabilidad, el movimiento insurgente no es contra finqueros, sino para combatir al gobierno federal, los ánimos se calman un poco, al paso de las horas se revisan las actas, hay cuestionamientos de todo tipo, el subcomandante Marcos se ve cansado, tenso, el estómago le arde, por momentos vuelven los gritos, las recriminaciones personales; pero al final de la jornada, cuando los primeros rayos de sol atravesaban la atmósfera de smog de la capital de la República y los primeros camiones hacen sonar sus estrepitosos motores, el subcomandante se levantaba con la victoria, la guerra comenzaría pronto y para ello la dirección de las FLN se reuniría en San Cristóbal de las Casas, para los preparativos de la insurrección; el comandante Germán se siente cansado por la desvelada y la tensión de las posiciones de sus dos camaradas; Nos veremos en San Cristóbal, allá discutiremos los detalles; Marcos deja escapar de su boca una bocanada de tabaco de maple, sonríe satisfecho: Por allá los esperamos, ya les tendremos preparados sus tamalitos y su atol agrio;

dice con sarcasmo antes de cerrar el portón del garaje.

La reunión en San Cristóbal se llevó a cabo sin mayores problemas; en la casa de seguridad se reunieron la mayoría de los dirigentes del EZLN, los subcomandantes Marcos, Pedro, Daniel, los ocho Mayores indígenas, Frank encargado de comités de campesinos; Ana responsable del sector obrero. Además de ejercitarse, Marcos y Moisés enseñaron el uso de algunas armas; se discutieron las Leyes Zapatistas. Revisaron calles de cada uno de los pueblos que serían tomados, Las Margaritas, Comitán, San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Chanal; ubicando vías de acceso y desahogo de tropas, estaciones de radio y hospitales; Moisés recorrió varias comunidades de las Cañadas para repartir algunas armas e instruir a sus compañeros en su utilización, el subcomandante Marcos distribuyó entre los insurgentes un documento de su autoría, llamado "Errores cometidos en la batalla de Corralchén", donde analiza los descuidos realizados sobre todo por el quinto Regimiento Insurgente del EZLN. Muchos preparativos se precisarían, sólo faltaba la llegada del año nuevo.

En las primeras horas del mes de enero el Niño y su tropa avanzan desde el ejido Siberia, una espesa niebla apenas atravesada por las linternas sordas los envuelve, las altas copas de los pinabetos y ocotes se mecen con el roce del viento, el muchacho repite en su memoria el objetivo principal, Tomar Chanal, al oriente de San Cristóbal de Las Casas. Altamirano ha sido designado al Cochi, y Las Margaritas al Subcomandante Pedro, Moy y Tania: la guerra ha comenzado.

Con el plan de tomar Comitán, acompañados de intenso frío y la espesa bruma que baja de las montañas y se desnuda en la piedra, sale la vanguardia del setenta y tres regimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional de Nuevo Momón, decididos a enfrentar a la guarnición del Ejército Federal en Las Margaritas; extenuados por el camino, sin emprender verdaderas operaciones de ataque caminan decididos, pasan por un lugar donde la madrugada comienza tímidamente en las hojas de los árboles, en la atmósfera flota la inamovible mezcla del olor a sudor y la fragancia de la hierba empapada por la escarcha, el subcomandante Pedro se acerca a Moisés: Moy, refuérzame a la gente por el sur, ya estamos en las orillas del pueblo, me informa Tania que ya cortó la corriente

eléctrica, jálale que nos gana el tiempo; Moisés se apresura sin decir nada, siente el corazón galopando en el pecho, la columna de cuatrocientos milicianos comienza a entrar por el caserío, el pequeño pueblo se ve semidesértico, por la calle central tan sólo algunos teporochos, un hombrecito chaparro, vestido de harapos se acerca con pasos vacilantes a Moy, ¡Feliz año nuevo!, dice con voz aguardentosa, Moisés lo ignora mientras hace señales a la tropa para dirigirse al Club de Leones, el estruendoso ruido de música tropical, aplausos y risas provocan al Mayor Moisés una tensión que casi lo paraliza; sudor frío escurre por su espalda, con el M-16 tomado con ambas manos se planta frente al portón del lugar donde las familias adineradas de la región celebran el año nuevo, muy cerca está la Comandancia Municipal, desde allá se escucha una ráfaga de metralleta, sin mediar palabras Moy y sus hombres entran bruscamente al salón de fiestas, donde quinientas personas brindaban con coñac y champaña, el grupo musical deja de tocar, Moisés grita con voz firme: Tranquilos, no les haremos daño, nadie corra que nosotros facilitaremos su salida; con un rápido movimiento de manos corta cartucho, algunos corren a refugiarse a la barra, atestada ya de meseros y cocineras, muchos quieren pasar desapercibidos, ¡Protejan a la Rei-

nita!; grita una mujer gorda y borracha tras una mesa, afuera se escuchan las prisas de los guerrilleros, la balacera incrementa el terror de los hombres y mujeres que no saben qué pasa, Moisés ordena que salga la gente; afuera él va parapetándose en las puertas hacia el Palacio Municipal, entre carreras y humo logra ver a Pedro que reubica a sus hombres, mientras dispara su cuerno de chivo contra los policías municipales, los cristales de las ventanas de carros se quiebran al impacto de los proyectiles; un policía asoma la cabeza por una de las ventanas del segundo piso, la cortina de terciopelo apenas se mueve, un balazo certero en la frente, el hombre se desploma, cae en la plaza del parque, la sangre escurre hasta las jardineras llenas de basura, la vanguardia zapatista avanza en abanico, los siguen otro grupo de guerrilleros, la pinza es perfecta, Pedro mueve las manos como si dirigiera una sinfónica, toma el radiotransmisor, se comunica con el subcomandante Marcos, que ha tomado San Cristóbal de Las Casas sin disparar un sólo tiro: Todo bajo control, hasta ya izamos la bandera mi Pedrín; dice Marcos con cierta felicidad, camina por los pasillos de la Presidencia Municipal, los milicianos descansan en el suelo, beben pozol y comen tortillas de frijol, en la plaza se ven varios escritorios y archiveros destrozados, montañas de papeles dispersos

junto a los antiguos cañones de la ciudad, se siente un frío seco, pero los curiosos no hacen mucho caso del clima y se arremolinan para ver de cerca al subcomandante Marcos que viste de negro, un chuj de lana le cubre el cuerpo, su pasamontañas le esconde el rostro, pero no puede ocultar su prominente nariz y sus ojos claros que denotan inteligencia, las carrilleras le cruzan el pecho, lleva una metralleta Uzi, en la cintura su revólver magnum 357: Todo positivo, cambio y fuera capitán Nemo; responde Pedro bromeando, una descarga nutrida de metralla de los policías lo obliga a replegarse unos metros; pero inmediatamente se comunica con Moy ordenándole que su columna haga una cuchilla por la izquierda y penetre a la plaza.

Tania dirige una columna por la entrada norte al parque central de Margaritas, sopla un viento frío y penetrante, sabe por el radiotransmisor que San Cristóbal fue tomada, están a punto de abatir a los policías municipales de Las Margaritas, han muerto varios y los que quedan no podrán impedir que los sometan, la joven se ve más hermosa que nunca, con su moreno rostro escondido bajo el pasamontañas, sus ojos son sus mejores armas, grandes y negros, con un brillo especial, anegados de futuro, las pobladas y bien delineadas

cejas se empapan de sudor y sus largas pestañas parecen salirse del pasamontañas, su cuerpo cargado con las cananas y la Sten en la mano derecha no son suficientes para ocultar la redondez de sus nalgas, la pequeña cintura rodeada del grueso cinturón, entre las cananas sus pequeños y firmes senos como exigiendo ser reconocidos en la lucha, "pues de hombres y mujeres es el dolor, y serán hombres y mujeres quienes trabajen para terminar con él", piensa Tania al momento de correr por la calle solitaria, seguida por sus compañeros y compañeras, avanzan seguros del triunfo de Pedrín en la plaza de armas, casi no se oyen disparos, la muchacha se separa una cuadra de sus compañeros, con la certeza de tener Las Margaritas bajo su control, camina con calma repasando los planes para continuar hacia Comitán, al pasar junto a las oficinas de la CROM mira las siglas de la organización y sonríe; de pronto se abre la puerta de latón con gran violencia, un grito desde el interior de la casa: ¡No podrán llevarme, jijos de la chingada!; Tania retrocede sorprendida, trata de agacharse, escucha un disparo potente, cercano, la muchacha cae al suelo, un agudo dolor se apodera de su cuerpo como si la quemaran viva, se encoge, gime con dificultad, comienza a toser, se ahoga, la sangre empapa su chamarra café, las letras de PEMEX se borran bajo

el color púrpura que se expande, su negro cabello sale del pasamontañas, le cae a los hombros, suena otra detonación, ahora la sangre ha formado un charco y escurre en el pavimento, un hombre chaparro y excesivamente gordo, con los pantalones de mezclilla cayéndole hasta media nalga, la camisa a cuadros manchada de vómito, en la mano izquierda una botella de ron y en la derecha una pistola calibre 45, sale de entre la penumbra al dintel, se detiene, mira el cadáver de Tania, bebe un trago y dice: Pinches cabrones, aquí está su padre; una ráfaga interrumpe sus gritos, parece indeciso, su cuerpo se tambalea, una bala le atraviesa el pecho, con pasos vacilantes trata de refugiarse en sus oficinas, vomita sangre, suelta la botella rompiéndose al impacto con el suelo, su prominente vientre cae seco sobre el escritorio de caoba, tirando las botellas de ron y esparciendo las revistas pornográficas, el regordete cuerpo resbala ante la inutilidad de sujetarse con las débiles manos, un grupo de milicianos entran al lugar, ven al gordo muerto sobre papeles y sangre, afuera un par de milicianos se apresuran para llegar con Pedro e informarle de la muerte de Tania, la mujer más hermosa de la guerrilla.

El Palacio Municipal finalmente ha sido tomado por el subcomandante Pedro, quien no puede festejar el éxito de su primer objetivo, la muerte de Tania lo ha sumido en una terrible tristeza: Uno sabe que podemos morir, que cualquier compa puede quedar en la lucha, pero cuando sucede, el dolor es tan grande que nada nos hace entender que las cosas de la guerra son así, sin embargo debemos levantar el corazón y fingir que todo, aún la muerte de los más queridos, estaba planeada, calculada y tener la firme convicción de seguir sin bajar la mirada hacia el futuro; le dice Pedrín a Moy que no puede creer que Tania esté muerta, una ausencia como de tiempo se apodera de su alma, no puede llorar, sabe que cualquier descuido puede ser catastrófico, todo aquello se había platicado muchas veces en el campamento La Loma, Si me matan, no te detengas a ver mi rostro bañado en sangre, sigue, sigue luchando, porque yo no seré ese cadáver rígido e inmóvil, estaré en los fusiles ávidos de avanzar entre la bruma de la injusticia, en los pasos más rápidos y decididos de los compas, ahí estaré Moy, quebrando el silencio del conformismo y el hurto; es la vida de nuevo cercando la existencia de Moisés. El absurdo también está en la muerte, el hombre regordete que mató a Tania es Aarón Gordillo, el mismo que años antes

se reuniera con don Hernán Castillejos en su finca, Son los caminos de la conciencia, recuerda Moy escuchando con nitidez la voz de su compañera, cuando las veredas se entrecruzan son para la magia o para la reflexión, y tratar de entender el movimiento de los sucesos. Aquí es donde la dialéctica vale para pura mierda; cavila el Mayor mientras vuelven las palabras de Tania: Puede ser luminoso ver el cuerpo inerte de una compañera que ha muerto por los pobres, recuérdame siempre luchando, porque no hay nada más hermoso que una guerrillera en su carrera hacia el porvenir; le había dicho Tania una tarde, y Moy le prometió seguir paso a paso sus determinaciones.

Moisés sale del edificio presidencial con un grupo de milicianos, avanzan por las calles donde la gente a pesar del miedo de los disparos y los muertos tirados por las aceras, dejan sus casas para ver quiénes son esos hombres que tienen bajo su control la cabecera municipal de Las Margaritas.

El subcomandante Pedro y varios milicianos llegan a las bodegas de la Unión de Ejidos de la Selva, las encuentran desiertas, rompen los candados de la puerta principal y entran al amplio galerón, las tareas son rápidas y eficaces, transforman el

lugar en el cuartel Zapatista; cuatro insurgentes cargan en una camilla de lona el cadáver de Tania, el cuerpo está cubierto por un nylón azul, la colocan con mucho cuidado sobre unas tablas, un silencio implacable entristece a todos los milicianos, nadie puede creer lo ocurrido.

Moy y sus hombres han entrado a las instalaciones de la radiodifusora XEVFS, Voz de la Frontera Sur, en la cabina de transmisiones el operador es obligado por los guerrilleros a abrir el micrófono, Diego da la hora: Son las Doce y media del día; dice bromeando, de su mochila saca un documento bastante arrugado, lleva el papel hasta su rostro, rozando con las hojas su pasamontañas, con voz vacilante lee en tojolabal la Declaración de la Selva Lacandona; además informa del objetivo de avanzar los dieciocho kilómetros que faltan para tomar Comitán.

El calor es más intenso al caer la tarde, el sol calienta las calles de Las Margaritas, la presencia del cadáver de Tania desespera a los guerrilleros que descansan en la bodega donde han levantado su cuartel, apoyado en una de las mesas, recostando el cuerpo delgado y maltrecho, el subcomandante Pedro observa a sus hombres beber pozol y comer tortillas con chile, saca la cajetilla de Alas

Extras, lame el cigarrillo y lo prende, el humo agrio y denso se expande por la atmósfera enrarecida, piensa en Tania, la tensión del combate aún persiste en su interior, su corazón late rápido y frenético, un sudor frío lo empapa, se siente solo a pesar de estar rodeado por sus camaradas: Luchamos juntos, pero la muerte siempre es solitaria, única e irrepetible, la soledad verdadera del hombre; piensa mientras exhala una gran bocanada, la tristeza lo exaspera y en un impulso decide hacer un recorrido de inspección por las calles del pueblo, para calmar sus tremendas ganas de llanto.

En la plaza de armas el subcomandante Pedro habla con sus compañeros, los árboles de las jardineras van llenándose de tordos que silban en la algarabía de todas las tardes, la gente del pueblo sigue en el parque como esperando algo extraordinario de aquellos hombres, en la confusión y revuelo por ver de cerca a los guerrilleros la muchedumbre se empuja y hacen preguntas que de inmediato son respondidas por la milicia, se disgregan, unos recostados en el kiosco, otros sentados en las bancas, otros en guardia en cada esquina del parque y atrás del Palacio Municipal; Pedrín camina solo, los rayos del sol se reflejan en el parabrisas de una camioneta estacionada en la acera de enfrente, le

resulta difícil ver a un hombre alto que parece recargado en el toldo, tiene los ojos cegados por el resplandor, avanza hasta cruzar la calle, la silueta parece saludarlo con la mano derecha, suspira aliviado y devuelve el saludo con un movimiento de cabeza, se aproxima a la banqueta, sube la acera mientras un intenso olor a puro de lacandones le llama la atención, es el viejo canoso que fuma recostando medio cuerpo en la camioneta, el overol de mezclilla lo hace más alto, al percibir a Pedro cerca voltea con violencia, Pedrín no puede escuchar la detonación de la magnum, apenas el olor de la pólvora mezclada con el tufo del tabaco le penetra el cerebro, su delgado cuerpo se sacude con la explosión, no percibe la bala que le ha destruido el pómulo izquierdo, una oleada de sangre caliente, densa y escurridiza apoderándose de su pecho, su cabeza sin control choca contra la defensa de la camioneta, su nuca se dobla como si fuese un muñeco, el cadáver del subcomandante Pedro ha quedado bajo la camioneta, mientras el asesino huye sin ser visto por nadie.

Rodrigo del Monte, el viejo que enganchaba a los peones para las fincas, quien abandonó la tala de árboles el mismo día que Moisés, en los Chimalapas, juntos salvaron la vida, ahora el anciano daba muerte al hombre que más ha querido

Moy. El anciano muerde con fuerza el puro, trata de correr pero sus piernas no le responden, voltea hacia todos lados, esconde la mágnum todavía caliente en la bolsa del overol, sus brazos debilitados le duelen por la tensión, la cabeza le da vueltas, pero el agrio olor del puro lo mantiene alerta en su carrera por la solitaria calle, desde hace algunos años sabía de los guerrilleros: Toda la región lo sabe, pero se hacen pendejos, y yo no me quedaré contento hasta no echarme al plato a su mero jefe; decía a sus amigos en la cantina La Cucaracha, donde se emborracha todas las tardes desde que llegó a Las Margaritas, después de fracasar en varios intentos por querer dirigir los grupos de choque de los finqueros, que ya no confiaban en él; Ya no estás para esos trotes, estás viejo, date cuenta, carajo; le dijo don Hernán una tarde en su despacho del Momón, pero no se daba por vencido: En el ejido la Sultana hay campos de entrenamiento; arremetía desesperado, de nada valieron sus súplicas, nadie lo contrató y tuvo que abandonar la idea; camina agitado, orgulloso de su proeza, ahora le dirá a su compadre Catarino: Ya vez pinche Cata, tú que no me creías, si cuando te conté de los campos de entrenamiento en Sabanilla era la pura verdad; porque don Rodrigo en su nueva vida de alcohólico se dedicó a investigar al grupo armado,

preguntando con los viajeros, con sus amigos del ejército, siempre indagando, en sus pesquisas conoció a varios tojolabales desertores; así supo que cerca de El Momón, en el camino de Ocosingo a San Quintín una patrulla del ejército encontró un campo de tiro; ahora camina sin fuerzas, se marea y le molestan las náuseas que lo hacen tropezar, el sudor frío empapa su barba encanecida, su garganta deja escapar un jadeo ronco: Pero si hasta los soldados lo reconocieron; escucha su voz en la rápida huida: Fue en mayo chingados, acuérdense del papel que les mostré, decía que un grupo de individuos hacia actividades ilegales, por eso movilizaron tanto guacho, qué me dicen de los retenes en Ocosingo y Altamirano, rodearon Corralchén, puta madre; quiere gritar, correr más rápido, pero sus débiles piernas le pesan por el polvoriento camino, oye su voz lejana, repitiendo sus recuerdos, sus ojos se irritan y parece que llora, se ve sentado en una mesa de la cantina, el humo de los cigarros y el estruendoso ruido de la consola lo confunden aún más, junto a él bebe una cerveza el Tiliches, un zapatista desertor, hace apenas tres días que abandonó a los guerrilleros, le cuenta con lujo de detalles y exagera por efectos del alcohol, sin esperárselo una columna del ejército entró a la selva: Merito por Corralchén, viera visto, ahí por San Miguel,

finca del General pue', y Morelia; dice el delgado y moreno hombrecito, cuando la tarde caía sobre los árboles y las desoladas veredas, la compañía del Capitán Roberto Hernández, en un patrullaje de rutina, descubre al quinto Regimiento Insurgente del Ejército Zapatista de Liberación Nacional: Nosotros le decíamos las Calabazas, puta, estaba bien chingón; eructa el borracho, bebe un trago de cerveza, un hilito de baba le escurre por el mentón; el Mayor Mario era el responsable de los batallones catorce y veinticuatro, además de otro que le nombraron Matraca: Le digo pue', don Rodrigo, de la jodida, la guerra empezó cuando un oficial que se llamaba Martín echó bala a los sardos, y puta se soltó la plomiza, refeo que se siente, yo por eso mejor me escapé y a la chingada su puta revolución; ríe el Tiliches seguro de haber optado por el mejor camino, el subcomandante Marcos fue avisado de lo ocurrido por radiotransmisor, de inmediato ordenó la retirada; Puta pero duramos como seis horas de guerra, y ya casi nos vamos, pero otra vez los chingadazos y vuelta pa' tras, no me lo va usté a creer, pero hasta la mera madrugada seguíamos en la balacera; Don Rodrigo camina muy lento por la calle, trata de sostenerse en las paredes de las casas, de vez en vez se inclina sobre el hombro derecho, jadea sin dejar de fumar, y sigue avan-

zando, su rostro pálido como un muerto se endurece al ver que un camión pasa junto a él, finalmente encuentra el portón de madera de su casa, lo abre de un empujón y se deja caer al interior donde lo espera su compadre Catarino con unas botellas de ron.

Algunos curiosos se acercan al Mayor Moisés que aún nervioso por el combate improvisa un discurso frente al Palacio Municipal, la gente lo rodea expectante: La guerra de liberación que estamos iniciando es contra el gobierno y el ejército, no contra ustedes, hermanos; grita con voz firme y decidida, sus pequeños ojos se encienden cuando un miliciano se le acerca presuroso y le dice por lo bajo: Mayor, con la novedad que mataron al Pedrín; Moisés siente un intenso dolor de estómago, la noticia dada así, a quema ropa, lo toma desprevenido, la cabeza le da vueltas, sus rodillas parecen doblarse: Lo alcanzó una bala en la mera cara, ya trasladamos el cuerpo al cuartel, Moy baja la mirada y se ve las manos empuñando con furia el M-16, sus ojos quedan fijos en el anillo de cobre y se le anegan en lágrimas; Estamos bajo su mando, Mayor; dice el miliciano que no para de jadear; el silencio se alarga, ahora todo pasa por la mente de Moisés, no puede creer lo que escucha, lentamente se dirige al centro del parque, la gente lo acompaña

sin decir nada, siente las cananas mucho más pesadas, parece que el anillo se calienta al rojo y le quema la mano, el brazo, el cuerpo entero, traga saliva y se desploma en la banca, le hierve la sangre, los curiosos lo miran con cierta tristeza, a lo lejos se escucha la descarga de metralla y comienza a llorar, los zapatistas se repliegan al edificio del Palacio Municipal, la gente corre a sus casas, ¡Vienen los ejércitos!; grita una mujer que huye sin rumbo; Moisés se quita el anillo y lo guarda en una de sus bolsas: Me lo pondré hasta que triunfe la lucha; piensa mientras avanza hacia el edificio; sigue llorando como un niño que ha encontrado el cadáver destrozado de su padre.

De regreso al cuartel en las bodegas de la Unión de Ejidos de la Selva, Moisés observa en silencio los cadáveres de sus camaradas, el sudor frío baja por su rostro, siente cómo le hierve la sangre, las manos le tiemblan, camina despacio, como si de pronto todos los días y años de su militancia se agolparan en su espalda, alarga la mano derecha y toca el brazo izquierdo de Pedro, sus ojos se anegan en lágrimas, cuidadosamente quita una de las balas de las cananas de Pedrín, avanza con lentitud, descubre el cuerpo de Tania, al ver la sangre aún fresca casi pierde el control de sus pier-

nas, suspira hondo, de las cananas de la mujer saca una bala, cierra el puño con ambos proyectiles, aprieta fuerte, enérgico, mientras tensa las mandíbulas con odio, se retira de los cadáveres, comunicándose de inmediato con el subcomandante Marcos, quien le comenta, como ha dicho a los periodistas, que la toma de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas ha sido un poema; apesadumbrado y con la voz apagada Moy le informa de la muerte de Pedrín, Marcos pierde la locuacidad de las horas del día, las bromas y chistes se borran, al oír la trágica noticia se deja caer sobre el escritorio del Palacio Municipal, sólo se escucha el silencio en el intercomunicador, filtrándose apenas los murmullos de los milicianos que abren los archiveros; el Subcomandante se toma la cabeza con la mano derecha y muerde su pipa humeante, pierde la mirada en la bandera nacional que hace apenas unas horas ondeaba en el balcón del edificio, sujetada por él entre vivas de propios y extraños, en su pensamiento estaban todos sus camaradas, Tania, Daniel, Germán, Tacho, El Cochi, El Niño, Moy, Pedrín, todos, cada uno en el viento helado acariciando la bandera; después contestó una llamada telefónica que atrajo su atención, ante la incredulidad y sorpresa de sus compañeros, Marcos tomó el auricular y preguntó, ¿Bueno?; una voz preocupada

le contestó; ¿Es la comisaría? Les hablo para avisarles de que hay mucha gente armada llegando a la ciudad, algo pasa, me parece que son los indios; Marcos sonríe, chupa la pipa y deja una espesa nube de humo sobre su cabeza; Está bien amigo, estamos enterados, créame que todo está bajo control, muchas gracias por preocuparse por la seguridad de los coletos; dice. Ahora no sabe qué responder; Pedro, su mejor camarada y amigo entre los caxlanes de la organización, su "Hermanito" como solían jugar imitando el lenguaje chiapaneco, el silencio se rompe con su voz entrecortada, ordena de inmediato la retirada inminente y suspender el avance a Comitán; él se encargará de informar a los insurgentes de Ocosingo: Pasen a darle los buenos días al Amigo; usa el código secreto, pero se confunde: Te lo encargo mucho Moy; Moisés corta la comunicación y con firmeza ordena algunas instrucciones, con gritos y señas dirige el comienzo del repliegue.

El General sale de la casa grande de su finca San Joaquín, el frío aire de las cinco de la mañana le cala los huesos, como de costumbre ha tomado una taza de café y emprende su diaria caminata por sus tierras, viste pantalón de mezclilla, camisa crema y chamarra de piel con cuello de lana de borre-

go, un sombrero de palma le cubre los cabellos encanecidos, va por la estrecha vereda de hortalizas, acompañado por el gorjeo de los pájaros, sus pasos lentos, pero firmes, se pierden en el verdor de la colina, respira satisfecho el olor de la hierba húmeda por el rocío, sabe de la toma de San Cristóbal de las Casas y de Las Margaritas; ni por un momento piensa que corre peligro, tiene la convicción que durante su gobierno hizo mucho bien a los chiapanecos, "Se inclina por los indígenas, los campesinos que siguen viviendo en tiempos de la conquista", recuerda lo que su amante y jefa de prensa, escribió al final de su periodo como gobernador; está de buen humor, sonríe con sus recuerdos; no le importan las posibles venganzas de los políticos con quienes nunca se sintió identificado, los reclamos de Patrocinio González Garrido al saber que sería el General el nuevo gobernador y no él; pero se sabía, Juan Sabines era enemigo de Patrocinio, pues presumía desde muchos años atrás haber sido desplazado como "el efectivo" por don Salomón, padre de Patrocinio, a Sabines le llegó la justicia del Partido cuando fue elegido para concluir el sexenio de don Salomón; el General está fresco y animado, la "cuota militar" le había beneficiado, no olvida los meses de fines de 1988, su amante mediando entre él y Patrocinio.

El anciano supervisa la producción de leche, pasea por los corrales, saluda a los peones con el mismo carácter amigable de siempre, pasan las horas del día en discutir sobre el estado de las ordeñadoras y la pastura, todo transcurre en la más completa rutina; mientras el cielo comienza a pintarse de nubes ocres con los resplandecientes rayos de la tarde; por su mente pasan las escenas de cuando regresó de Nayarit, después de ser designado el nuevo gobernante para Chiapas, día de sol pletórico, el cielo de Tuxtla limpio y mordaz por el intenso calor, el avión aterrizó con cierta violencia, el General y sus acompañantes, nerviosos, voltean hacia las ventanillas respirando aliviados al ver que han tocado la pista; Hasta tiembla Chiapas con la llegada de su gobernador; dice riéndose más relajado, todos sueltan la carcajada de manera mecánica, sin muchas ganas de celebrar una broma más del General, finalmente el avión se detiene, abre la puerta de descenso, al salir los rayos del sol pegan de frente en sus anchos lentes Ray-Ban, abajo lo esperan doscientas personas con mantas y porras de bienvenida, él los saluda levantando ambas manos: Carajo, sí cumple don Juan, mandó su gente, pues; vuelve a reír y con él sus acompañantes; el anciano sonríe y silba, camina por la vereda, regresa a la casa con buen apetito.

En la casa grande lo espera Elvira su esposa; en la sala percibe el delicioso olor del pavo recalentado, y la carne de venado que le encanta, entra al baño, se lava las manos, toma un frasco de perfume Patrich, se empapa la cara y la barba de días, el aroma fresco le hace sentir joven y satisfecho de su vida; el comedor huele a ponche caliente, en la larga mesa de cedro rojo su ahijado René sirve vino tinto en las copas; Elvira sólo habla de la aparición del grupo armado, nerviosa dice que la toma de Las Margaritas y Comitán es un aviso para el General y los finqueros; el anciano sonríe incrédulo, sorbe y se enjuaga con el vino, sin quitar la mirada del enorme tapiz de la pared responde que eso no es posible: Los indios y sus manipuladores quieren rendir cuentas con el gobierno, no con nosotros que les hemos dado trabajo por años, bebe un trago más y se dispone a comer la jugosa pechuga que corta minuciosamente; afuera el frío es intenso, la noche poco a poco se apodera del lugar, la niebla se ve a través de los cristales de las ventanas, el valle envuelto en esa capa espesa y pesada, sólo pude escucharse el silencio profundo de los bosques, el embriagante perfume de los pinos penetra la casa; René se levanta con la copa a medio llenar en las manos, es delgado y alto, acercándose a la ventana mira a través de las cortinas de terciopelo

rojo: No se preocupe madrina, esos alzados jamás se atreverán siquiera a acercarse; comenta satisfecho al regresar a la mesa; Que se escondan los que deban algo, nosotros tenemos la conciencia tranquila; contesta el General mientras mastica un trozo de carne; Elvira se pone de pie: Voy a encender la radio a ver si dicen algo; afirma al caminar por el pasillo, en ese instante tocan a la puerta, el General y su ahijado se miran extrañados, Debe ser el chofer; grita la mujer al girar el picaporte; abre la enorme puerta de cedro, entra una helada corriente de viento, Buenas noches, buscamos al General; dice una voz ronca, ella no cree lo que ve, al Mayor Moisés, las cananas y el M-16 lo hacen más bajito de lo que realmente es, la dureza de su rostro la asusta aún más, a su espalda distingue como a cuarenta zapatistas, nadie lleva pasamontañas, Elvira clava la mirada en Moy, su labio superior le tiembla de nervios, se le doblan las piernas y las manos, tiene la boca abierta; No tenga miedo, no haremos daño; trata de calmarla el Mayor en tono conciliador; pero la mujer sigue estupefacta, Con su permiso; ordena el hombrecito y pasa a la estancia con lentitud, el General lo espera confundido, sin palabras qué decir, a su lado René tiembla de miedo. ¡Pero muchacho, Moy, el hijo de Manuel!; grita el General sorprendido, Moisés parece no escuchar y

saluda: Buenas noches, los llevaremos con nosotros, es la orden que tenemos, no tengan miedo; cuatro guerrilleros atan de las manos a los dos hombres, unos registran la casa, sin tocar nada, otros meten la comida en bolsas de plástico. Bajo el pórtico Elvira no puede contener las lágrimas; ¡Aquí hay otro!, se escucha desde afuera, dos milicianos sujetan de los brazos al chofer, lo conducen sin violencia hacia la sala, la mujer llora desesperada al verlos entrar; Cálmate, no harán daño al pueblo y menos a ti, le dice el General con voz dura pero entrecortada, No hay nada; afirma el miembro del comando que buscaba en los cuartos; Sólo esta escopeta, este rifle .22 y cuatro pistolas; vendan los ojos de los presos con paliacates y los llevan al patio; la oscuridad de la noche cubre el espeso monte de la finca, algunas estrellas se alcanzan a ver en el nebuloso cielo, sin decir más los suben a la plataforma de una de las tres camionetas pick-up estacionadas junto al galerón de la cocina para peones, el escape expulsa humo apestoso a gasolina, los motores dejan escapar algunos estertores mientras se alejan por la brecha de lodo, dispuestos a recorrer los ochenta kilómetros para llegar a Guadalupe Tepeyac.

El tiempo sigue detenido en el jacal donde los dos hombres se miran ante el espejo de la historia. Ahora Moisés ve distinto al General, tan cercanamente humano, más allá de sus insignias militares, del omnipresente señor gobernador; sin su uniforme, sin los finos y costosos trajes para las fiestas, le parece un pobre individuo; así, sentado en la silla vieja, con un aspecto triste y atónito de puma enjaulado, con la precaria vestimenta del cautiverio, su absurdo ropaje de preso de guerra; los pantalones de mezclilla y la camisa crema, la chamarra blanca de un miliciano, un paliacate rojo atado alrededor del cuello, los zapatos manchados de lodo seco; su rostro surcado por arrugas muestra la ruina del insomnio, dos verdosas ojeras manchan su tes blanca, sus labios secos delineados por el bigote canoso, la barba crecida y la calva escondida en el sombrero de palma: ¿Qué pasó contigo, muchacho?, si eras un buen peón, trabajador como tu padre, ¿cómo te dejaste manipular de esta forma?, sólo encontrarás la muerte; murmura el General después que Moy le quitara la venda de los ojos, el Mayor voltea con cansancio, sonríe sin ganas; Por eso mismo, porque ya no quiero ser peón acasillado, quiero convertirme en ser humano, con todas mis potencialidades desarrolladas, bajo el yugo de los burgueses no pasamos de ser animales de

tiro, de carga, con ustedes estamos más cerca de las mulas que del hombre; dice Moisés con voz lenta y pausada, sin enojo, incluso con un tono de explicación, el anciano se exaspera removiéndose en la silla como si quisiera levantarse; Pero hay formas, no es necesario tomar las armas, con eso no lograrán nada, sólo más pobreza y más atraso; grita el General desencajado, Moy se rasca la cabeza, se levanta estirando las cortas piernas; No, ese juego es una trampa, quién va a creer en las leyes, las cárceles están llenas de indios e inocentes, este es un país leguleyo, no de leyes; mire qué pasó en Wolonchán, hasta tenían papeles firmados por el gobernador, usté mismo fue a los tribunales y dígame qué se arregló, ¡nada!, puras mentiras, y qué me dice de Tomás y Felipe López, cómo les fue por pelear sus tierras; se agita el Mayor enfurecido, indignado por el cinismo de su viejo patrón; Pero tenemos que trabajar por la legalidad, hombre; responde el General perdiendo la paciencia; No mienta, sí en su gobierno se encarcelaron a líderes campesinos, indígenas, profesores y hasta periodistas, son patrañas para chingarnos, para explotarnos todavía más.

Pasan varios minutos sin hablarse, sólo sus ojos conversan en el tedio de las horas, a ambos les parecen noches en vela, a veces les bastan unas

cuantas palabras, alguna evocación; pero casi siempre es el silencio convertido otro personaje sin el cual se sentirían más solos.

Desesperado, con los nervios desechos, el General pierde la mirada en el techo de palma; un ímpetu repentino le obliga a pensar en la noche del dos de enero, si hubiese escuchado las súplicas de sus hijos para recibir el año nuevo en Tuxtla; suspira y baja los ojos impotente de no poder cambiar el pasado, maldice entre murmullos su obstinado vicio de supervisar todo trabajo, la producción de leche le obligó a quedarse; mueve la cabeza negando la absurda secuencia de sucesos.

El General mira a Moisés y sus ojos se inyectan de sangre, verlo ahí sentado en este jacal del infierno, perdido en cualquier lugar de la selva, compartiendo café y pan con su victimario: Cómo chingados fui a caer en manos de estos cabrones, yo, el General, exgobernador, patrón de toda está bola de desagradecidos; se recrimina: Si por lo menos René se hubiera quedado conmigo; pero sólo me querían a mi, por eso lo soltaron a pocos kilómetros de la casa; todavía se atrevieron a robarme dos de mis mejores vacas, seguramente ya se las tragaron; me lleva la puta madre, encerrado por estos pendejos, yo que he salvado el pellejo de mis

enemigos políticos, no es posible que Dios guarde para mi la muerte en manos de estos salvajes.

El General cavila triste, suspira con desgano: Ustedes sólo ven lo malo, lo negativo de las cosas, no se dan cuenta de todos los avances que hay, tienen carreteras y hospitales, se les trata bien, en mi sexenio se lograron...; Moy se le acerca con lentitud: Cuando se tiene todo se puede ver el lado bonito de la vida, cuando se ha sufrido desde siempre, cuando hemos carecido de todo sería una traición a nosotros mismos alegrarnos por las migajas que nos dan, la vida es hermosa para el que ha puesto las botas sobre los indios; pero nosotros sabemos de muerte, persecuciones, hambre y más hambre, la enfermedad de la ignorancia contagiada a nuestros padres y a nuestros hijos, sólo para los imbéciles Chiapas tiene una historia bella, esa es la historia de los museos y los poemitas de reaccionarios e incoherentes, aquí no valen sus artimañas General, ya somos conscientes, ya no nos chupamos el dedo; reclama aireado el joven, se sorprende de hablar así al hombre que marcó su infancia, "Serás uno de los míos", piensa y no puede contener la risa, "Serás uno de los míos", se sienta en la silla y bebe un poco de café, "Serás uno de los míos", mira con detenimiento al anciano que le profiriera

aquella sentencia, "Serás uno de los míos", comprende que esa tarde el General le dictó la pena de muerte, "Serás uno de los míos"; pero está vivo, tiene preso a uno de los representantes de la mentira.

El General se desespera, traga saliva agria: Si pude arrebatarle las mil quinientas hectáreas de mi finca San Joaquín a los indios, a pesar de tener documentos que avalaban su ejido desde el cardenismo, y ni que decir de mi rancho El Momón donde los ejidatarios tenían hasta una resolución presidencial desde mil novecientos cuarenta y cinco, a favor de setenta campesinos. ¡Ni madres!, esas mil novecientas veintinueve hectáreas eran para nosotros, yo no soy cualquier finquerito de mierda; no en balde logré que mi hermano Hernán explotara las maderas de las tierras vecinas y hasta entramos a Oaxaca; fui yo quien lo liberó con mi poder, cuando se atrevieron a detenerlo los comuneros de Santa María Chimalapa, junto con su pinche presidentito municipal Mauricio Pérez; pendejos, no sabían que mi hermano podía entrar y salir del ejido Chocomatlán cuando se me hincharan los güevos; y sí, míos eran los aserraderos del Triunfo, y la fábrica de triplay en Panini; cabrones, ahora se atreven a secuestrarme los jijos de la chingada; to-

davía soy autoridad, como General de división, como ex gobernador, como hombre de trabajo; pero sobre todo como un Castillejos; bien que les restregué la mierda en sus jetas, acusaban a Hernán de saquear madera y se los dejé ir como presidente del Comité Estatal Forestal, carajos, conmigo no se juega. El anciano se balancea en la silla por la excitación de sus pensamientos, muerde sus labios de coraje, sus manos temblorosas se entrelazan desesperadamente a pesar de estar débilmente atadas a una soga: Por eso no avanzan, por eso se mueren de hambre, lo quieren todo en las manos, que el patrón resuelva sus problemas; grita enojado, olvidando por un momento que la posición de poder ya no está de su lado, Moisés come una galleta María, siente el viento caliente que se cuela por los resquicios de las paredes de madera, el Mayor enciende un cigarro con lentitud: No amigo, tus argumentos no valen nada, he sufrido el hambre y la persecución, mis mejores camaradas están muertos, ¿qué puedes decirme para calmar mi pena?, nada, absolutamente nada.

El Mayor se acerca con el paliacate en las manos, con un gesto de amistad le indica al viejo que volverá a cubrirle los ojos, Augusto asiente con la ca beza: Ya descansaron sus ojos lo suficiente; dice Moy mascando un trozo de galleta, se coloca tras el

General quien levanta la cabeza irguiendo el cuello, mientras escucha la voz de sus reflexiones con un timbre distinto, le suena totalmente ajena e independiente, parece venir de fuera de su cerebro. Por eso puse como procurador de Justicia al "Sherif asesino", mi gran amigo Luciano Rosales Tirado, y eso que lo acusaron en el ochenta de fraude y no sé cuánta pendejada, si hasta averiguación se levantó y toda la cosa; pero se toparon con el General, con El Soldado, como me llaman mis enemigos; sudor frío corre por la barba crecida, se asusta al oír con tanta nitidez lo que seguramente está pensando, ahora escucha unos pasos firmes, por el sonido sabe que no es Moisés; quien ha entrado al jacal es un hombre más alto y fuerte: Y mandé a Cerro Hueco a más de trescientos perros; nunca discriminé a ningún sector, Gerardo Barrios, dirigente de colonos; los pinches grillitos de la sección siete de los maestros. Está seguro, esa voz no es su conciencia, nervioso traga saliva, piensa en la muerte y siente miedo, Juan Hernández representante de los cafetaleros, Jorge Enrique Hernández Aguilar, periodista; Germán Jiménez, lidercillo de los maiceros. La proximidad de quien le acompaña y habla lo obliga a echar el cuerpo hacia atrás, intenta levantarse: Moisés ¿quién está aquí, me van a fusilar?, no sean cabrones, por lo menos júzguenme como

hombre; pero una mano lo detiene: Cálmese general, no tema; vine para ayudarlo, aunque no estoy de acuerdo con las estupideces que ha hecho; no puedo creer tanta mediocridad, usted preso por los indios, ¡el General!, diminuto hombrecillo atado a una silla apolillada, comiendo frijoles y tortillas con la misericordia de los salvajes, el afamado hombre de mano dura, el hierro en el carácter, ¿dónde quedó el estratega del progreso y la imposición?, no me diga que es la edad. El anciano se remueve en su asiento, tiene el rostro empapado de sudor, jadea impotente queriendo escapar, Moisés ayúdame, no me dejes morir así, estoy muy viejo, no serían capaces de matar a un anciano indefenso, de esa manera no se hacen las revoluciones, carajos; Tranquilo, le quitaré la venda, este paliacate no es suficientemente obscuro para que no vea su miseria; siente cómo le desanuda el trapo empapado en sudor, con gran dificultad trata de abrir los ojos pero hasta la llama de la vela le lastima, cierra los párpados y sólo logra ver un bulto a su lado; el Mayor se le acerca confundido: ¿Qué le pasa, General?, todo está bien, no tiene por qué ponerse así; lo revisa, teme que lo haya picado algún bicho venenoso, con la mano derecha le toca la frente, arde en fiebre: No me toquen cabrones indios de mierda, por lo menos dejen que me defienda, cobardes;

grita el General totalmente descontrolado, Moy se asusta, sale del jacal en busca del enfermero del campamento, el anciano jadea, suspira; Vamos hombre, con confianza, nos conocemos de años; le anima con un dejo de complicidad quien lo asedia, finalmente ve con claridad, su sorpresa es mayor al fijar su mirada en el hombre parado frente a él, alto y blanco, la barba bien recortada le da un aire de grandeza, los bigotes resaltan la nariz recta y los ojos cafés, su cabello castaño se cubre con un casco de guerra; Soy Bernal Díaz del Castillo; por si no me recuerdas, tu padre histórico; Moisés entra al jacal junto con el enfermero, se sorprenden de ver al anciano con el rostro perlado en sudor, babea descontrolado: Ayúdame Moisés, ayúdame, aquí hay un fantasma que quiere matarme; Bernal Díaz del Castillo ríe a carcajadas, sólo lo escucha el General, el Mayor Moisés se acerca, sujeta al viejo enérgicamente de los hombros y le dice: Cálmese, a lo mejor es el fantasma de toda esta historia.

Segunda parte

El General y el Soldado

Para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia.

Octavio Paz

¡Soy el auténtico conquistador!, grita Bernal Díaz del Castillo, su fornido cuerpo se agita de cólera, su casco brilla con la débil flama de la vela, las botas de tiro alto y la espada recién pulida al cinto lo presentan como preparado para alguna batalla, la barba y la blancura de su rostro lo muestran como un guerrero antiguo, sus ojos cafés inyectados de sangre se fijan en el General, las ligeras corrientes de viento que se cuelan por las paredes del jacal traen la humedad de la selva, ¿Es la historia la que habla o es el soldado?, son mis manos densas huellas del tiempo, mis fuertes piernas de tantas caminatas sobre la luz verdadera, soy quien dejó las amarras del lenguaje para convertirme en lenguaje mismo, soy el drama, la cruz y la espada, nací en Castilla, verdadera eternidad, mi sangre llenó las paredes de la noche el año de Colón, ¡cuando el almirante descubría América, doña María Díaz Rejón me traía a la vida!, ¡Soy el padre de todos ustedes!, ricos y poderosos, ningún capitán pasó a esta Nueva España tres veces arreo, como yo; muchos soldados pasaron dos ocasiones a descubrir, unos con Juan de Grijalva, otros con el gran Hernando Cortés; pero nadie, ¡nadie vino desde el principio con Francisco Hernández de Córdoba, como yo!, al igual que a ti, Dios me guardó de los peligros de muerte, en cada campaña, en las sangrientas bata-

llas, puse y aventuré mi vida por la mar y por tierras desconocidas, largos días y noches batallando contra salvajes guerreros. Sin ayuda de Castilla, sólo con la gran misericordia de Dios Nuestro Señor, el socorro verdadero; supimos imponer la fuerza de la espada y el arcabuz, jamás faltó carácter ni decisión; Bernal se sienta en una de las sillas junto a Moisés que parece concentrarse en sí mismo mientras recuesta el cuerpo sobre la mesa como lo hacía Pedro para reconfortar su espalda, Los viajes a caballo me matan, prefiero caminar mil leguas, pero no cabalgar, mi columna es un desmadre; le había dicho una tarde de guardia de tantas que montaron juntos; piensa en Tania y Pedro, pero sobre todo en sus compañeros vivos el Cochi, el Niño, Tacho y los demás, de reojo ve al viejo con cierto nerviosismo: Se lo está cargando el coraje, dice para sí mismo; Augusto mueve las piernas desesperado, la figura autoritaria del Soldado español lo exaspera, cree que se está volviendo loco, su miedo crece, Hasta parece que veo mi ciudad; dice Díaz del Castillo, ahora con calma y en tono evocativo, La hermosa planicie con ese verdor parduzco, las calles arenosas y limpias, bañadas por el sol del mediodía, cabañitas en hileras exactas con sus ventanas abiertas hacia los campos vecinos, siento el fresco de los ríos que se pierden en un horizonte

azul, allá en la colina el imponente Castillo de la Mota, siempre quise uno para mí, Señor entre los Señores, igual a los Reyes Católicos que ahí vivieron, ¡una mansión para el blasón más puro!, no cómo la cárcel de César Borgia, preso en ese mismo lugar; como tú, un Borgia de América, buscaste el castillo y tienes el cepo; eres como la gran construcción de la que te hablo, perenne en tu grandeza, pues como sabrás; sonríe con burla mesándose la barba, Al castillo lo hace el Rey que lo habita, sin él tan sólo es piedra sobre piedra, alta torre abandonada, derruida y desgastada por el sol, Yo soy la Sierra de los Gredos que se observa en la distancia, intacta, inviolada y magnífica; el General se empapa de sudor frío, tiene la lengua pastosa y la garganta reseca, Tengo fiebre; dice para sí mismo con tristeza, La debilidad me provoca alucinaciones; suspira hondo, el fresco perfume de pinos y abedules llena sus pulmones, No sé cuánto tiempo llevo aquí, serán semanas, qué estará pasando allá afuera, van a matarme, ¿será posible que de está forma terminen mis días?, ¿cuándo vendrán a rescatarme?; ¿No te parece ridículo, mi amigo?; arremete Bernal desde su silla, se ha sentado al revés, como si montara un brioso caballo, sus piernas abiertas se ven más largas, abraza el respaldo con sus fuertes brazos, arquea un poco la espalda, apoya la barbilla en las

manos, Sí, tú eres Castillejos, híbrido, mezcla indigna de ser nombrada así: yo soy un verdadero Castillejos, de esos hombres que formamos la infantería que marchó a Italia y dieron guerra verdadera, no como las tuyas, hombrecillo; yo soy quien llegó de villa de Medina del Campo, joven, con veintidós años, bien plantado, con los cabellos oscuros y el futuro naciendo en mis ojos, con el aire de gallardía que nos distingue a los de Castilla la Vieja, ahora estoy más resuelto que antes, ya no me atrevo a repetir aquellas palabras que un mal día escribí: necesitaría otra elocuencia y otra retórica que la mía, para describir los hechos heroicos y las acciones que efectuamos cuando ganamos Nueva España y sus provincias en compañía del valeroso capitán Don Hernando Cortés; no, después de haber visto tanta cobardía, es mi voz la que se levanta desde la tumba de los olvidados, la refulgente cara de la verdad, no un espejo de obsidiana para reflejarte en mí, para que yo me refleje en ti, ¡no somos la misma imagen!, ¡jamás fuimos el perfil de las horas!; Moisés mira su reloj pulsera y sonríe, lleva muy poco tiempo junto al General y le parecen días, sus compañeros no tardarán en llegar para relevar la guardia, él mismo pidió quedarse con su antiguo patrón, a pesar de todo dese cerciorarse que el anciano esté bien, hablar por momentos y

compartir el silencio, se sorprende de sí mismo, no siente odio hacia Augusto, pronto comunicará a sus mandos la situación, hasta ahora ha sido imposible, bebe un sorbo de café frío y vuelve a sus cavilaciones.

El General siente la noche como reptar de serpiente herida, la presencia del Soldado español le provoca un intenso dolor de cabeza, cierra los ojos, la maraña del terror lo toma preso, escucha el pesado silencio nocturno expandiéndose en su interior, a lo lejos oye voces y pasos que lo sacan del estado de miedo, abre con timidez los cansados párpados, observa al Mayor dormitando sobre la mesa, junto a él Bernal sonriéndole con malicia, Augusto disimula esperando que el Soldado no perciba su miedo, desea un rato más esa sensación de abandono que le reconforta, antes de ser abrumado por las violentas palabras del español, Vamos hombre, no necesitas esconderte, ¿Quieres dormir?, ¡no te cansas de descansar!, nosotros nunca descansamos, fuimos infatigables, desde que zarpé de Cuba en compañía del capitán Francisco Hernández ya mostraba mi arrojo, venimos con ciento diez soldados, conjurando el sueño descubrimos Yucatán, y no era fácil, fue una guerra despiadada,

nos mataron más de la mitad de nuestros compañeros en Punta de Cotoche y Champotón; con decirte que al capitán le encajaron más de diez flechazos causándole la muerte; la aventura de conquista ha quedado en el olvido de los tiempos; ustedes y nadie más que ustedes son los culpables de esta anarquía, dejaron crecer los brotes de rebeldía en los naturales, los armaron para ser derrotados por ellos, les dieron tierras, aguas, ¡escuelas y trato de iguales!, nos traicionaron de mil formas; desde que pisé tierra mexicana he profesado en las filas de la razón y la civilización, no tienen ningún derecho a estropear el esfuerzo de los hombres que dimos vidas y familias por la evangelización de los salvajes, mi padre y mi hermano fueron siempre servidores de la Corona y de los Reyes don Fernando y doña Isabel, ¿qué pensarían si vieran la ruina de sus tierras?, ustedes no podrían solos, les faltarían cojones. Bernal golpea con el puño la mesita, la vela se mueve casi hasta caerse, jadea enfurecido, su pecho se hincha, su brazo derecho tiembla por la tensión en el puño, Augusto lo observa aterrado, siente un calor sofocante a pesar del frío, confundido reza un padre nuestro para alejar al espectro del Soldado; Díaz del Castillo voltea mirándolo con odio, No podrás conjurar mis armas, esta es la noche de los tiempos, el eterno retorno

del tiempo del poder; el hoy es ayer y mañana, las horas se pierden en las coordenadas del hombre, el olvido se trastoca en memoria, y la memoria ya es historia nítida; pagarán por perder el reino; ni el llanto de los más pequeños, ni las plegarias, ni los rostros agazapados en los corazones más nobles detendrán la furia de los verdaderos padres. ¡Regresaremos para recuperar el nuevo mundo!, volveremos a enfrentarnos, el espíritu se enciende para retornar al origen del poder.

Poco a poco se acerca al anciano que tiembla en su silla, alza ambas manos enérgicamente mientras grita, ¡Perdieron el control del poder!; dejaron que los salvajes ocuparan lugares exclusivos para nosotros. El día que concedieron escuelas a los indios firmaron nuestra derrota, avalaron la usurpación; el General trata de decir algo, sólo alcanza a emitir un ronquido sordo, mueve los brazos con tal fuerza que logra desatarse, Moisés despierta dando un salto, el sentimiento de la pesadilla aún lo confunde, mira a Augusto con extrañeza, el viejo le clava la mirada en los ojos como pidiendo ayuda, ¿Qué le pasa, se siente mal?; habla mecánicamente mientras se aproxima al General, Creo que tiene calentura, ¿quiere agua?; pregunta con nerviosismo, Estoy mal, muchacho; dice el viejo con desgana, Me duele mucho la cabeza, y la temperatura

sube y baja, aún no entiendo bien a bien, ¿porqué secuestrarme a mí?, siempre fui justo con ustedes, jamás les negué trabajo; su voz se escucha ausente, trata de convencerse a sí mismo, Pienso en lo que debe estar pasando allá afuera, ¿sabes algo?; Moisés acerca su silla, recarga el M-16 en sus piernas, sus ojos rasgados se clavan en la figura del viejo, No, todavía no sabemos nada, pero seguramente todo va bien, no se preocupe; la luz apenas ilumina las dos figuras, siluetas perdidas en un tiempo antiguo, sumidas en un aire tenue, estático; No sé, no quiero juzgarlos, pero algo me dice que están destruyendo todo y me duele, hemos trabajado tanto para perderlo en un instante; Moy lo escucha con atención, su rostro se endurece, pero su mirada es resuelta y tranquila; No se pierde nada, estamos transformando la realidad para hacerla más justa, llevadera pue', el problema de ustedes es que si se les quita una milésima de lo que tienen, se sienten invadidos, y a nosotros no se nos permite nada, ni la milpa que trabajamos es nuestra, ni el surco donde dejamos la vida, ni el cafetal tragándose a nuestros padres y nuestros hijos; el Mayor platica como confiando un secreto milenario, piensa en la tan proclamada paz social, ese espejismo de sueños y futuro, Pero no se dan cuenta, sólo en el orden es posible el progreso, para qué romper con la paz,

nos ha costado tanto vivir en armonía y ahora no nos queda ni el consuelo de la seguridad personal; Vamos General, sabemos bien que la paz estuvo siempre de un lado, nosotros nunca hemos tenido paz, nuestras vidas son una guerra prolongada, heredamos de nuestros padres el hambre y la guerra; Moy se siente cansado, es posible que sus compañeros estén por llegar; Pienso en mi casa, en el casco de la finca, estoy seguro que la han destruido, habrán roto ventanas y puertas, arrancarían las alfombras, seguro que orinan en el vestíbulo y cagan en mis oficinas, ya parece que estoy viendo las vacas rumiando las cortinas de encaje francés, y qué decir de mis cuadros antiguos, los retablos, siento la putrefacción aleteada por gallinas y guajolotes, guerrilleros y animales durmiendo sobre mi patrimonio, ¡mi riqueza!; de pronto el viejo se altera, tiembla de cólera, su rostro enrojece de ira, Se da cuenta, sólo se preocupa por sus cosas, ni por un momento habla de su mujer, de sus hijos, somos muy distintos, usted sólo piensa en su casa, un mueble traído de las europas, el marco de oro de los enormes espejos, ustedes siempre se preocuparon por el machete y no por el jornalero, en el azadón y no en el hombre; las palabras de Moisés exasperan al anciano, la aparición y la impaciencia lo hacen ver más viejo, ¿Sabes una cosa?; pregunta

el General en tono de confidencia: No me creerás pero tengo alucinaciones, un español me persigue como a su presa, aparece así, de pronto, como un espectro, alto, con uniforme de conquistador, sin insignias, las polainas muy altas y raídas, sus ojos, ¡maldigo la centella de esa mirada!, me hiere como una espada, los labios casi morados como de muerto, se dice Bernal Díaz del Castillo, viene desde el pasado para acosarme, sólo cuando tú y yo hablamos desaparece; Moisés no se extraña por el relato, sonríe un poco, No es ningún gachupín, es su conciencia, y esa es la peor balanza de la justicia, imposible escapar de ella, usted mejor que nadie sabe lo que hizo, y cómo lo hizo; la débil flama de la vela parpadea con insistencia, parece que se apagará, las sombras se escurren, chocan, se confunden en el suelo de tierra y las paredes de tablas, Cuando fui gobernador creí que lo sería para siempre, en Palacio la gente se arremolinaba para verme, entre el sudor pegajoso los campesinos traían gallinas, patos, hasta pensamos en construir un gallinero en la calle central de Tuxtla, los maestros en huelga dormían apretujados en la gradas esperando mi caridad, mientras yo me encerraba en mi despacho para construir el destino de Chiapas, pasaban por mis manos la edificación de casas, tomas de tierras, juicios de hombres y mujeres, firmé contratos y

acuerdos, cédulas, tenencias, decidía la lluvia y la sequía, todo, ¡todo bajo mi poder!, y mis órdenes se cumplían sin vacilación, ni una pregunta, ni una queja; Moy sonríe, su pequeño cuerpo se agita en el estrépito de sus movimientos, Eran otros tiempos mi buen patrón, pero no se crea, mientras usted coronaba reinitas en las cabeceras municipales, muchos indios preparaban la guerra, todo cae por su propio peso; el viejo mueve las piernas, chocan sus rodillas, impaciente saborea su lengua pastosa, lame sus labios resecos, siente la humillación; él, con más de cuarenta años en el mando militar, él, el General, el único gobernador que desafió abiertamente al Presidente de la República, logró que en su último informe reconociera su derrota frente a Augusto; entre el bullicio de aplausos y proclamas Miguel de la Madrid camina hacia la pequeña tribuna de cedro rojo traído de los Chimalapas, un silencio unánime se apodera del auditorio, toma la palabra con aire insatisfecho, el discurso es lento y enfático, en la mesa del presidium el General sonríe apenas, su rostro serio y el pecho alto imponiéndose ante la situación, escucha cómo ha ganado su más férrea batalla, Miguel de la Madrid voltea hacia él, levanta los brazos, ¡Suya es la victoria!, grita fingiendo emoción, los aplausos y vítores son ensordecedores; ¿Quiere agua?, pregunta Moy sacándolo

de su cavilación, le acerca un vaso de plástico, el anciano bebe con calma, juega con el líquido en la boca, esta dependencia con el tojolabal lo aturde, lo desquicia, ¿Cuántos listones inaugurales cortó usté?; pregunta Moisés escudriñando en los ojos del anciano, Ahora se me ocurre que cortará la última cinta, imagínese los periódicos: El General inaugura su entrada a la conciencia, el recinto de los espejos, ¡ah chinga!; murmura sorprendido el Mayor, ya se me está pegando lo poeta del Pedrín; el viejo escucha enfurecido, pero se contiene, Su conciencia sería la última reinita del Club de Leones que coronará, bailarán un vals muy lento, días y noches sujetos de las manos, mirándose de frente, amordazados en su tiempo; el General lo mira con severidad, mueve la cabeza de un lado a otro, Tu no eres indio, no hablas como indio, no piensas como indio; Moy no puede contener las carcajadas, se divierte con la ingenuidad del anciano; se levanta de la silla, lleva los vasos de plástico a la mesa sin dejar de reír, Carajo mi amigo, qué te hace pensar que los indios no podemos hablar así, nuestra liberación es completa, y el lenguaje es otra trinchera, claro que sabemos su lengua; dice socarrón arrastrando las palabras, No se crea que somos tan pendejos; las últimas palabras suenan fuertes, decididas, Moy carga su silla hasta la mesa y se sienta, deja ver que

la discusión ha terminado, Augusto quiere pedirle que no lo abandone, seguir platicando es una forma de protegerse del espectro, pero es orgulloso y no claudicará frente a su captor.

El tiempo se estanca, luego camina en círculo hasta morderse la cola, el General se pierde en deshoras de la noche, en el puro sentido de segundos agolpándose, en minutos fragmentados, la atemporalidad de la selva lo hace su presa, el horizonte es un instante que se dilata, se reparte en la eternidad de cada árbol y río, este jacal se contiene en sí mismo, no busca el pasado para reconocerse, le basta Ser en la mirada insatisfecha de los hombres; hombre que mira a otro hombre para perderse en su propia individualidad, Por eso soy el que más te conoce; afirma Bernal recargado en la puerta, Soy el que siente más pena por ti, nos parecemos en muchas cosas, eres una rama de mi árbol, corre por tus venas la misma clorofila de mi savia, pero te malograste, podrido desde la médula de los huesos, tu sangre de valiente se coaguló en tu corazón, sólo algunos hombres visionarios supieron qué hacer con los revoltosos, como cuando el presidentito del Partido Socialista de Chiapas, Ricardo Alfonso Paniagua llegó a casa de don Carlos Vidal, un día de sol y calor sofocante lo hicieron vestirse con

guayabera y pantalón blancos, contento de encontrarse con el hombre que durante meses le ha negado la visita con explicaciones tontas, compromisos inventados, enfermedades inexistentes: Ahora aceptó, pues se lo planteé para su conveniencia; informaba a sus camaradas de partido, A esos hombres sólo les interesa un asunto cuando se les muestra el cobre; conversaba animado, convencido de lograr un acuerdo trascendental, camina con cierta arrogancia, su cuerpo envejecido Por la lucha; como gusta presumir, se balancea con cadenciosos pasos, su moreno rostro se empapa de sudor y sus bigotes bien cortados le dan un toque de intelectual porfirista, se quita el sombrero de palma y avanza bajo la fresca sombra de los árboles de tamarindo, el olor a tierra mojada del patio lo invitan a pasar a la casa, en el pórtico, presto a tocar escucha la voz amable de don Carlos: Adelante don Alfonso, está en su casa; en la amplia sala la limpieza del lugar le llama la atención, los sillones de cuero sin curtir, la mesita presumiendo un horrendo elefante de porcelana, los coloridos sarapes como tapetes, y sobre todo los ventanales por donde se observa un jardín bien cuidado, Pásele; invita el hombre delgado y con aire de resolución: ¿Cómo le va?; pregunta levantándose del sillón, Muy bien, el viaje tranquilo, un poco largo, pero vale la pena;

contesta mientras estrecha efusivamente la mano de su interlocutor, siente la fuerza del hombre, los largos y seguros dedos lo sujetan anunciando que está en su territorio, se miran fijamente a los ojos, sonríen con cierto cinismo, un airecito húmedo refresca la estancia, detrás del biombo labrado con motivos japoneses aparece una mujer morena y gorda, su vestido blanco y bordado con vivos rojos y verdes le dan cierta simpatía, camina moviendo rítmicamente las nalgas, sus cortas y regordetes manos llevan una charola y dos vasos de tascalate frío, ofrece la bebida con una sonrisa que muestra la hilera de dientes de oro, los hombres se sientan en los sillones mientras toman los vasos, la mujer se aleja con su paso cadencioso, Este si huele a cacao; dice don Ricardo satisfecho, Como que es de su tierra, del mero Soconusco; responde Vidal sorbiendo un trago; Mire don Ricardo, le he dado vueltas al asunto, y creo que tiene razón, ustedes luchan por los derechos de los pobres, y pues nosotros los Vidalistas vamos por lo mismo, no veo porqué no unir fuerzas; desde su asiento don Ricardo peina con paciencia sus canas, escucha con gran atención, deja en la mesita de centro el vaso, suspira hondo, Pero queremos, si me permite don Carlos, que esto no quede en una simple plática; apunta preocupado el viejo fijando la mirada en

Vidal, que enrojece ante el argumento, No en absoluto, de hecho ahora mismo le iba a mostrar un documento que certifica nuestra posición; Carlos Vidal camina al escritorio de cedro, de una gaveta toma un sobre de papel manila, revuelve papeles y con cierto orgullo en la mirada encuentra una pequeña hoja que muestra varios sellos en color rojo y azul, se acerca a don Ricardo, alarga la mano para entregárselo, éste lee detenidamente el telegrama:
"Le damos instrucciones al partido vidalista con sede en Tuxtla Gutiérrez, para trabajar con Ricardo Alfonso Paniagua y crear un "Gran Partido Socialista", y colaborar para fortalecer nuestra lucha".

Satisfecho dobla la hoja y la devuelve a don Carlos, don Ricardo siente que el calor aumenta, un hilo de sudor baja por su rostro emocionado: Esta decisión transformará al estado, terminaremos con la súper explotación del obrero y el jornalero; no permitiremos más los abusos de los terratenientes y sus peleles los enganchadores; después de beber el último trago de tascalate y limpiarse los bigotes con un pañuelo blanco, Carlos Vidal afirma enérgicamente: No lo dude, necesitamos la sindicalización de todas las organizaciones de trabajadores de Chiapas que sirva como base socialista para introducir en esta región la dictadura del proletariado y terminar de una vez por todas con los caciques y

reyes que tratan de dominar a esta desafortunada entidad; grita don Carlos agitando los brazos.

El General jadea nervioso, las náuseas suben por su garganta, sus manos tiemblan indecisas, su corazón se agolpa en su pecho, mira a Moisés dormitando, ausente de su sufrimiento, la palmatoria de la vela parece crecer en la débil luz que proyecta, la encrucijada es inevitable, lo entiende y lo asume con resignación, no le queda más que hacerle frente, sus ojos se anegan en lágrimas, desde su debilidad toma las pocas fuerzas que le quedan, Pero eso es peor, esos pactos levantaron a los indios, el vidalismo jamás debió permitirlo; dice balbuceante. Bernal se le acerca con agresividad, ¡Grandísimo imbécil!, no te das cuenta que esa alianza era perfecta, Ricardo Alfonso Paniagua necesitaba tanto a los vidalistas como ellos a los Socialistas; el Partido Socialista Chiapaneco requería de un político conocido como don Carlos, con contactos para que su partiducho tuviera presencia estatal y no sólo en Motozintla o Mariscal; Vidal era general del ejército, al igual que tú, estúpido, fanfarrón del poder de los enanos, te faltaron agallas para usar la fuerza, por eso estás aquí, preso por tus indios; el Soldado español camina con pasos decididos alrededor del anciano, Además Vidal

era jefe del estado mayor en el Ministerio de Guerra de Obregón; tú fuiste hasta gobernador y te interesó más la cría de vacas que la defensa de las tierras y el control de los salvajes; Carlos Vidal sí sabía planear las cosas, hizo eso porque necesitaba una base de apoyo mucho más amplia, tener de su lado al primer partido realmente comprometido con los necesitados, validaba su trabajo y fortalecían el logro de sus ambiciones políticas.

El general muerde su bigote, el aire enrarecido del jacal y la fiebre lo sofocan, Hoy es jueves, piensa en la confusión de las horas, le pesan los brazos, las clavículas parecen dislocarse en un intenso dolor, jadea, es jueves dentro de su sangre, jueves otoñal en sus apergaminados ojos, jueves de todos los años creciendo como árbol de luz en sus recuerdos, Y si fuese martes, sería la misma mierda; dice cansado, aburrido: ¿Qué día es hoy?, se pregunta sin esperanza: Siempre, hoy es Siempre; le parece escuchar la voz de Moisés, el anciano desespera, Deja tus pinches citas, ¿ahora me hablarás de Marx?, ataca a Moisés que despertó al escuchar los gritos entrecortados e indescifrables del viejo, mira su reloj pulsera y se sorprende de haber dormido tan sólo cinco minutos, bosteza, abre la boca exageradamente, No amigo, cito a mi corazón, aunque

no lo crea, es él quien me ideologiza; se levanta de la silla, se restriega los ojos con el dorso de la mano derecha, Voy con los compas, haber si hay noticias, no intente ninguna locura, afuera está la guardia, trate de descansar, de paso traigo café caliente; toma los vasos de peltre, sonríe con un dejo de cansancio, abre la puerta, un fuerte viento pega de lleno en el rostro del General, respira hondo, le agrada el fresco perfume de las flores, alcanza a ver a algunos milicianos, pero sobretodo la noche, el cielo limpio y estrellado, el canto de los grillos nítido y continuo, la puerta se cierra y se desanima, Esto es una pesadilla; reflexiona con amargura: Te van a matar, se fue para recibir la orden de tu fusilamiento, pronto morirás; voltea asustado, junto a él Bernal Díaz parado con la espada en las manos, mira con calma el destello de la luz sobre la lisa superficie de su arma: ¿Prefieres que yo lo haga?, ¿te corto la cabeza de un tajo?, no te asustes, no he venido a eso, soy tu juez, y mi veredicto lo has escuchado ya: Culpable por incompetencia histórica, traición a las huestes de tu origen; el viejo escupe un gargajo verdoso, sin poder contenerse más grita enfurecido: Las condiciones de nosotros fueron distintas, es imposible detener los cambios, desde el triunfo de la revolución mexicana, el Plan de Agua Prieta, no quedó más que ceder paulatina-

mente y...; hace una pausa dilatada, confundido balbucea entre los hipos del llanto; Todo mundo sabe que tu chingada revolución no tuvo impacto en Chiapas, ni siquiera las revoluciones del siglo diecinueve; no importaba si el gobierno era porfirista o constitucionalista, ¡ustedes son el camaleónico estado de la república!, eso los fortalecía, jamás tomaron posiciones definitivas, todo cambiaba según los humores del río Grijalva; el Soldado camina reafirmando cada uno de sus pasos, el sonido de las pisadas es firme y distante, apaga el tímido ulular del viento: El sobado triunfo revolucionario sirvió para restablecer condiciones políticas para terratenientes y comerciantes; el anciano intenta ponerse de pie, un fuerte calambre en el estómago se lo impide, deja escapar un quejido más de tristeza que de dolor, Bernal ríe: No puedes ni con tu cuerpo, los terratenientes de esos años nos dejaron ese legado de mano débil, a pesar de sus grupos de autodefensa y del apoyo del ejército; Díaz del Castillo gira en torno al viejo y acerca tanto su rostro que casi rozan sus barbas: Y, ¿qué me dices de ahora?, hay más guardias blancas, más grupos paramilitares, de qué sirven si dependen de la opinión pública, si se tienen que disfrazar de dulces corderitos como Paz y Justicia, o deben esconderse bajo las naguas de los diputados priístas como los Chin-

chulines, o necesitan la protección de los policías de seguridad pública como Máscara Roja: ¡cobardes!; la figura del viejo es más efímera con los estertores del terror, los escalofríos le hacen temblar sin controlar sus manos, un hilo de baba escurre por la barba encanecida, entreabre los ojos, el vértigo le dobla la espalda, la enronquecida tos lastima su garganta, el jacal se llena de luz, luminosidad creciente desde el pasado, parece que la noche se reinventa en la llama de la vela, el sol selvático regresa de su sueño de piedra, el anciano siente el penoso tránsito hacia la muerte, hasta él merecía un final lumínico; en vez de encontrarse con el paraíso para los poderosos, ve con cierta congoja la casa de Carlos Vidal, la misma sala limpia y con su refrescante olor a tierra mojada, frente al escritorio está sentado don Ricardo Alfonso Paniagua, una camisa de manta de inmaculada blancura lo hace ver delgado, sus cabellos bien peinados y la dureza de su rostro muestran a un hombre decidido a todo, el olor agridulce de los árboles de tamarindo lo exaspera, la penumbra calurosa de la sala le incita a dejar la prudente diplomacia que lo caracteriza y gritar a su interlocutor, sabe que eso sería peor, burlado, el enojo le ha durado semanas, ni los consejos de sus compañeros de partido, ni los tes que bebió con vehemencia, ni los baños a las cinco de

la madrugada en el hermoso mar del Soconusco, nada logran contra su torpeza de viejo pacifista, ahora en casa de su burlador el coraje se ha convertido en rabia: Nos traicionaron don Carlos, usted y su hermano se aprovecharon de la situación; murmura don Alfonso con tristeza: Primero fuimos obligados a permanecer en las montañas de Mariscal, perseguidos por las guardias blancas de los enganchadores, sólo en Motozintla mataron a varios compañeros; don Carlos niega con la cabeza, sentado con los brazos apoyados sobre el escritorio, con la camisa empapada de sudor, una mirada mezquina lo protege de las fuertes palabras de don Ricardo quien se altera al reclamar la violación del trato, habla de su tierra, de los caminos, del valle extenso de cafetales, el intenso azul del cielo haciendo más hermoso el paisaje, ahí en el vado del río, Raymundo Enríquez montado en su mula blanca, la delgadez de su cuerpo lo hace ágil bajo el implacable sol, el carcomido sombrero de palma apenas le protege el moreno rostro, va por escarpadas veredas y caminos fangosos sin escolta, sin armas, con la firme esperanza de la justicia, compartiendo futuro con los empobrecidos campesinos, alimentándose del cansancio de los viejos pescadores, de las ganas de crecer de los niños, adoptado por las mujeres de las aldeas, durmiendo en

camastros de lluvia y ausencia, avanza en su largo andar de ciego, rozando el insomnio de las flores, visita plantaciones de café con la confianza de organizar sindicatos y negociar contratos colectivos con los plantadores, regala su juventud a la gente y al trabajo, Lo mataron tus hombres; dice encolerizado don Ricardo: Mandaste a Fernández Ruiz para atender las quejas de los cultivadores, y terminó diciendo que el Partido Socialista Chiapaneco provocaba desmoralización, desorden y abandono del trabajo, lo que sabías bien era falso; habla lentamente, con la voz entrecortada, pues lo había querido como a un hijo, como el más fiel compañero: Raymundo Enríquez le dio su empeño, su sordera después de la brutal golpiza de la policía, su risa socarrona y bien intencionada, dejó el camino allanado para los jornaleros, la soledad de su presencia al amanecer, una libreta de poemas que aún hoy se siguen leyendo por las tardes; él era como la humedad, todo abarcaba, Soy como la conciencia, quien me abre su corazón se lo carga la chingada; solía bromear con los compañeros del partido, don Ricardo se identificaba con él; le dio casa y comida, largas conversaciones en los esteros, en los campos de algodón, y los cafetales donde la palabra justicia era invitada de honor, así lo recuerda el anciano, a él fue al único que le contó sus andanzas de juven-

tud: No, muchacho, ya senté cabeza, me acuerdo de esas tardes en que irrumpía en las fiestas de las familias de dinero, montado en mi alazán, gritando ¡Vivan los Bolcheviques!, disparando mi treinta y ocho, corrían mujeres y niños a esconderse en las cocinas, mientras que los hombres intentaban con gritos y señas desde abajo de los manteles de las mesas que dejara de hacer barbaridades; ahora, a pesar de su coraje y desasosiego, ríe mientras se limpia el sudor con el pañuelo blanco, don Carlos lo ve con recelo, se rasca la cabeza: Mire amigo, nosotros no le hemos traicionado, fueron las circunstancias las que decidieron, déjeme explicarle con calma y verá que teníamos que hacerlo así; responde Vidal inseguro de convencer al viejo, quien recuerda a Pompeyo Cárdenas, su compañero de lucha, él llegó de Tuxtla Chico, juntos formaron el Sindicato de Obreros y Campesinos del Soconusco, y se afiliaron a la CROM, parecía que las cosas se compondrían, la gente les apoyaba de verdad, poco a poco entendieron la necesidad de unirse contra los caciques; desde su silla giratoria don Carlos Vidal arremete: Ustedes no cooperaron, son demasiado radicales, los mismos plantadores, que daban tierras y fuentes de empleo a la gente dijeron que ustedes perseguían objetivos perniciosos para la sociedad, y lo que colmó la situación fue esa ma-

la idea de extender credenciales a la indiada, según para protegerse de los enganchadores, capataces y funcionarios, ya no querían respetar ninguna autoridad, y bueno don Ricardo, debe reconocer que la táctica no era la mejor; Carlos Vidal se levanta de la silla, abre la vitrina junto a un librero casi vacío, saca una botella de ron y dos vasitos: Y lo peor fue enfrentar a los productores, justo dos semanas antes de levantar la cosecha de café; sirve los chorros de licor y tapa la botella con movimientos mecánicos, acerca un vasito a don Ricardo que lo escucha con atención y enojo, Vidal bebe un sorbo y vuelve a sentarse: Luego salieron con su convocatoria a huelga, ¿cuándo se había escuchado huelga en estas tierras?, ¡Jamás!, movilizaron a cinco mil hombres, eso tensó la situación tanto que lo demás fue inevitable; don Ricardo se contiene, bebe de un trago todo el ron, contesta con firmeza: No señor, los caciques no nos dejaron opciones, eran las únicas formas de hacerles frente, nuestro movimiento fue totalmente pacífico, sin armas, únicamente con la movilización se podría lograr el cumplimiento de nuestras demandas, que no está por demás decirlo, nos correspondían por ley; mientras habla revive en su pensamiento aquel trágico día, sus ojos vencidos por la tristeza voltean al lado siniestro de la vida, desde la lejanía del cielo azul espera la trasmi-

gración de las horas, revive el cansado paso de sus compañeros, cuerpos maltrechos al filo de la desdicha, con su andar de río metido en los huesos, y su respiración de mar embravecido, porque la muchedumbre se arremolina como ola desgastada por el hambre, se sientan en las bancas de cemento, en el suelo ardiente, sucio y empolvado, bajo los raquíticos árboles de jardines sin jardín, reunidos en el parque de Motozintla, frente a la sede del Partido Socialista Chiapaneco, cinco mil hombres y mujeres dispersos en la eterna espera de la justicia. El ruido ronco de un motor les llama la atención, voltean hacia la calle polvorienta de la Presidencia Municipal, un coche avanza entre estertores y fuertes tronidos de la caja de velocidades, el balanceo es tal que los cuatro ocupantes parecen muñecos de trapo; al volante, con su inseparable chaleco de pana, a pesar del sofocante calor, Ludovico, capataz de una de las fincas, a su lado el patrón don Luis Constantino, su regordete cuerpo ocupa todo el sillón, fuma un gran habano, su pierna derecha se apoya en el estribo de latón, en el asiento de atrás don Ceferino, dueño de la finca cafetalera más importante, su cuerpecito apenas se identifica enfundado en un traje azul rey, y el sombrero de fieltro negro, los enormes lentes de sol le cubren casi todo el rostro, junto a él su capataz el Tuerto

Medina, hombre duro y despiadado, famoso por tener una colección de orejas cortadas a indígenas, el carro se detiene frente a la puerta de hierro del edificio rosado, deja escapar una densa nube de humo apestoso a gasolina quemada, ante la mirada rencorosa de la masa, los hombres bajan estirando brazos y piernas, con desprecio observan a la muchedumbre, el Tuerto Medina escupe un gargajo bilioso, ve con toda la visión de su único ojo, penetra con su odio a los jornaleros que lo conocen de sobra, orgulloso y amenazante muestra su rifle recién pulido, los patrones entran a las oficinas, el largo corredor de baldosas azules se refresca con la sombra del techo de tejas, caminan apurados y decididos, el repiqueteo de las máquinas de escribir y el olor a papel los acompañan, Adelante señores; les invita una voz que sale de uno de los despachos, se detienen secándose el sudor con un pañuelo, el hombre detrás del escritorio de latón oxidado se levanta de la silla giratoria y los invita a sentarse, sobre la bandera nacional dentro de una vitrina alargada, la foto del presidente Álvaro Obregón, Buenas tardes señores; saluda el militar al entrar; Disculpen la tardanza pero ya saben, los caminos son un desastre; se quita la gorra y toma asiento en la última silla, los hombres discuten, ríen, pareciese que la huelga no les preocupa: Lo importante es

cómo carajos les damos en la madre; acostumbrados a los problemas con sus trabajadores: Ahora sí se aprovecharon; como nunca un paro de labores con demandas claras y puntuales: Pinches Socialistas, son ellos quienes meten el desorden, el conflicto tiene importancia por ser época de cosecha, sí fuera otro tiempo, ni quién se inte-rese en los muertos de hambre; un castigo ejemplar es la idea que ronda en los productores: Qué no quede ni un antecedente, por ello señor comandante, precisamos sus servicios para restablecer la paz social; una acción implacable, determinante y satisfactoria: Por dinero no paramos, aquí está un adelanto, después de la fiesta entregaremos el resto; el militar toma los fajos de dinero, cuenta uno a uno los billetes, sonríe satisfecho: No hay porqué preocuparse, en menos de lo que canta un gallo la cosa se arregla.

En punto de las tres de la tarde, cuando el sopor del intenso calor hace dormitar a los campesinos y la espera se convierte tedio, trescientos soldados acordonan el pequeño parque, el nerviosismo se apodera de la muchedumbre, las mujeres temerosas cubren a sus hijos con sus cuerpos, Yo, Bernal Díaz del Castillo dirijo la columna principal; los hombres se reúnen en pequeños grupos, temen,

tratan de calmarse mutuamente, Avanzamos decididos en la tarea pacificadora; un jornalero corre hacia la sede del Partido Socialista, a su paso escucha gritos de desesperación, Al estar seguro de tenerlos cercados, alzo mi espada y ordeno el ataque; las primeras ráfagas provocan confusión y pánico, la gente grita confundida, los tordos vuelan en la estridencia de sus silbidos, los hombres se atropellan para escapar de la muerte, pero es inútil, inútil las piernas acostumbradas a surcar veredas y vados, inútil la sangre inyectada en historia, inútil correr mientras sus compañeros caen muertos, inútil la lluvia de sus huesos, las calles soñadas, el páramo de muerte no reconoce más nostalgia que la tarde, inútil el cuerpo de la madre cubriendo al niño que llora, crisálida de hambre, Arremetemos contra los salvajes, el acero de la espada regresa de la piedra dormida, impedir la voz de la desdicha, voz enjaulada en su propio terror, voz que se encarcela, voz tortura, voz moco y vómito de calabozo, voz mazmorra, bartolina de intenciones; algunos tratan de subir a los árboles, otros quieren refugiarse en las oficinas del Partido, se aplastan jalándose, unos a otros encuentran la bala que les parte el cráneo, el terror, Camino aprisa, mis botas de tiro alto se llenan de polvo y sangre, salto sobre los cuerpos destripados, un joven indio trata de empujarme, el

muy perro alarga sus morenos brazos, de un tirón lo atraigo, queda de espaldas junto a mi, con todas mis fuerzas lo pego a mi cuerpo, cruzando mi brazo izquierdo en su pequeño pecho de niño asustado, mi daga le corta el cuello, rasga la carne sudorosa, sangre manando de la sangre, suelta un quejido sordo, sus asquerosas uñas se clavan en mis brazos, encajo el filo del arma hasta quedarme con su cabeza palpitante en la mano derecha, ¡Vamos soldados!, debemos recuperar la paz; tras un árbol seco han atrapado a uno de los líderes, una mujer llora a gritos sobre el cadáver de su hijo, el anciano frente al kiosco busca su vida, atan al hombre de pies y manos, Nos acercamos entre charcos de sangre, ¡Amárrenlo!, grita alguien entre la multitud, No puedo evitar el recuerdo del primer hombre que hice quemar vivo, arde mi cuerpo de placer, ¡un escarmiento!, mi deseo se cumple al instante; el hombre implora, su cuerpo se arquea tratando de liberarse; traen un galón de petróleo, Lo vacían sobre el delincuente que se mueve como poseído, un cabo le asesta un culatazo en plena jeta, sangre sale de su boca a borbotones, lo amarran al árbol, sin más enciendo el cerillo y lo arrojo, los chillidos, gritos y maldiciones del hombre provocan risas, carcajadas y aplausos, trata de soltarse cuando su cuerpo es tragado por las llamas, sus nervios con-

traen sus piernas, su columna vertebral se arquea con severa violencia, ¡Así debió ser siempre!, nunca el diálogo por el castigo ejemplar, Bernal Díaz del Castillo se aproxima con furia, golpea sus botas de cuero con el fuete, sus ojos se inyectan de sangre, el General voltea a su alrededor, el jacal le parece más oscuro, Ustedes rompieron las reglas, este reino es nuestro y vamos a recuperarlo, desgraciados; reclama mientras lo empuja con fuerza, camina despacio hacia la puerta del jacal, se detiene de golpe, baja la cabeza y mira el suelo de tierra, entre los dos hombres el silencio es molesto, perspicaz, Augusto intenta ponerse de pie; no quita los ojos del Soldado, en principio sabe que Del Castillo tiene razón; por su mente confundida pasan ideas que tratan de calmar a su férreo contrincante, es inútil, se le impone la esperanza de ser liberado por sus captores, ahora los aprecia como posibles aliados, le teme más al peso de la historia convertida voz; el cronista de la conquista resulta más incisivo y exacto en sus reclamos que los propios guerrilleros; tiene la certeza que el comando insurgente jamás le hará daño; el enemigo de su propia calaña siempre será más peligroso, son fuerzas contrapuestas pero de la misma naturaleza, se conocen, mentiras y justificaciones no caben entre ellos, son eslabones de la misma cadena de dominación, ellos sostuvie-

ron el poder de los finqueros, dividieron la tierra y las comunidades indígenas, bloquearon el acceso a las aguas, quemaron, mataron, despojaron, nada los detuvo en el arduo camino de su empeño.

Bernal suspira hondamente, Augusto siente escalofríos, impotente, no encuentra respuesta al caudal de preguntas confundiéndose en su agotado cerebro, escucha la triste llovizna mojando los árboles y su nostálgica presencia; duda, ahora su única verdad es la duda, quizá el tiempo lo carcome con agresiva lentitud, reducida eternidad al instante, comprende la resurrección en ese espacio temporal, quisiera escapar del líquido amniótico de las horas; pero sabe que está hecho de tiempo, le duele ver a Bernal Díaz del Castillo exigiéndole cuentas; con la voz entrecortada, tímido, trata de hilvanar una idea que lo exculpe: Mire, Capitán el estado ha requerido transformación, México comenzó a cambiar y nosotros no podíamos quedarnos rezagados; Bernal voltea encolerizado: ¡Mierda!, eso no es más que mierda, la revolución fue un espejismo en Chiapas, ¿se acuerda de Jesús Agustín Castro?, sí, ese que ¡cuatro años después de iniciada la revolucioncita!, les reclamó: "Chiapanecos cobardes, mientras el norte lucha ustedes disfrutan de la paz,

pero yo voy a enseñarles a sentir los efectos de la Revolución"; Lo dijo por que no perdía el tiempo en revueltas sin sentido, le importaba más la consolidación de su poder en el estado, ¡eso es visión de futuro!, no fueron sólo palabras, en otoño el general Jesús Agustín Castro y la división veintiuno de Durango con mil doscientos oficiales y soldados arribaban a Tuxtla Gutiérrez; dígame generalito ¿qué hicieron sus paisanos?, ¿integrarse a la lucha revolucionaria?, claro que no, carajos, no eran tan brutos; comenzó la lucha entre los grupos de poder, a nadie le interesaba la revolución, sino conservar la riqueza, y ahí veo la heroica participación de los cristobalenses que desde mil novecientos once lucharon para recuperar su esplendoroso pasado; sí, es cierto, se armaron y guerrearon; pero por la defensa de lo que les pertenecía, y su pensamiento de grandeza se ve en las diferencias, los anticonstitucionalistas como los constitucionalistas detestaban el centralismo; pues sus miras eran genuinamente localistas y en contra de la expansión del Estado central; velaban por sus tierras y sus dominios, no ver más allá de lo que te pertenece te permite cuidarlo y aumentarlo de manera inteligente, pueden jactarse de tener insurgentes conservadores; Bernal ríe con sarcasmo, se mesa la barba con la mano derecha, mueve la cabeza negando

con firmeza, observa al general encogerse de hombros, ¿Sabe cuántos años tenía el general Castro?, veintisiete, y su encomienda era nada más y nada menos que transformar Chiapas, ¿Dónde están sus hijos generalito?, ¿Dirigiendo algún ejército?, ¿Planeando alguna invasión?, ¿salvando el alma del dinero?, ¡perros mal nacidos!, ahora dejan el trabajo importante a los capataces y segundones, por eso cuando los hijos de los hombres de razón llegan a dirigir la vida de las fincas les tiemblan las rodillas hasta para matar un pollo, usted salió de su rancho a los trece años, y mire cómo lo tienen ahora sus propios indios.

Bernal mira la llama parpadeante de la vela y evoca ese catorce de septiembre de 1914; el día soleado en la plaza de Tuxtla, el parque recién barrido y los flamboyanes adornando el estrado donde en pocos minutos arribará Jesús Agustín Castro, decenas de sillas de madera ocupadas; muchos esperan de pie, a pesar del asfixiante calor la mayoría de los hombres visten trajes negros, y no es para menos, el joven general que en no más de dos semanas logró imponer el dominio constitucionalista hablará al pueblo, ha transcurrido media hora, los rostros muestran signos de franco aburrimiento; finalmente aparece la comitiva, al medio de ocho hombres elegantemente ataviados, el general Castro con su traje pulcramente planchado, su alto y espigado cuerpo le dan ese toque de distinción que tienen los hombres del norte, su sonrisa cautiva a los asistentes, incluso quienes no lo quieren, que son la mayoría, disimulando el odio hacia él le devuelven la sonrisa y asienten con la cabeza, mientras se quitan los sombreros de fino fieltro, el general no espera más y sube a la pequeña tarima, se quita la gorra, saluda: Si ayer un gobierno déspota degeneraba a los hombres y los convertía en esclavos, hoy la Revolución los pondrá de pie y los convertirá en ciudadanos dignos, si los tiranos mantenían la ignorancia, la Revolución la destruirá para traer en su lugar a la instrucción; si los privilegiados robaban a los pobres, la Revolución les devolverá sus derechos...; los asistentes no creen lo que escuchan, aflojan sus corbatas con desgano, el sudor baja pegajoso por caras y papadas: Si había una justicia para el rico y otra para el pobre, la Revolución impondrá igualdad frente a la ley; el nerviosismo se apodera de todos, zopilotes cruzan el cielo azul, las mujeres se persignan al verlos como signos de mal agüero: Si los ambiciosos aprovechaban su poder para cometer fraudes y crímenes, la Revolución velará porque los funcionarios se elijan mediante el

voto popular. Las miradas guardan terror, ese hombre ha enumerado los puntos más importantes para su sobrevivencia como clase dominante, les queda claro que terminar con todo aquello es terminar con ellos, aún siendo simpatizantes constitucionalistas por conveniencia; al medio de los poderosos está Bernal Díaz del Castillo, escucha con una sonrisa en el rostro empapado de sudor, el casco reluce con los rayos del sol, su espada tendida a lo largo de sus piernas, ¡Este generalito debe ser eliminado cuanto antes!, sus ideas nos causarán el peor de los daños jamás ocurrido en estas tierras; les grita agitado, los hombres escuchan su potente voz, confundiéndola con su conciencia, en primera fila, junto a una señora muy gorda que cabecea adormilada, está sentado el hacendado y exrural Tiburcio Fernández Ruiz, fuma un cigarro con gran calma, Díaz del Castillo se le acerca, le habla con voz muy lenta, ¿Cómo vez Tiburcio?, este señorito no está jugando, y en los próximos días comenzará a hacer del estado su propio dominio, nosotros somos de aquí, nos ha costado someter a tanto indio, Tiburcio expele una bocanada de humo, se pone de pie, retirándose con una idea fija en la mente.

Sentado en una butaca de cuero curtido, bajo la fresca sombra del árbol de mango, Tiburcio Fernández dormita, el sudor escurre por su rostro, No te da vergüenza Tiburcio; le impreca Bernal apoyando el brazo derecho en una viga del gallinero: Deberías meterte aquí, con las gallinitas; le dice con una risa burlona: ¿No te enteras de las cosas?, ese generalito Castro empezó la fiesta, ya mató a varios de los tuyos o ¿se te olvidó que fuiste rural?, ¿no te dijeron que fusiló en octubre a Arturo Paramiro? Y a Jacinto Pérez, aquel cacique chamula de la revuelta de mil novecientos once lo ejecutó a petición de las autoridades militares de San Cristóbal, ¿qué esperas para actuar?, el ejército constitucionalista quema haciendas, roba gallinas, ganado y cosechas, se lleva a las mujeres para deshonrarlas en las montañas, entra a las iglesias para robarse las cosas de valor y destruir los altares; lo peor, el tal Castro viaja a las comunidades y dice que su gobierno es amigo de los indios, escuchaste bien ¡amigo de los indios!, y enemigo de los explotadores ladinos, es una ofensa que no podemos permitirle a ese salvaje; en Oxchuc él mismo repartió una hacienda.

Augusto escucha con impaciencia, ansía el regreso de Moisés para conjurar al espectro, tiembla de cuerpo entero, se siente tremendamente cansado y confundido; Bernal camina despacio, jala

una silla y se sienta: Pero la suerte siempre está con nosotros, y las cosas cambiaron en el centro del país, después los infelices revolucionarios lograron reunirse en Aguascalientes, y como siempre, en ventaja para nuestras huestes, los muy idiotas no consiguieron ponerse de acuerdo, Pancho Villa reconoció la autoridad de la Convención; pero Carranza no, porque ya sabemos que cada uno busca sus propios intereses, como los manipuladores de estos indios que te tienen preso; a finales del mes Carranza huyó de la ciudad de México para Veracruz, y al terminar el año la suerte era totalmente nuestra, y el barbas de chivo estaba muerto.

En el ir y venir convencí a Tiburcio, animé a cuarenta hombres justo el dos de diciembre; y en Chiapa, para que más les doliera, la guerra contra los 'filibusteros carrancistas' había comenzado, ahí va caminando a paso firme Tiburcio Fernández, atraviesa el pequeño patio de la casa solariega donde nos reunimos los contrarrevolucionarios, animado por sus hombres sube a una de las sillas y con voz potente y decidida nos dice: En vista de los actos de vandalismo que han victimado a la familia chiapaneca cometidos por el odioso grupo armado que ha invadido el territorio chiapaneco; la gente escucha feliz por tomar las armas contra los enemigos de los hacendados: Sin otro objetivo que

el de destruir nuestras instituciones políticas, terminar con nuestra soberanía y quedarse dueños de nuestras vidas y haciendas esparciendo por todas partes la infelicidad y la miseria y atacando la más sagrada posesión del hombre, su hogar; sus palabras provocan aplausos acompañados de gritos y vivas. Bernal mira al general, ¡Escucha!, es el mismo discurso que enfrenta a tus captores zapatistas; uno más de sus errores. Tiburcio encabezó ese ejército, llegaban tan hambrientos a los pueblos que comían el maíz crudo, la gente los apodó "los mapaches", poco a poco se sumaron más terratenientes, ¡ellos sí sabían defender su propiedad!

Fueron los hacendados jefes de sus tropas, supieron reunir a rancheros, capataces, vaqueros, ex soldados y rurales, a todos los guardianes de los terratenientes. Fue un verdadero festín la toma de Villaflores el catorce de diciembre de mil novecientos catorce, nos apoderamos de los trenes panamericanos, sumando a nuestro paso gente y más gente, Ángel María Pérez, José Domingo Pérez y demás ganaderos del Soconusco, dos mil hombres en Tapachula por nuestra causa, y después, mi señor Castillejos, vino Manuel Pineda en defensa de

los caciques: hombres de verdad, peleaban por lo suyo, aquilataban el poder.

Con la mano izquierda acaricia su tupida barba, ladea un poco la cabeza y mira el techo de paja del jacal, después de su agitado discurso piensa sin prestar atención al General, entrecierra los ojos como si eso lo ayudará a recordar con mayor nitidez: Mire Castillejos, siempre me guié por el afán del oro, salí de mi provincia con menos de veinte años, allá por mil quinientos catorce, con Pedro Arias de Ávila; de muy pequeño me enamoró la idea de viajar por el mundo y descubrir territorios, ser un gran señor, un rey respetado y querido. Me veo en los espléndidos días de mi niñez, correteando por las callejas de Medina del Campo, robándome frutas en los mercadillos, y las inolvidables tardes cuando el sol raya las lejanas montañas, y por el viejo camino de tierra llegan las coloridas caravanas de mercaderes, trayéndonos sorpresas: mapas, espadillas de metal, carabelas de juguete; los niños corremos para ayudar a montar las carpas de la feria; las historias que me contaban los viejos comerciantes despertaron en mi la necesidad de conquistar; la mirada de Bernal se torna triste, una leve sonrisa se dibuja en sus labios: Después me infecté de aventuras leyendo novelas de caballería; pero sabe, un escritor me influyó de verdad, al

grado de sentirme cada uno de sus personajes, debo reconocer que en muchas de las batallas en las que combatí, por mi mente pasaban los episodios completos de su novela, y eso me impulsaba a seguir luchando, poniendo coraje para derrotar al enemigo, le hablo de mi paisano Garci-Ordóñez, el gran Amadís de Gaula; Díaz del Castillo no disimula la lágrima que resbala por su mejilla derecha hasta perderse en su barba: Siempre creí, y estoy convencido: nuestra labor de conquistadores es una oportunidad de Dios para demostrarle lo mucho que amábamos España, además de procurar con ello la salvación de las almas de millones de salvajes; nosotros los pacificamos, les enseñamos a trabajar la tierra y las minas, la conquista es un acto divino y me enorgullezco de haber sido pieza fundamental en tal empresa, era menester erradicar las costumbres demoníacas de los indios; por eso me duele escuchar a los barbajanes que reclaman respeto por los usos y costumbres de los aborígenes, ¡jamás permitiremos tales estupideces!; levanta su espada, aprieta los dientes y el rostro se le inyecta de ira: Y sí, lo hice por riqueza, no me importaron las pestes que mataban a mis compañeros, ni las tortuosas noches en Nombre de Dios donde vi y sufrí los peores males tropicales, combatí bajo las órdenes de Cortés y ¡jamás!, ¡jamás desistí en mi

empeño! Durante el cerco de México demostré mi valentía con sobrado ejemplo, se me ordenó ir con Pedro de Alvarado, nombrado Capitán de los de a caballo; se nos unieron ocho mil tlaxcaltecas, don Pedro nos instruyó dirigirnos hacia la ciudad de Tacuba para ponerle sitio; un hombre nos previene enérgicamente que llevemos papahigos, gorjales y antiparras, pues ellos habían sido confrontados con una tremenda lluvia de piedras, flechas, lanzas y espadas de dos manos; después de varios días de dormir en pueblos pequeños, llegamos las dos capitanías a una aldea despoblada, pues los mexicanos escaparon al enterarse de nuestro arribo; al amanecer, con los primeros destellos del alba, acompañados del gorjeo de los pájaros y el aire fresco de los volcanes, emprendimos nuevo camino, pasamos por al pueblo de Gualtitán donde dormimos, así fue en Tenayuca y Escapuzalco; finalmente a horas del atardecer con el terrible cansancio de montar en los caballos y la tensión de encontrarnos en cualquier vereda a nuestros enemigos, llegamos a Tacuba.

El capitán Pedro de Alvarado ordena nos aposentemos en las grandes casas, para felicidad nuestra también están despobladas, cada uno toma la morada que prefiere, las más cómodas para nosotros y las otras un poco más pequeñas para los

tlaxcaltecas que al parecer no han resentido tanto el ajetreo de la jornada, aún tienen fuerzas para ir a traer alimentos para todos, mientras nos refrescamos con agua y relajamos los músculos; nos sentamos a comer, unos formando pequeños grupos, otros más necesitados de sueño duermen en las estancias tranquilas, las llamas de las velas llenan de sombras los corredores; he bebido un poco de agua y comido algo de pan, me alejo del grupo de soldados; miro el cielo estrellado y la palidez de la luna apenas perceptible, escucho el canto de los grillos como tiempo detenido en estas montañas, siento algo de frío y el miedo me aumenta al oír los horribles gritos que vienen del otro lado de la laguna, nos insultan, dicen que no somos hombres para salir a pelear con ellos, me dan ganas de dirigir el ataque ahora mismo, hacer a un lado a Pedro de Alvarado, no debemos permitir que nos vean a los ojos siquiera; se acerca al General con pasos firmes: Tenemos mejores armas, somos diestros guerreros y Dios nos ayuda; el viejo suda copiosamente, lo observa con terror: Me lastiman sus chillidos de burla hasta los huesos, tiemblo de rabia e impotencia, a lo lejos logro ver canoas llenas de salvajes, más allá sus calzadas repletas de guerreros; el General grita de impotencia: Ayuda, alguien que me hable para alejar este fantasma; Bernal voltea enfu-

recido: Calla, desgraciado, por mi atacábamos ahora mismo; el anciano contrae el cuerpo, le tiemblan las manos: ¡Por favor, Moisés no me dejes solo, regresa, me volveré loco!; Díaz del Castillo arremete: Pero la encomienda es salir muy temprano después de la misa del Padre Juan Díaz, y luego ir a quebrarles los caños del agua en Chapultepec; Castillejos traga saliva, sus ojos se enrojecen, jadea descontrolado: ¡Necesito paz, Moisés quiero un poco de paz!

Sabes Castillejos; dice Bernal como si regresara de un largo viaje: Todo eso lo soporté por Dios, por los Reyes y también por mi amor al oro y por mi ambición de convertirme gran Señor; durante el sitio combatí en más de ochenta batallas, en esos noventa y tres días de verdadero infierno, siempre estuve herido; ¿me entiendes ahora? Escúchame, debes estar seguro que la labor de los verdaderos padres de esta patria no se escamotea de manera tan burda. Nosotros, hijos de la Corona de España, supimos levantar una nación entera. Por nuestras venas no circula sangre podrida de indios, nosotros somos los Señores de estas tierras. Nuestro arrojo ha descubierto continentes, mares y erradica ineptos. ¡Es tiempo de imponer el ritmo de lo eterno en

cada tarea! Dime, general, no te deprime ver cómo la victoria devora a los victoriosos, dime pequeño hombrecito ¿de qué lado sangras? Nosotros guerreamos mucho para someter a los indios, y ustedes les están devolviendo ese poder. Les faltó mano dura, hasta tus antepasados Castillejos supieron hacer mejor las cosas, ahí mismo en Comitán donde tienes tus dominios, hicimos el reinado de los despojos y la riqueza. Con toda la naturaleza a su merced, los densos bosques, la selva alta de los llanos occidentales, las amplias planicies del triángulo sur, bañadas por el río Grijalva, las cañadas y la hermosa selva Lacandona. Dios y los hombres valientes nos dieron esa encrucijada divina, con sus caminos reales hacia Guatemala y los Altos; sólo bastó nuestro arrojo para pacificar a los indios y hacer producir la tierra, amos y señores del maíz, trigo, caña de azúcar, algodón, sal, ganado, ¡qué más podíamos pedir!, ustedes no han podido ganar la guerra contra un pequeño grupo de indios, cuando nosotros tuvimos que enfrentar a cabiles, tseltales, lacandones, mames y hasta jacaltecos; los empujamos a las colinas secas y las intrincadas montañas para apoderarnos de sus tierras; nadie podía detenernos en nuestra misión. Los dominicos se atrevieron contra nuestras propiedades, con sus capellanías y demás trampas religiosas; con

mentiras despojaban y gozaban de la mano de obra de los aborígenes, así corría el año de mil quinientos ochenta y uno, los naturales de Comitán se quejaron de sus doctrineros, con Juan de Mesa, teniente de alcalde mayor de la provincia; en el pequeño despacho apenas caben los ocho indios y el alcalde sentado frente a la mesa de madera, el calor es insoportable con la aglomeración, la fetidez agria del sudor provoca náuseas, uno de los salvajes habla con voz firme: Ya no queremos seguir así, los padrecitos nos pidieron unos terrenitos donde tenemos ganado mayor y menor, y pues se los dimos por respeto a los señores; pero ya que les firmamos la donación, nos exigieron cuarenta hombres para servicio diario, y mire usted la injusticia, sin pagarnos ni un ducado, y ya llevamos dos años y medio con el problema. Bernal grita levantando los brazos, ¿sabes qué hicieron los curitas, Augusto?, por la tarde llegó al pueblo, acompañado de un séquito de monaguillos y mujeres el provincial de la Orden, fray Alonso de Noreña, su escuálido cuerpo parecía impostado a su rostro implacable, duro y decidido, entra al templo con gran autoridad, a su paso salen los curas que le sonríen nerviosos y tratan de darle la bienvenida, él sigue su camino sin escucharlos, de pronto se detiene en el recibimiento de la capilla, con mirada inquisitiva

recorre la estancia, ve con desprecio las paredes recién encaladas, el gran cristo que cuelga del lado derecho, el librero casi vacío y el escritorio apolillado: Necesito que se reúna en este preciso momento a todo el cabildo de salvajes, avisen a los caciques y principales, vamos a mostrarles que también sabemos regresar las agresiones contra nuestro sagrado trabajo pastoral; apenas termina de hablar y los asistentes abandonan la estancia. Sin mediar más que dos horas, el pequeño despacho está repleto de indios, fray Alonso les riñe enfáticamente, manotea rabioso: Cómo se atrevieron a jurar contra nosotros que hemos llevado la palabra del señor Todopoderoso a sus corazones, nosotros los que les dimos bien morir a sus difuntos, nosotros los padres verdaderos de sus hijos; se levanta de la silla, con los ojos inyectados de sangre mira un documento sobre la mesa, lo toma con la mano temblorosa y decidido lo acerca a la llama de la vela: Tomen sus tierras y sus animales; el papel arde y lo arroja al suelo bajo la atónita mirada de los presentes: Ahí está el acta de donación. Desde mañana nos vamos de este convento, busquen quien los confiese.

Bernal del Castillo arremete: Ellos manipulaban almas y creencias, en eso nos aventajaban, y mira que se hicieron ricos, hasta cuando tuvimos el

levantamiento de los tseltales en mil setecientos doce, nos donaron cincuenta y cuatro esclavos negros para aplastar a los rebeldes, además de acompañar su colaboración con ciento cuarenta reses y otro tanto de caballos de sus estancias. Pero perdieron su poderío gracias a nuestro esfuerzo y tenacidad, así las autoridades nos fueron dando posibilidades de fortalecer la riqueza; fuimos los hacendados quienes nos beneficiamos con las cláusulas de la ley de desamortizaciones que quitaron las tierras a los clérigos, ¡ganábamos la batalla!, y ¿sabes generalito quiénes se aprovecharon?, tus antepasados, esos hombres que no has sabido emular, las familias Castillejos y Domínguez, nadie como ellas para valerse de las leyes y hacerse de tierras y aguas; mientras el Congreso estatal discutía si debían declararse o no los ejidos, los hacendados nos armamos para arrebatarnos las tierras de los indios, así hicieron tus abuelos y tíos abuelos, Amado, Abel e Isidro Castillejos; y la maniobra más espectacular fue cuando otro de tus familiares, Vicente Domínguez exigió para sí la finca Yaxhá, ¡con todo y los tojolabales que la habitaban! El propio gobernador Pantaleón Domínguez enfrentó a los tojolabales para quitarles Santa Bárbara Bajucub.

Esa es la historia de nuestro esplendor, teníamos tantas gentes trabajando en las fincas que su número de habitantes sólo se comparaba al de las cabeceras municipales, ¡pueblos completos a nuestro servicio! Desde nuestra llegada impusimos el ritmo del progreso y la civilización, por eso Pedro de Alvarado cuando fue gobernador esclavizó a centenares de salvajes como pudo, encerraba a las mujeres en corrales para obligarlas a hilar algodón y tejer, alquilábamos naturales en haciendas, en las labores del campo se retenían salarios, las deudas eran hereditarias, ¡esclavos eternos! Los hombres del poder siempre hemos sabido lo que queremos, luchamos y seguiremos peleando por lo que nos pertenece, esta no es tierra de nadie, es de nosotros los señores del dominio; ustedes General, no supieron adelantarse al vertiginoso paso de la historia, no tienen más visión que sus monocultivos y su bonachonería de mierda; tus antepasados fueron maestros en el arte de caminar un paso delante del tiempo; cuando estalló la dizque revolución en el estado, ¿sabes dónde se reunieron los caciques de Comitán?, ¡en El Retiro!, sí, una finca de los Castillejos, ahí se encontraron Hernán Castillejos, Alberto Cristiani y Manuel Rovelo, discutieron su incorporación al grupo contrarrevolucionario de los Mapachistas, demostraron inteligencia, pues cinco

años más tardes ganaban la batalla, logrando retardar los cambios agrarios en Chiapas.

El jacal donde están Bernal Díaz del Castillo y el General parece distante y borroso, ambos se miran fijamente a los ojos, no saben qué decirse, ninguno alcanza a ver el fantasma de la desdicha al paso de sus miradas, es lenta la marcha de las horas, el silencio de afuera parece anunciar que la selva levantará el vuelo y se perderá en la nada; los dos hombres siguen ahí, tratando de despertar el cielo de lo eterno, la noche se marchita abandonada al infortunio, la triste noche que sale de sus corazones, inundando las penosas veredas del insomnio; están solos de ellos mismos y eso les duele aún más.

La puerta se abre de pronto, entra la frescura del aire, la titubeante flama de la vela parece saltar de la palmatoria, las sombras se alargan y juntan en los rincones, un reconfortante perfume de flores impregna el lugar, el General abre los ojos desmesuradamente, jadea cansado, levanta las manos para decir algo, pero las palabras se le quedan en la boca reseca, Aquí le traigo un buen cafecito y un poco de te de zacate, dice Moisés mientras pone las jarras de peltre sobre la mesa, ¿Cómo se siente?,

lo veo muy mal, quizá tenga calentura, pero ahorita se pondrá bien; deja el M-16 sobre la silla, sirve un chorro humeante de café, le ofrece el te, se acerca con calma, el anciano lo mira agradecido, toma el vaso con ambas manos, cierra los párpados, el Mayor pone la palma de su mano derecha sobre la frente: Sí, tiene fiebre, con razón se ve muy pálido, sólo tardé quince minutos en lo que me informaban de la situación de los compas; camina hacia la mesa, aparta el arma y se sienta; ¿Qué ha pasado?, ¿Cómo van las cosas?, pregunta el General con voz ausente, impersonal, Moisés responde con orgullo: La verdad muy bien, finalmente logramos contactar a los compañeros y todo en orden, aunque la toma de Rancho Nuevo no se dio como lo teníamos planeado; el viejo lo observa con descreimiento: Cómo, ¿cayó el cuartel de la treintaiuna Zona Militar?, ¡eso es terrible!; grita encolerizado. No, le digo que no salieron las cosas tal como se planearon, por la madrugada nuestras columnas salieron de San Cristóbal, unos se fueron hasta el CERESO y liberaron a los presos, sin matar a nadie y sin bajas de nuestro lado, dicen que los policías muertos del miedo corrieron a las oficinas, se quitaron los uniformes y salieron de civiles confundiéndose con los reos; pero nuestro séptimo Regimiento ya tenía cercado Rancho Nuevo, la compañera Ana María

demostró su gran capacidad de dirección para la guerra, la verdad, ese fue nuestro primer combate contra los sardos; el Mayor habla con emoción, orgulloso de sus camaradas: ¡Maldición!, arremete el General, ¿Cómo es posible?, ¿y el ejército?, ¿se quedaron con los brazos cruzados?; Moisés contesta mientras bebe un sorbo de café: No, el 83° batallón de infantería dio mucha batalla, además parece que Ocosingo ya se tomó, Moisés enumera los acontecimientos, orgulloso tiene absoluta confianza, su lucha triunfará, pierde la mirada en la parpadeante llama de la vela, mientras el General masculla palabras inteligibles, la palidez de su rostro le provoca un semblante cadavérico, muerde la comisura de sus labios, un intenso mareo lo hace mover la cabeza con cierta violencia, su debilitado cuerpo se empapa de sudor frío, Sí Generalito, escucha la voz distante de Bernal, Usted es un paria de la guerra, una tristeza para los hombres de armas, dígame ¿en cuántas batallas participó?, ¿Cuántas campañas dirigió?, ¡siempre como soldado de membrete!, un cobarde protegido por las insignias de la corrupción, generalito de salón con el coñac bien servido, ese es el ejército al que perteneces, jamás podrán enfrentarse en una verdadera guerra porque son ineptos, dime, ¿cuántas heridas tienes en el cuerpo de señorito?, las únicas heridas que

llevas son las del ego, tus condecoraciones son tan vacías como tu honor de general, ¿crees que dirigir una escuelita militar te convertiría en soldado?, sus colegios militares son el recinto de la ausencia, es ahí donde el joven soldadito aprende a asesinar pobres, indefensos muertos de hambre, mírense ahora, una horda de gavilleros los tienen cagados de terror, nunca tuvieron un adversario verdadero, matar indios y dirigir fincas no es lo mismo que batirse con la muerte en el campo de batalla, yo vine por oro y poder, cabalgué al sur en busca de la riqueza de los mixtecas; esperé con inteligencia las órdenes de los altos mandos, siempre entendí mi cometido y mis posibles futuros; el tiempo me trajo sabiduría, el año mil quinientos veintidós el mismo Cortés me encomendó los pueblos de Tlapa y Potonchan, yo, Bernal Díaz del Castillo amo de las dos mejores provincias de Cimatlán; apenas un poco de cuanto verdaderamente merecía, fui perseverante, escondí mi codicia y sed de riquezas en el trabajo diario, supervisé cada tarea, conté el cacao y el maíz, las gallinas y los guajolotes, impartí con mano dura el estandarte justiciero, y el Señor, benigno, regresó por mí, premiándome al año con la encomienda del pueblo de Chamula, con más de cuatrocientas casas; gracias a mi carácter y mi decidido arrojo de hombre de armas, yo luché hombro

a hombro con Luis Marín en la pacificación de estos pueblos; Augusto traga saliva, su pastosa lengua le causa náuseas, con dificultad logra ver la sombra del Soldado español caminando por el jacal, Recuerdo esos días de pena y muerte cuando desde Chiapa mandamos a llamar a los indios de Zinacantán, después del triunfo en aquellos sitios la decisión fue seguir en la tarea encomendada; noticias habíamos tenido de que los pobladores de aquel lugar se dedicaban al comercio y tenían guerra declarada contra los chamulas, por ello les pedimos doscientos indios que sin mediar problema mandaron para cargar nuestro fardaje; con los primeros rayos del amanecer salimos rumbo a Zinacantán, cabalgamos por escarpados caminos, bajo la sombra de coníferas, el intenso azul del cielo hace menos penoso el trajín del viaje; entrada la tarde, al cubrirse las montañas de noche y estrellas, llegamos hasta unas salinas donde los naturales nos preparan tortillas calientes y carne de venado, la tropa se acomoda en las pequeñas casas, a la luz de la luna dormimos con la esperanza de que el mensajero enviado a Chamula traiga buenas nuevas. El frío de la madrugada nos despierta, la vista es una de las más hermosas en toda la campaña, las montañas se levantan con un verdor encendido y la espesa niebla desciende lentamente; veredas y caminos brotan de la espesura de los matorrales como si reinventaran el principio del día, parvadas de loros nos invitan a seguir la travesía; después de varias horas de accidentados caminos, a medio día llegamos a Zinacantán, luego de descansar nuestros cuerpos y la cabalgadura, el cura nos reúne al centro del patio de una de las casas de los principales, poco a poco los soldados forman un círculo, bajo la ceiba el sacerdote se prepara para agradecer a Dios su resguardo en nuestra empresa y encomendarnos a su Divina Protección; minutos antes el mensajero llegó de Chamula con la mala noticia de que aquellos indios no dejarían entrar a nuestros hombres en su territorio; la voz del cura es ahora más fuerte, Luis Marín se levanta de la silla y camina hacia la misa, voy junto a él y nos formamos en círculo, en silencio, con solemnidad escuchamos la Santa Pascua de Resurrección. Al terminar, el capitán Marín me manda llamar para pedir mi consejo y preparar la batalla, si fuera necesaria, contra el pueblo de Chamula.

Desde lo alto observo el territorio de Chamula, las altas montañas son un fuerte natural, los árboles se imponen, las veredas se pierden en la espesura del monte, a lo bajo vemos casas protegidas por una

fortaleza de piedras; el cansancio por las tres leguas recorridas es aún más pesado al vislumbrar un duro trabajo de guerra, la muralla es muy alta del lado por donde hemos acordado combatirles, las otras partes son igual o peor de accidentadas; el capitán Luis Marín estudia las posibilidades de la batalla, me mira fijamente a los ojos, como preguntando mi opinión, pico espuelas y me acerco a él, la tensión de nuestras huestes y el griterío de los salvajes tensan el ambiente, el gélido viento choca contra los rostros desesperados, Luis Marín levanta la voz, empuñando la espada hacia el cielo ordena y emprendemos el ataque, un nutrido grupo de zinacantecos y algunos de nuestros hombres se acercan a una distancia muy reducida; pero de pronto, desde los paredones, saltan los salvajes lanzándoles piedras, varas y flechas que al poco de algunos minutos hacen una alfombra sobre el lodo del suelo; son muchos los indios amigos heridos, y varios de nuestros soldados han caído de sus caballos, los demás nos acercamos, arremetiendo con la cabalgadura y disparando los arcabuces; los chamulas atacan con lanzas muy largas con puntas de pedernales que cortan más que nuestras espadas, las brazas se clavan en el pecho y en las caras de nuestros hombres, una piedra lanzada con una onda golpea de muerte uno de los caballos, el jinete cae al suelo,

el potro lo pisa con los cuartos traseros sangrándole el rostro, huele la pólvora, es el infierno, gritos, silbidos, alaridos y trompetillas mezclándose con los ruidos de atabales y el fúnebre ulular de los caracoles nos aterran, no dudamos ningún momento que los salvajes han pactado con los demonios de las montañas para hacernos frente; pero nuestros corazones y almas se han entregado a Dios desde que llegamos al nuevo mundo, Dios nos protege y cuida nuestro avance, Dios bendito de los Reyes Católicos, Dios Padre de los conquistadores, ¡Dios de los hombres civilizados! Me aproximo con grandes problemas a Luis Marín, mi caballo salta un tronco que nos lanzan, me acerco y le grito que los caballos son inútiles en la sierra, es mejor bajarnos al llano, además me han dicho que posiblemente seamos atacados por ese flanco por los de Quiaguiztlán, que se habían alzado; así lo entiende y sin esperar ordena retirada, algunos sangran del cuerpo, otros en la carrera van arrancándose flechas; al posicionarnos mandamos a la vanguardia para tirar saetas y hacemos fuego con escopetas, pero los grandes mamparos de la fortaleza resisten sin daño alguno; mientras que sus lanzas y piedras siguen causándonos bajas; Luis Marín ordena traer madera y tablas de un pueblo cercano, mientras tanto sacamos azadones y picos de hierro

y comenzamos a golpear la fortaleza, los zinacantecos traen azadones y picos de palo; un indio se me acerca jadeante y me informa que a una legua de ahí hay una entrada pero está bien protegida; nos acercamos a la muralla, una larga línea de hombres cavan con fuerza; de pronto nos dejan caer una mezcla de pez, resina ardiendo, agua y sangre muy caliente, los soldados gritan, se revuelcan tratando de calmar las dolorosas quemaduras, los chamulas gritan como endemoniados, ahora dejan caer lumbre y rescoldos, seguidos por una lluvia de piedras; pero nada nos detiene, seguimos haciendo portillos en su fortaleza, al ver esto los chamulas mandan poner sobre una almena a ocho de sus principales, bien cubiertos con pavesinas y talabarsones de madera. Luis Marín ordena detenernos, en medio de la confusión y el silencio esperamos la contraorden, un principal grita: Pues ¿qué desean?, ¿quieren oro?, entren que aquí tenemos mucho, otro principal le acerca un morral, éste lo toma con calma y nos arroja siete diademas y muchas cuentas y caracoles y ánades, para nuestra sorpresa todo de oro; algunos de nuestros hombres corren a recoger las prendas y sobre ellos cae la torrencial lluvia de flechas y varas. Se nos ha venido la noche, nos cuesta mucho ver en medio de la oscuridad, y no podemos doblegarlos, la desesperación hace presa

de todos, las primeras gotas de lluvia nos obligan a abandonar la batalla.

Luis Marín me ha consultado una vez más sobre el plan de ataque y hemos resuelto dormir para reponernos, mientras avisan a los que esperan en tierras llanas que no se separen de sus puestos y no se distraigan por nada, que tengan ensillados y enfrenados los caballos. La noche ha sido la continuación del infierno, junto al ruido sordo de las gotas de agua cayendo sobre los árboles, se unen el tañido de los atabales y las tediosas trompetillas de los indios chamulas que no han cesado de gritar y silbar, seguramente rinden culto al demonio.

Los primeros rayos de sol invitan al combate; algunos de nuestros hombres han hecho nuevas entradas en la fortaleza de los salvajes, el fervor de los chamulas es de verdaderos guerreros, defienden su territorio con tal arrojo que ya nos han herido a tres combatientes; los caballos se niegan a avanzar, los jinetes tienen que clavarles las espuelas con tal violencia que los sangran, la lluvia de piedras es insoportable, los hombres de a pie logran entrar por los boquetes de la fortaleza, jalo las riendas de mi caballo y cabalgo para apoyar a la retaguardia, de pronto siento un fuerte golpe en el costado derecho, con dificultad logro sujetarme a mi cabalga-

dura que avanza sin rumbo, el intenso dolor apoderándose de mi no me deja ver hacia dónde me dirijo, la vista se me nubla y veo hileras de árboles girando a mi alrededor, el dolor sube por la columna vertebral hasta llegar al cuello y siento dormida la pierna derecha, jadeando y con las manos temblorosas palpo con miedo mi armadura, el terror es mayor al tocar mi mano izquierda una lanza que atravesó mi costado, tiro de ella con tal fuerza que se rompe, vuelvo a jalar hasta arrancarla totalmente, sudor frío empapa mi cuerpo, por gracia de Dios y de los abundantes algodones de la pechera, sólo me procuraron una herida pequeña, giro el caballo a la izquierda y regreso a todo galope, a lo lejos la densa niebla bajando por el verdor de los cerros, una lluvia tupida cae sobre las imponentes montañas, los gritos han cesado; aprovechando este momento de confusión avanzo seguido de un compañero, sin ser vistos entramos por un portillo y nos encontramos con doscientos guerreros, quienes al vernos nos atacan con sus lanzas, presas del pánico retrocedemos pero los caballos están tan asustados que no obedecen, la abertura por donde entramos está cerrada, Atrás, atrás, grito enfurecido y sable en mano, al momento aparece un grupo de los nuestros, llamados por los zinacantecos que les dieron aviso, al sentirse superados los chamulas

huyen con la niebla, parecen diluirse en el aire para convertirse nube y volar hacia los montes; en eso llegan nuestro capitán y una columna muy nutrida de soldados nuestros, finalmente los dominamos, el pueblo está semidesértico, sólo quedan mujeres y niños, los hombres escaparon por caminos muy malos, algunos de los nuestros les dan alcance, pero Chamula ya es nuestra, ¡la tierra de los salvajes nos pertenece!

Después de brindar fidelidad a Dios y mi obediencia a Su Majestad, por mi sagacidad, carácter y decisión, fui premiado, dándome en encomienda el pueblo de Chamula, el mismísimo Luis Marín me dio la agradable noticia, me dijo con su tono muy serio y frunciendo un poco el entrecejo, que recibió un documento llegado de México, en el cual Cortés le ordenaba que me diera muy buena parte de lo conquistado, pues sabía de mi templanza y arrojo, por eso creyó bien a bien lo que mi capitán Luis Marín le contó que yo ¡Bernal Díaz del Castillo!, el gran soldado que dirigió la ofensiva en la toma del pueblo de Chamula, y fui también el primero en doblegar al enemigo, entrando por una abertura de la fortaleza al territorio enemigo, todos supieron de mi hazaña, en cada empresa de conquista los hom-

bres de la civilidad y el progreso dijeron mi nombre orgullosos de ser carne y sangre de un soldado como el mismo Bernal Díaz del Castillo, al blandir la espada contra la cabeza del enemigo, al cabalgar por las noches perdidos en la selva y surcados por la niebla, al construir las primeras iglesias y los templos, ¡Bernal! Doblan las campanas en el amanecer del nuevo mundo, ¡Bernal! En el tributo de los encomenderos, ¡Bernal! En el corazón de los hombres de guerra y temperamento, y ustedes, amigo Augusto, tenían el espíritu de los hombres de casta, los pobladores del reino de Dios; pero lo dejaron ir, perdieron la rosa de los vientos, se perdieron a ustedes mismos, soltaron la empuñadura de la espada para dormir la siesta y el implacable tiempo se coló a sus corazones, reconozco algunos de sus méritos, casi como nosotros derribaron fortalezas y vidas, controlaron las comunidades con alcohol y trabajos forzosos, les inyectaron el odio a su propia sangre y espíritu, los despojaron de sus tierras y sus más insignificantes deseos, usaron el espejo como la mejor arma contra el indio, verse indio, descubrirse indio, ser indigno de él mismo, persiguieron lacandones hasta matarlos, hacinarlos y humillarlos; domesticaron a los choles y tseltales obligándolos a trabajar en las fincas del Norte, de la Selva y el Soconusco, obligaron a los zoques a perderse en las más altas montañas para morir de su propia ausencia, y en el mismo Chamula dividieron al pueblo con magia y paganismo. No puedo negar esos aciertos, ustedes cumplían a cabalidad con la tarea, y sin embargo un mal día sus torpezas los condujeron a doblar las manos. Nos armamos de la espada y la cruz para caminar hacia los infiernos de los salvajes, detrás de cada iglesia edificada está la vida consumida de los indios, ¡ustedes profanaron las armas!, el lenguaje de la dominación lo convirtieron quejido de cobardes, no entendieron que nunca se debe bajar el puño, jamás suavizar el tormento, ¡aflojar las riendas es darlo todo!, la fuerza que impusimos debió seguir en la frialdad de la gruta, en los patios y cepos, quemando vivos a los alzados, cortar brazos y lenguas a la primera provocación, tortura en calabozos y mazmorras, construir separos, celdas, leyes como el código penal chiapaneco, donde se sanciona con más dureza el robo de una vaca que el asesinato, ¡esas son las glorias que debieron seguir!, ese es el futuro y la tierra prometida. Yo nunca dejé de luchar, siempre me hice presente en los actos más trascendentes de la historia, ahí otro error suyo: olvidaron que el poder y el control de las vidas de los indios es un hecho histórico, con resonancias futuras inimaginables; así se aplica nuestra justicia.

No me rendí frente a los enemigos o en pleno campo de guerra, y sobretodo no claudiqué en mi batalla contra los civiles imbéciles que no entendían, que no podían entender el grandioso aporte de un magnánimo soldado como ¡Bernal Díaz del Castillo!, por eso fui en mil quinientos veintisiete a exigirle al gobernador Marcos de Aguilar, me diese salvajes para la comarca de México, ahora ustedes piden, mendigan favores a los gobernantes y les profesan exagerados temores, y al año siguiente, justo el tres de abril, mis diligencias fueron cumplidas a cabalidad al dárseme en encomienda los pueblos de Gualpitan y Micapa, allá en la provincia de Cimatlán, y el pueblo de Papoloatan en la provincia de Centla, ustedes esperan que la tierra les caiga del cielo; me nombraron visitador de Coatzacoalcos y de Tabasco, mis certificados me avalan como el más grande conquistador del nuevo mundo, el más valiente e inteligente, todas mis batallas son reales, heridas y marcas de guerra surcan mi cuerpo, no como tú, generalito de pacotilla, ¿cuántas balas esconde tu cuerpo?, ¿cuántas noches de lluvia pasaste en la montaña?, nunca antes sentiste la muerte hasta que los indios te secuestraron, por eso te quedaste en casa, pensabas que la guerra verdadera era un invento de ustedes, los soldaditos de estiércol, no, mi nombre es recordado por todos

los hombres buenos de España y México, tuve que presentarme de luto en pleno Consejo de Indias para que sintieran mi dolor y angustia por los soldados españoles caídos en numerosas batallas, para que entendieran que los hombres valerosos debíamos ser premiados por nuestro arrojo y coraje, y en nombre de Su Majestad me dieron merecidamente dos cédulas, una dirigida a Pedro de Alvarado para que me otorgara la encomienda de indios de Guatemala, y la otra para Antonio de Mendoza, ordenándole darme algún corregimiento. A pesar de mis batallas y guerras, me negué a marcar a los naturales como bestias, y cuando recién llegamos a Cuba, Diego Velásquez nos prestaba un navío para partir a México, con la condición de capturar indios en islas vecinas, para venderlos como esclavos, yo, Bernal Díaz del Castillo me negué rotundamente; acepté de buena gana vivir dos decenios en Coatzacoalcos con doña Pancha, mujer que me diera el propio Moctezuma, y con quien procree dos hijos, Teresa y Diego; en unos de mis regresos a la Madre Patria, no dudé un momento de participar en la discusión entre Bartolomé y Sepúlveda, poniéndome de lado, claro está, de Sepúlveda. Tú te rendiste ante el obispo Samuel Ruiz, ese curita se te impuso. En muchas batallas tuve miedo, horror diría ahora, antes de entrar a batirme con los ene-

migos ponía por delante una lágrima de tristeza en el corazón, y orinaba una o dos veces, ahí frente al rostro escarlata de la muerte de obsidiana y dardos envenenados, de gritos y chillidos diabólicos aprendí que el hombre crece hasta el tamaño inmisericorde de sus temores, terror es el enemigo mayor, ¡el verdadero guerrero es aquel que sabe cómo lidiar con su miedo!, desde esos días le pido al Señor me mande el crudo y frío miedo a la muerte, porque sólo sintiendo la muerte puedo saberme vivo, con la sangre hirviendo en las venas de mi tiempo. Sí General, grita Bernal acercándose al anciano que jadea desesperado, trata de gritar pero le es imposible, frente a él Moisés dormita ajeno a la pesadilla de Augusto, Luchamos codo a codo, terror con terror aunados, cagados sobre los caballos, pero firmes en la histórica tarea, por eso no debes extrañarte que apenas a los tres años de haber partido de España yo tenía experiencia de conquistador indiano, aprendí los términos y las tortuosas costumbres de las huestes, formaba a los reclutas y organizaba expediciones, tú jamás emprendiste labores de guerra, te perdías por Europa con tu amante, mientras tus hombres mataban campesinos; aún me provocan risa los ataques que me hiciera el nefasto juez Villalobos levantando la voz, jactándose de su estupidez cuando dijo: Bernal

Díaz no es conquistador; ni le han dado por ese motivo indios; Infeliz, mil veces infeliz, no sólo soy un buen guerrero, sino uno de los más grandes hombres que vinieron a tierras nuevas. Bernal se levanta de la silla, camina cabizbajo, mira con desprecio a Castillejos que parece llorar en silencio, Bernal Díaz se le acerca jadeando por la emoción, el sudor le escurre por la frente, escupe con rencor cerca del General Castillejos, Así que lloras, carajo, llorar no sirve de nada, lo sabes mejor que nadie. Fallaron y punto, deben reconocer su error, ¿cuántas veces no te dijeron de los campos de entrenamiento de los rebeldes?, ¿Cuántos hombres de tus fincas se fueron de alzados y tu no hiciste nada?, ahora quien te apresa es uno de tus propios peones, ¿no te da vergüenza?, ¿no sientes el asco que siento por ti?, lo supieron siempre y dejaron crecer la peste, ahora tú mismo eres parte de la podredumbre, ¡bastardo de mierda!

Tercera parte

Las venas abiertas de Wolonchán

...Cuántos hemos matado este día
Cuánto hemos muerto en el hombre
Que acaba de morir
Cuánto dolor cabe en una bala
Cuántos de nosotros cabemos en un grito
Cuántos muertos faltan
Para llenar una lágrima
Un disparo nos mira Se burla de nosotros
"Aquellos
estos
esos
eran
pero ya no son nada"

Ulises Córdova

No encuentro un poco de paz mental; piensa el General; Por más que intento reanimarme siento la cercanía de mi tumba, un espeso olor a tierra mojada, ¿qué rostro tendrá el Cristo de mi muerte?, ¿bastarán tres clavos para sostenerme?, ¿tendré la misericordia de los árboles envejeciendo con mi cadáver? Sobre mi cae el peso de lo infinito, si por alguna rendija olvidada pudiese entrar el débil resplandor de la noche, un siniestro rayo de estrella es mi destino; calculo el tiempo y pienso en mi muerte, mientras afuera seguirá creciendo la hierba en su savia cósmica, ninguna guerra es suficiente para mi alma, soy sangre y espectro, ahora pequeño se me presenta la imagen difusa de mi padre, no era un militar, pero su espíritu estaba unido a los más altos designios, a los gritos de guerra, al trabajo sin cansancio, el relámpago de su mirada aún brilla en medio de la oscuridad. El anciano voltea hacia Moisés que dormita en su silla, el mundo de sombras cobijándolo lo hacen un ídolo de piedra, Qué soledad es más triste: la del victimario o la de la víctima; se pregunta Castillejos, Ninguna, las dos se hermanan en su desamparo; le responde la ausencia, más acá de la sangre y los sueños, aquí en este silencio inmóvil sólo habitan árboles perdidos.

Presa de la fiebre el viejo no logra saber cuántos días o semanas lleva encerrado, quiere sa-

ber qué ha ocurrido, cómo estarán sus ranchos, los pueblos y la gente, qué dicen los periódicos, ¿saben de su situación?, se la pasa en vilo con altas temperaturas y picoteado por zancudos, Ahora no me importa nadie, tan sólo mi propio fantasma; piensa con desánimo mientras un olor malsano impregna el jacal, cierra los ojos y contiene la respiración hasta que se le acaba el aliento, un escalofrío recorre su debilitado cuerpo, suspira a la vez que escudriña con atención meticulosa, como si cada cosa le revelara un misterio, su mirada lánguida se detiene en los ojos de Moisés que lo observa en el más callado de sus silencios, se reconocen como si hace muchos años no se vieran, ¿Cómo se siente, General?; pregunta el Mayor, Mal, cómo quieres que me sienta; responde Castillejos desesperado: Pero dime muchacho, qué ha pasado, qué ocurre allá afuera; arremete el anciano con la esperanza de una buena noticia, alguna palabra de aliento para calmarlo, Las cosas caminan, hace un rato estuve hablando con un camarada al que quiero mucho, el Cochi, yo lo creía muerto, pero las cosas van, a pesar de algunos problemas, nos fue imposible tomar Rancho Nuevo, pero logramos tomar Chanal, Altamirano que para nuestra suerte sólo estaba custodiado por policías de seguridad pública, Las Margaritas también cayó aunque perdimos varios de nuestros hombres

claves, como ve, todo a pedir de boca; dice el Mayor con voz orgullosa, el anciano mueve la cabeza negando lo que escucha, ¡Pero qué chingados pasa con el ejército!, no es posible que no opongan resistencia; No, resistencia sí hay, es ahí donde nos ha ido mal, justo en Ocosingo que es pieza importantísima, ¡fallamos!, nunca pensamos que las cosas resultarían de tal forma, para allá se fueron como mil compañeros, salieron del ejido San Miguel, dos días antes habíamos secuestrado unos camiones de redilas, los compas viajaron vestidos de civiles para taparle el ojo al macho, el enfrentamiento empezó ya tarde, a las ocho de la mañana, dicen que los polis corrieron al Palacio Municipal, ¿se acuerda del edificio?; pregunta Moy por la inercia de su relato, Cómo chingados no me voy acordar si en mi mandato lo reconstruimos; responde el anciano enojado, el Mayor parece no escucharlo: Pues merito ahí se pusieron a echar bala, pero ya los compañeros los tenían bajo su control, por el otro lado se tomaba la estación de radio XEOCH, la mera verdad todo fue como una fiesta, luego luego sacaron la caja del Banamex, regalaron a toda la gente los zapatos de Calza Moda, y dicen que corrían los muchachos llevándose la ropa de la Suriana, si hasta los refrescos de la Coca Cola se quedaban tirados en las calles porque nadie se daba abasto de tanto

regalo, ni Conasupo y el ISSSTE se salvaron, pero llegó la desgracia pues, los compañeros que tenían que cerrarle el paso a los ejércitos en la selva no lo lograron, cuando avisaron que venían los enemigos por Tabasco se trató de detenerlos, pero tampoco se pudo y muchos de los nuestros quedaron muertos cerca del restaurante La Cumbre, donde pasan a comer los camioneros, cerquita de Jotolá; quién les iba a decir a los que estaban en el Tianguis Campesino, el de frente al mercado, que los cabrones soldados estaban ya a pocas leguas de ellos, por la carretera de Palenque; el General escucha emocionado, sus ojos brillan, respira agitado, una posibilidad de salvación comienza a rondarle el pensamiento, no quita la mirada del Mayor que sigue narrando con emoción: Ya por las tres y media de la tarde nos tenían rodeados, como a las cuatro empezó la balacera, llegaron varios helicópteros, pues, ahí también venían más militares, y pues fue una tremenda derrota; reconoce Moisés mientras sirve café, con un asentimiento de cabeza le ofrece al viejo, pero éste le dice que no, piensa que la tropa de insurrectos está desmoralizada: Mira muchacho, así terminarán las cosas, como les fue en Ocosingo les irá en todas y cada una de las cabeceras y predios que tomaron, eres joven, puedes rehacer tu vida, te prometo que al salir de aquí te daré trabajo,

una fuerte recompensa, no seas tonto; grita, su rostro enrojece de rabia, pero el Mayor ni se inmuta, lo observa con incredulidad: No confunda lo real con lo verdadero, a veces es necesario un poco de oscuridad para que brillen mejor las estrellas; dice Moisés con aplomo; ¡Mamadas!, esas son pendejadas que te han inculcado los pinches bandidos que los dirigen, es palabrería para marearlos y hacerles creer que sustentan sus principios en una causa justa, ¡reacciona muchacho!; el anciano se pone de pie, él mismo se sorprende de su estado de excitación, respira hondo y vuelve a sentarse, Moy sonríe casi con compasión: Cuando la verdad se hace transparente, también se convierte salvaje; las precisas palabras del Mayor lo dejan pensativo, la desesperanza se apodera de nuevo de él y la calentura le provoca sudor frío, pierde visibilidad y un intenso mareo le acomete: ¡Mierda!, ustedes son animales del mal, asesinan sin compasión porque no pudieron construir lo que nosotros, ahora se les hace fácil robar, matar, son una plaga desgraciada, masacran amparados en la anarquía, masacran por masacrar; tiembla y un hilo espeso de baba le escurre por la barba, siente náuseas, alguien se aproxima a él con paso firme, ¿Hablas de Masacre?, ¿Te acuerdas de Wolonchán, Augusto?; al escuchar la voz casi agria en su vehemencia, una mueca de

terror surca su rostro, una rara y nerviosa irritación se apodera de él, ¡Moisés, ayúdame!; exclama intentando ponerse de pie, siente que la conciencia le pesa más que los años, ¡Moisés, mírame!, eres mi más grande terror, pero al mismo tiempo mi única esperanza, no me dejes; el Mayor se acerca, trata de calmarlo pero el anciano lo separa, su mirada está perdida, ausente, comprende que es presa de delirios; Vamos General, cálmese, ahorita le traigo un poco de té caliente y a ver si consigo algo para su fiebre; el pequeño cuerpo del Mayor se pierde en las sombras, apenas abre la puerta del jacal y el anciano se deja caer en su silla sollozando de miedo: ¡Moisés perdóname, perdónenme todos!; Wolonchán, los salvajes tampoco olvidan, por eso te tienen aquí, y mira que hace poco tiempo, mil novecientos ochenta, entonces sabían arreglar los problemas; los finqueros controlaban las vidas de su peonada, debo reconocer que fueron maestros en el arte de someter a los pobres infelices; sí, sólo nuestros trescientos años de colonia se les compara, nuestras artimañas y jugarretas fueron heredadas fielmente a sus padres, a los hijos, a los nietos, ¡a ustedes hombres de razón y alma!, habían logrado que los campesinos que sembraban maíz bajaran de las montañas a las cabeceras municipales a comprarlo en los mercados, y en las calles se escuchaban las voces acusantes: Pinches indios güevones, ya no quieren sembrar, se vienen a comprar su maicito, las gallinitas; antes pasaban de puerta en puerta ofreciendo las verduras y ahora son ellos quienes vienen a comprar, ¿no que están muy pobres?; por eso están como están. ¡Jugada de maestros sin lugar a dudas!, les pagaban nueve pesos por kilo de maíz, y ustedes en sus tiendas les vendían el azúcar en veinte, ocho la sal, veintidós el frijol, ¡grandes estafadores!, treinta y siete la lata de sardinas, ¡cuarenta el litro de aceite!, tres pesos un huevo, ¡hombres de provecho, sabían cuidar lo suyo!, casi la mitad de fincas y haciendas de todo el país se encontraban en Chiapas, ¡Chiapas y sus más grandes terratenientes!, ¡Chiapas ejemplo para Guatemala y México!

¿Te acuerdas, general? los años dorados, el paraíso en tus tierras, en tus ríos y en tu yugo, edificaste casas y cercaste predios, no se saciaban con nada, más de mil campesinos reclamando tierras, los muy alzados, como si les perteneciera algo, desagradecidos cabrones, los de Wolonchán llevaban diecinueve años de trámites, los de Santa Cruz veintiocho, los de Chabec' lum veinticuatro, los de Tacuba diecinueve, los terratenientes ¡eran los únicos que

sabían trabajarla!, los desgraciados indios jamás podrán ver más allá que su consumo, sus miras son limitadas, su visión es su hambre, su preocupación es tragar como puercos y hacer hijos que luego no podrán mantener, ellos necesitaban de ustedes más que ustedes de ellos; eran y son muchos, como ahora, sobran manos y piernas para producir, por eso matar es común, nadie, ¡nadie perdía nada!, en Wolonchán se habló de doce muertos en documentos oficiales; la gente del lugar de cientos, nadie sabe cuánta muerte nació esa noche. Pero nuestra fuerza se sintió siempre, antes y después de la masacre, en Chiapas teníamos nueve mil efectivos del ejército, además de los agentes de Seguridad Pública, traídos y alimentados por ustedes, no se limitaban los gastos, lo primero era lo primero, afianzar nuestro poderío lo más importante; lo noto en cómo frotas tus manos sudorosas por los lazos que te atan, esas cuerdas te amarran a ese pasado, esta silla es tu trono después de la historia, eres el rey miserable, decidido hombre de acción ayer, hoy eres un guiñapo de suciedad, los zapatistas ataron tus ojos con ese paliacate rojo por que no soportaron la tristeza de tu mirada; el abandono de tus fuerzas, la putrefacta alma que anuncian; si pudieras mirar este jacal, es pequeño y sucio, tu captor te vigila mientras hablo contigo, hay una

mesa de madera apolillada, algunas sillas, un ocote y una vela encendidos, una sola puerta para ti, ni una ventana para tu corazón, afuera la selva espera tragarte, mi buen amigo Augusto; ahora eres como las estatuas: orgulloso de tu soledad; pero aquellos años ochentas fueron distintos, los hombres fuertes se unieron por la misma causa; el treinta de mayo el presidente de Yajalón, aquel tan amigo tuyo, Dorilián Moscoso autorizó a los caciques de la cabecera usar armas, habló por el altoparlante, todos tenían un arsenal en sus casas, ¿de dónde salieron tantas armas generalito, dime?, sin duda eran buenos tiempos. ¿Por qué no seguiste así? En Sabanilla les pagábamos sesenta pesos por doce horas de trabajo, y ni quien respingara, buenos tiempos, y dime Augusto que tal el negocio del aguardiente, chingados, ese si era fructífero, comprábamos el licor de caña en San Juan Chamula contratando arrierías, nos llevábamos muchos días de viaje, nos vendían el litro en cuatro pesos, y con el pretexto del trayecto y los terribles peligros, se los vendíamos en sesenta, y a los peones acasillados les pagábamos el trabajo con cañardiente, ¡Visionario!, ¡dignos descendientes de nosotros los conquistadores invencibles! Éramos dueños únicos, ungidos por la venia del Señor; los caminos estaban marcados desde el origen de los tiempos, una clase

verdadera de hombres, dotados de fuerza, razón y bendiciones, eran ustedes nuestra herencia, Dios seguía su hermosa y santísima tarea en cada una de sus almas; los indios cumplían también la encomienda, someterse humildemente para el desarrollo de todos.

Ah, viejo amigo, los años ochenta y sus guerras a punto de estallar, los cambios del centro de la república se los pasaban por los güevos, que la Alianza para la Producción lograba en el setenta y ocho derogar el control de precios sobre ciento treinta artículos y nosotros aquí exigiendo el derecho de pernada, que el maldito Partido Comunista Mexicano obtenía por primera ocasión su registro legal con otras agrupaciones; y aquí matábamos dirigentes del Partido Socialista de los Trabajadores, y esos desgraciados también obtuvieron su registro; los del centro doblaban las manos y las piernas; pero ustedes seguían firmes, implacables. Después la debilidad fue mayor, el PSUM nació juntando a los miserables izquierdistas, ellos fueron los verdaderos causantes de nuestra crisis, vinieron los curas rojillos y los maestros a llenar de mierda la cabeza de los indios, ¡ellos solos no son capaces ni de trabajar organizadamente!

Los pueblos de aquellos años vivían en su remanso de ignorancia, podían reconocerse sólo

como sirvientes de las fincas, en ello ponían su empeño y los sueños, ser caporal, caballerango o capataz era el ideal de sus mugrientas vidas, ¿cuántos vendieron hijas y mujeres, padres y madres para alcanzar el puesto tan codiciado?, muchos, ellos eran más ambiciosos que nosotros, pero sus querencias no llegaban a ser verdaderas, tan sólo remedos de sentirse otros, Dios no les dio más futuro; en los jacales se escuchaba solamente el silencio de la nada, ni llegaban noticias del mundo, apenas nuestro Señor Jesucristo, prestado a ratos, se convertía consuelo del llanto y la desesperación, guiándolos por el camino de la sumisión y la obediencia.

Los viejos de las comunidades habían peleado veinte años antes, cuando el patrón corrió a un grupo de peones, iban muriendo de pena, perdiéndose en la vorágine de los pesados días, retirados en los camastros de la epidemia y el olvido, los jóvenes, hombres y mujeres tomaron ochenta hectáreas de don Gustavo Flores, a pesar de ver cómo al lado de ellos descabalgaban los militares, y los insultaban para que dejaran esa tierra, no se movieron del lugar, algunos aventurados comenzaron a gritar vivas a la Virgen, los campesinos desarmados alentaban a sus compañeros alzando sus sombreros de palma, uno de los generales se acercó secándose el sudor con un paliacate, y con voz enérgica les

ordena que se vayan a sus casas, pero no se mueven, ¡Wolonchán, coño!, mil novecientos ochenta, junio hombre, ¡Wolonchán, mierda!, y si te dijera General que este jacal está justo sobre esas ochenta hectáreas, la sangre se revuelve con la historia y juzgará tu propio destino, te verán desde las alturas los ojos milenarios del dolor, huele la pólvora aún caliente dentro del cráneo de mujeres y niños, se mezcla con el perfume del barniz de las uñas de tu mujer, mira la carne podrida sobre la piedra de sacrificios de los poderosos, bebe los jugos pútridos de la desdicha como el coñac que tanto te gusta, huele el aroma del café y el llanto cortado a bayoneta despiadada, allá lejos están tus palacios y las mujeres hermosas, los viajes a Europa y las risas, el estuche con tus condecoraciones y brillantes, y tus incondicionales hoy escapan al extranjero y niegan a mil voces tu amistad, nadie es tu amigo, todos hablan de tus excesos.

Augusto agita el cuerpo con coraje, trata de desatarse, le es imposible, muerde sus labios con rabia, un hilo de baba le escurre por la barba encanecida: ¡Malditos!, grita enfurecido; Bernal arremete encolerizado: No valen nada, traidores, hijos de la chingada, ni uno de ellos tiene el valor que yo tuve, ya no hay napoleones, ni Bernales Díaz del Castillo, ¡Castillo!, ¡Castillejos!, aunque nuestros apellidos

sean de Castilla, nuestras almas están separadas por el destino, se terminaron los hombres en estas tierras, Mazariegos y Cortés han muerto para siempre, pinches generalitos apaleados por sus mujeres, arrastrados, hueseros de pacotilla; el General abre los ojos con espanto, mira con odio al Soldado español: Yo no tuve nada que ver con Wolonchán, actuaron solos, no escucharon ni al gobernador, los pinches terratenientes se atrevieron a darle al gobernador un plazo de dos meses para desalojar y llevarse a la gente a la selva lacandona, fueron ellos los únicos culpables; Bernal ríe a carcajadas, camina alrededor del anciano: Vamos hombre, si sabemos bien que el catorce de mayo el ejército llegó a Tila, guiados por los terratenientes y un ingeniero de la Reforma Agraria, murieron cientos de campesinos y falleció el propio ingeniero; el General se pone de pie, su cuerpo parece recuperarse, enfrenta a Bernal: Yo mismo puse ante el Ministerio Público, un tal Carlos Muñoz, el mero diecisiete de junio, la denuncia de los hechos, yo era el comandante de la treintaiuna zona militar; las cosas iban bien, el gobernador Juan Sabines había estado días antes y le dijo a la gente que no se preocupara, que nadie los molestaría, cómo chingados creen que nosotros atacaríamos así nomás, no somos tan pendejos, yo no soy culpable de eso, siempre he trabajado ho-

honestamente mis tierritas, carajo, no me salgan con estas puterías; Bernal lo rodea con pasos lentos: Sí general, pero, cómo explica que ese tal Carlos Muñoz comenzó las investigaciones un mes después del día de la matanza, ni siquiera se había hecho la inspección ocular; pero no los juzgo, por el contrario, aplaudo su coordinación, la fuerza y la decisión; el viejo le toma con ambas manos la chaquetilla y lo acerca con furia: Mira pinche soldadito de mierda, ese asunto esta bien cerrado, fue bronca de indios y finqueros, nosotros estamos fuera del problema, sus mamadas a otro cabrón, soy demasiado hombre para sus pendejadas, y a ver dónde dejas al jijo de la chingada de Aguilar Talamantes, en los primeros meses del ochenta su PST lanzó su puta campaña ¡nacional!, de invasiones agrarias, a quién chingados se le puede ocurrir tal mierda, y ahí va la indiada de pendejos a invadir Wolonchán, ese infeliz comenzó muy exigente por la matanza, y en cuanto lo amenazaron de quitarle el registro a su negocito, entregó las nalgas, dijo en conferencia de prensa que siempre sí, que todo fue un enfrentamiento entre campesinos, con saldo de un muerto y tres heridos; Bernal mueve la cabeza con desaprobación: Pero eso fue la primera agresión del treinta de mayo, donde participaron los policías del estado.

Domingo quince de junio de mil novecientos ochenta, ya la tarde iba pintando el cielo de azul profundo, y muy a lo lejos podían verse algunas estrellas, pálidas y distantes, se sentía el asfixiante calor, y la frescura de los árboles de mango que chorreaban miel de sus frutos, no alcanzaba a sofocar la atmósfera caliente y detenida, los campesinos se reunían en el patio de tierra del pequeño poblado, los hombres discutían entre sí, mientras las mujeres espulgaban a sus hijos; gallinas y guajolotes se atravesaban a cada rato, removiendo el polvo seco con sus alas. Nos llamó mucho la atención la parvada de zanates que llegó a posarse sobre uno de los árboles más altos, silbaban como anunciando desgracia, un hombre chaparro y moreno hablaba con energía, era Abelardo Cruz, cuarto regidor de Sitalá, gritaba: Ya hablamos con el señor gobernador, prometió la pronta resolución, que no tengamos miedo, nadie nos va a molestar, los ejércitos ya se van a ir, sólo vinieron para darnos seguridad; sacó de su portafolios de plástico negro un folder de papel manila, y orgulloso de su logro presumió: Miren, este documento tiene la palabra de don Juan Sabines, ya nos firmó compañeros, no hay de que preocuparnos, pues.

Las ochenta gentes descreían, hablaban todos al mismo tiempo, los niños correteaban entre

los cafetos, la noche era ya inminente, las sombras cubrían la espesura de los matorrales, un hombre viejo levantó la voz y todos callaron para escucharlo: Es que siempre nos han engañado Abelardo, no es que no creamos lo que dices, pero los finqueros amenazan y dicen que nos van a matar; no había terminado de hablar cuando el ejército los rodeaba, Abelardo sudando de terror y con los ojos casi saltándole de sus cuencas gritó con voz entrecortada: No teman, qué quieren, ya hablamos con don Juan Sabines, aquí tengo su firma en esta acta, no pueden hacernos nada, ¿a qué vinieron?; grita mientras la gente se repliega hacia los arbustos, un capitán lo mira con indiferencia y contesta como esperando alguna señal: No les haremos daño, ese no es el papel del Honorable Ejército Mexicano; justo al terminar Mexicano, los efectivos abrieron fuego contra todo lo que se movía, el intenso olor a pólvora congregando las sombras más antiguas, el eco de las montañas responde desde la ignominia, hay una niña muerta debajo de cada árbol, mutilada su mirada de primavera, el soldado le arrancó el mundo de un tajo, niña corazón de noche, le arrancaron las manitas antes de llorar un poco, niña de la noche estás muerta, tu corazón deja de latir y en un lugar de la selva un río se seca, estremece la tierra, una lágrima de savia se desliza por la pálida

presencia del tiempo, mujeres corren entre matorrales y espineros, la descarga ensordece lamentos de los heridos, humo y odio acribillan a los hombres, el anciano se arrastra entre las hojas secas, una bala le destrozó la pierna izquierda, los soldados gritan, persiguen, matan como debe ser, cumpliendo órdenes, muerte engullendo muerte, el verde olivo de los uniformes se confunde con el dolor, el soldado jala de los largos cabellos a la muchacha indefensa, la arroja al matorral, una patada certera en el vientre la hace gritar de horror, el culatazo certero en plena cara le destroza la mandíbula, el sordo sonido cimbra la oscuridad, borbotones de sangre escurren por los labios temblorosos, huyen vivos y muertos, sangre, charcos de sangre, sangre niña degollada a la mitad del alba, ancianos sorprendidos por su propia guadaña, sangre, charcos de sangre en la madrugada milenaria de días y horas, sangre llorando más sangre, cráneo destrozado sobre las enormes raíces de la ceiba, sangre preñada, un niño se protege con el cadáver de su padre, los cuerpos buscan su mortaja en la niebla, en su carrera infernal el Cochi choca contra hombres y mujeres, jadea, frío sudor empapa su regordete cuerpo, un militar lo agarra del cuello: Hasta aquí llegaste hijo de la chingada, le grita con odio, mientras le coloca la pistola en la sien, un

campesino golpea al soldado, el Cochi huye, se pierde en el más oscuro terror que se hace braza, fuego creciendo en cada pecho, sangre, un hombre se desangra a pocos pasos del silencio, pierde la mirada en un cielo negro y distante, agoniza en el largo y triste quejido de su pueblo, lo que suena no es el aire rasgando la luz de las estrellas, ni el río que empuja su espectro por el vado, es el llanto podrido de maldad y miseria, impotencia de sangre goteando desde el alba más fría, huesos cercenados, gritos, venas abiertas a la tierra, llanto, muchedumbre huyendo a una historia de mentiras y mierda, gritos, se cierran veredas y caminos, es nítido el estruendo de la metralla, el perverso olor de la sangre impregna las ropas, todo se hunde en tinieblas de muerte, crece el infierno, escupitajo de soldado sobre la tumba húmeda de la historia, no hay piedad ni descanso, la muerte comienza una vez más su ardua tarea.

...Yo, Bernal Díaz del Castillo, arengando a los soldados, animando con mi fuerza y honor a los finqueros vestidos de militares y policías, ellos sobre todo eran dignos de mis atenciones, hombres decididos a todo por sus tierras, verdadera vanguardia del tiempo, matando mujeres y niños por la santísima propiedad privada, apretando el gatillo sin ver el rostro del caído, sin escuchar el llanto del

herido, asestando un manotazo manchado de sangre, salto cadáveres, tomo de los cabellos a un indio, Mario Hernández se llama, mi espada cruza su pecho desnudo, Mario Hernández muriendo de terror, sus ojos parecen saltar de las cuencas, un hilo de sangre ennegrecida escurre por sus labios destrozados, lo arrojo con tal violencia que cae sin meter las manos, el golpe suena seco, Mario Hernández sustancia de tiempo, pateo su rostro hasta que deja de quejarse, Mario Masacre es ahora tu nombre, Humillación tus apellidos; los quejidos de moribundos fueron heraldos del devenir, la purificación de nuestras almas, la verdadera misión de conquistadores, paz en la tierra eterna de Dios, paz para vivir con el paso imperecedero de las horas; ¡Yo, Bernal Díaz del Castillo en cada bala!, en la pólvora y la rabia, yo Bernal en más de veinte federales y en los finqueros vueltos soldados por su derecho, verde olivo y armas para defender el honor de los civilizadores, Bernal Díaz del Castillo en el grito de los guerreros, yo mirando a diestra y siniestra, ayudando al que no sabía disparar un arma, bombeando el corazón de los terratenientes jóvenes que vacilan al ver al escuincle sin brazos, la mujer con la cabeza destrozada y ojos aún mirando la soledad de la noche, ahí estuve yo, Díaz del Cas-

tillo en la más pura redención del amor por el poder...

El General siente el sudor frío resbalar por su espalda, en su insoportable terror confunde un sinnúmero de voces en su cabeza agotada, sus ojos anegados en lágrimas ven con claridad la masacre de Wolonchán; la lluvia no deja de caer sobre el siniestro escenario.

Inútil agua del cielo para lavar la sangre de los asesinados, algunas mujeres y niños salen gritando de sus chozas que se queman en un fuego fértil de venganza y cinismo, una ametralladora deja su senda de muerte, una granada de mano estalla destrozando las piernas de una anciana, ahí va Gabriel Díaz Hernández, presidente de Sitalá muy orgulloso guiando a finqueros y soldados, les muestra las salidas, sendas y caminos, ¡traidores!, mierda apestando la existencia humana, el traidor se encontrará con su verdadero rostro al final del trayecto, sentirá rabia, desdicha, asco de sí mismo, ahí van los indios traicionando a su propia sangre, José Araujo, peón de la finca Wolonchán, Pedro López y Mariano López riendo a carcajadas mientras vamos cayendo heridos, mutilados, los finqueros con uniformes de la policía y el ejército matan, degollan, prenden fuego a los jacales, corre Enrique Díaz con el rostro desencajado, Roberto Molina

siente su poder aún más grande, jala el gatillo de la pistola con decisión, Rutilio Ramos patea a una mujer embarazada, ríe, babea, Eugenio Ramos y Amet Ramos golpean a un campesino que hace minutos dejó de respirar, el tiroteo se sostiene en el tiempo, la lluvia torrencial empapa el dolor, la miseria es impotencia hecha opresión eterna, Romeo Moterroso persigue a un joven que en su desesperación salta al río, las aguas parecen encolerizadas por tanta muerte, los brazos del muchacho apenas se alcanzan a ver, de pronto su cráneo choca violentamente con una roca, la sangre mancha el lodo, se pierde en la oscuridad, las voces desgarran la pena: Es digno de lástima cómo murió mi hijo, se acabó el musiquero, se acabó el joven; digno de lástima es él porque la bala entró por el hígado y entre grandes dolores y sufrimientos se apagó lentamente su vida; los soldados disparan sin descanso, matan sin distinción: Pequeñito, hijo mío, que quedaste ahí tirado nada más; sólo Dios sabe cómo salí con mi hijo herido del poblado, acabando de salir de la casa fue herido por la espalda, a la orilla del matorral, sólo porque somos los más pobres y miserables de la región; otra granada estalla, deja piernas y brazos regados: Lágrimas en nuestros ojos noche y día, así al recordar a mi niño, el niño fue incinerado, esto no lo soporta mi corazón, no

lo admite mi corazón. El llanto cubre árboles y flores manchadas de sangre: Estaba bien hallado con mi hijo, juntos íbamos a la milpa, y en la misma casa comíamos, nos acompañábamos en los caminos, he quedado en gran desamparo...

Al salir el sol los indios escapaban, dejando sus pocas cosas en los jacales, jalando a sus hijos, haciéndose chiquitos, tragando su propio miedo y su desdicha, todos corrían en desbandada para refugiarse, ahí va la muchedumbre a pedir ayuda a la colonia Tacuba, municipio de Chilón; aquí no hubo una batalla, fue sólo el abuso del tiempo sobre las almas desterradas.

Seis mujeres caminan por las veredas de Tacuba, van a Wolonchán, los soldados las conminan a regresar; pero ellas están empeñadas en recoger a sus muertos: Aquí no hay muertos, y si no se largan ustedes van hacer las primeras, con una chingada; entre el llanto y la desesperación apenas logran ver en el monte doce cadáveres, perros y zopilotes se los arrebataban en lucha frontal, el olor a muerte impregna la selva, y por la noche se llevaron varias lanchas con muertos para desaparecerlos en el río Jataté: Jálele, viejas jijas, dejen trabajar en

paz; las mujeres retroceden y sin decir palabra regresan por donde vinieron... Augusto, ustedes eran señores todopoderosos, el ejército siguió a pie juntillas sus órdenes, y como buenos dueños del dominio se impusieron con las armas y la fuerza; después vino la fiesta, el desplegado del poder, como antaño llegaron a Tuxtla con tambores batientes y las banderas de la patria ondeando al viento del olvido, presumieron bayonetas, rifles, uniformes verde olivo libres, inmaculados de la sangre de los indios, y con ellos los finqueros que los acompañaron en la histórica tarea. Ahí estaba yo, ¡Bernal Omnipresente Díaz Omnisciente del Castillo Omnipotente!, la danza y la música para el festejo. Me sentí como en el año treinta y ocho, cuando nuestro cristianísimo emperador fue a Francia para encontrarse con el rey don Francisco, hicieron finalmente las paces justo en Aguas Muertas, y celebraron un banquete tan bello como el que ustedes hicieron en Tuxtla el veinticuatro de junio, pocos días después de la carnicería de Wolonchán, para desearle feliz cumpleaños al gobernador don Juan Sabines Gutiérrez; compartiendo la alegría el virrey don Antonio de Mendoza, el marqués del Valle, y la Real Audiencia, y varios caballeros conquistadores hicieron gala de festejos y bailes; para el onomástico de tu gobernante se unieron de igual

manera las fuerzas del estado; prepararon transporte, comida y bebida para borrar el luto y la sangre, negar su existencia con marimbas y alcohol; te digo algo mi querido Castillejos, el regocijo de aquel año fue tan grande que sólo la pachanga, aquí en Chiapas se le puede comparar, recuerdo que organizaron justas de cañas, corridas de toros, disfrazados como los terratenientes vestidos de soldados puestos a matar; sabes General, todo se igualaba a Roma cuando entraban triunfantes cónsules y capitanes que habían vencido en batallas; ustedes ganaron en Wolonchán, aunque se enfrentaron apenas a ochocientos indios muertos de hambre, casi desnudos y temerosos; y volviendo a nuestra fiesta, la de mi emperador y la de tu gobernante, ese día amanecía con un cielo completamente azul, limpio de nubes y malos presagios, no como en Sitalá donde los zopilotes cubrían el horizonte; no, aquí era distinto, este era el azul de los ganadores, de los hombres de razón, a los reyes se les llevó un escuadrón de salvajes con sus garrotes añudados y retuertos, otros con arcos y flechas; los indios de acá no tenían ni eso, además ya estaban muertos, comidos por los perros y las bestias de la montaña, yacían sus vísceras en el fondo oscuro de los ríos; les llevamos a los reyes grandes riquezas de la Nueva España, oro, piedras ricas, aljófar y argentería; la

comitiva de Tuxtla mandó traer cincuenta mil personas de todas las partes del estado, la buena ventura debía compartirse entre los chiapanecos; a la plaza de Rodas llegaron cien comendadores con sus ricas encomiendas, muchos de ellos a caballo a la jineta, armados con lanzas y adargas, otros los acompañaban a pie con arcabuces, por la mar navegando venía el marqués Cortés con sus cuatro navíos con mástiles, trinquetes, mesanas y hermosas velas; de pronto dispararon toda su artillería, desplegando poderío; aquí era distinto, ni un arma ostentosa, ni hombres prepotentes en uniformes; no, para la algarabía tocaron cincuenta marimbas desde las once de la noche del día anterior hasta las seis de la tarde del mero día de San Juan Bautista, tocaron valses y boleros, bailes típicos y hasta a Mozart, las mañanitas en las marimbas sonando al mismo tiempo aún hoy no se olvidan, de la misma manera nadie recuerda Wolonchán; grandes mesas con dos cabeceras, en una el Marqués y en la otra el virrey, acompañándose de sus maestresalas y pajes; nos sirvieron ensaladas, cabritos, perniles de rico tocino asado a la ginovisca, el olor de la carne despertaba el apetito en el instante mismo de sentarnos a la mesa, los pasteles de codornices iban de charola en charola, entre risas y pláticas animadas pasaban platos con palomas, gallos de papadas y

gallinas rellenas eran una delicia para los más rigurosos paladares; después el manjar blanco espolvoreado de dulce canela, la pepitoria y la torta real; los sirvientes no se daban abasto, corrían a las cocinas que despedían ricos olores, un grupo de mujeres bien ataviadas se acercó trayendo pollos y perdices de la tierra, el ácido sabor del vinagre hacía cerrar los ojos del virrey mientras saboreaba una codorniz en escabeche; ustedes no se quedaron cortos, comimos en abundancia, sin limitaciones, bueno, para ser sincero los platillos no eran tan apetitosos como en España; pero el aroma de los ciento cincuenta mil tamales que trajeron se sentía en todo el centro de Tuxtla, las larguísimas mesas presumían las siete toneladas de tortillas, la gente hacía filas por cientos para recibir los exquisitos platillos; tres toneladas de frijol apenas y saciaba el hambre del pueblo chiapaneco, para los pobres la bonanza sería únicamente por esa festividad, comían hasta hartarse y muchas señoras abrían con descaro sus morraletas para llevar alimento a sus familias, perdiéndose entre la muchedumbre para bailar allá en sus empobrecidas casitas, lejos del señor gobernador y su alegría; todo Tuxtla feliz, con la buenaventura de sus gobernantes, con la venia de la ley para disfrutar del baile y las carcajadas, la carne de las ochenta reses sacrificadas se repartía de mano en

mano, arrebatándose los filetes y el asado, los perros pasaban entre los pies de los bailarines, los vivas se escuchaban por doquier, ahí me paseaba contento de ver al pueblo compartir con sus señores, olvidados de su historia y la tristeza de sus días, perdida la memoria gracias a los ochenta mil botes de cerveza, ¡el aguardiente ha sido nuestra arma más poderosa!, bastaron tres traileres con refrescos para darles un poquito de contento, una tortilla y un pedazo de carne, ¡así se gobierna! La gente bailaba y aplaudía a todo lo largo del bulevar Belisario Domínguez y por la avenida Plutarco Elías Calles los arreglos florales daban un hermoso colorido al festejo, ¿te dicen algo estos nombres, Augusto?, olvidar es del pueblo, no de los poderosos; ahora te quejas de la amnesia de tus amigos, los alumnos que pronto dejaron tu nombre en la caja vacía de los años, tus compañeros y subalternos de trabajo; sólo tus hijos y tus nietos se acuerdan de ti, han alzado su voz; pero nadie los escucha, ya nadie está bajo su yugo, la gente, Castillejos, olvida quienes la ayudaron, quien les tendió la mano, quien les apoyó para un cargo, tú fuiste padrino de muchos políticos; pero ellos no lo recuerdan, te han dado la espalda y a cualquier oportunidad ensucian más tu nombre. Mira ahora estas calles de la capital, es claro el afán de hacer héroes a los traidores que

escondieron sus asquerosas intenciones en el pueblo, ustedes coronaron sus avenidas con los nombres infames, aquí la fiesta en Belisario Domínguez, que lleva tu propio apellido, ese que hace casi un siglo, allá por el veintiocho de abril de mil novecientos tres, mandó una funesta carta al único hombre de México, después de nosotros los conquistadores, don Porfirio Díaz, ¡Díaz tenía que ser, como Gustavo Díaz Ordaz, como Bernal Díaz del Castillo!, donde decía irrespetuosamente: ¿Cómo puede hacérsele creer que es muy feliz a aquél que no tiene qué comer?; malparido, quién era ese ridículo farmacéutico para hablar con esa desfachatez, no contento seguía: ¿Cómo convencer de que está muy bien administrado al que diariamente sufre o ve sufrir abusos?; hablaba como hoy lo hacen los indios rebeldes, estos desgraciados que te tienen encerrado en este cuchitril, y hasta parece que el deslenguado Belisario les dictara lo que dicen: Hacer a los gobernadores responsables de sus actos; la desgracia comenzó con estos traidores a la patria, y la paradoja mi querido general, está en la otra calle, la Plutarco Elías Calles, un verdadero visionario, él revivió la fuerza de los hombres de razón dotados del verdadero espíritu de mando.

Tuxtla era una burdel gigantesco, la lluvia no impidió la continuación de la alegría, era el agua

venida del cielo para limpiar de una vez por todas los muertos de Wolonchán, charcos con flores y confetis, quince cuadras de baile y banquete, la muchedumbre deliraba de contento, sin distinción la gente departía, unidos para darle la mejor fiesta a su gobernador; el director de fomento municipal hizo lo imposible para tener un festejo de gran envergadura, él mismo coordinó los numerosos contingentes que venían del interior, exigió de manera enérgica a todos los presidentes municipales una cuota mínima de trescientos acarreados; la caravana de automóviles y autobuses paralizó la ciudad, el constante sonido de cláxones, vivas y aplausos se confundían por avenidas, callejones, parques, mercados y calles, Chiapas nombrando a don Juan Sabines virrey del tiempo marchito, de los rostros reventados por la tierra, virrey del cinismo, virrey innegable de la desdicha y la mentira.

El silencio que cubrió la masacre de Wolonchán también se olvidó: los periódicos hablaron de la fiesta, las radiodifusoras del estado transmitieron con gran animosidad y lujo de atención el evento del año, el control remoto llegó hasta las comunidades más lejanas, allá en Sitalá, Chilón y demás lugares supieron de la verbena popular, la música de las marimbas fue escuchada en los mismos jacales de las víctimas de la matanza; la vida de

cientos de campesinos no eran suficientes para negarse la divina oportunidad de ser felices. No, nada Augusto, nada podía detener la algarabía y el festejo, ni las seis personas que murieron cuando un camión embistió al contingente de Tuxtla Chico, la muerte estaba contenta, se llevó al mismísimo presidente municipal, don Arnoldo Ruiz Armenta, y dejó cinco heridos, sus compañeros llegaron caminando al banquete, cansados y sudando por el intenso calor, ¡a tomar con avidez los botes de cerveza!, puestos a través de las avenidas en alteros de canastillas, traídos especialmente por el secretario de finanzas del gobierno, el excelentísimo don Antonio Pariente Algarín, aprovechando que era el distribuidor de la cervecería Moctezuma. Derroche, fiesta y más cinismo convertido carcajada. General, entonces trabajaban para el poder, borrando la historia reciente de los hombres, negándoles la posibilidad de retener siquiera un poco de vergüenza, pan y circo, circo y más circo, el pasado reduce las horas y el futuro es confuso y extraño que no deja más impotencia que el hoy, nada más el hoy; jugada de maestros Castillejos, así también se perderán las páginas que se escriben ahora, tu secuestro, tus cuarenta y cinco días de cautiverio, nadie lo recordará, sólo tú y tu familia, nadie más.

El General está abatido, su cuerpo se dobla de cansancio y pesar, silencios, ruidos, ausencias mezclándose en el incesante paso de los días, ahora no reconoce las voces que lo cercan, por primera vez en su vida se siente envejecido, tumba de todos sus muertos: los torturados y asesinados, los acribillados en Wolonchán. Moisés lo mira fijamente: Yo estuve cegado durante muchos años, fuiste mi patrón y creí en tu fuerza y buena fe, la ignorancia que ustedes los poderosos instituyeron en todo Chiapas fue el peor de los venenos, el eslabón que tensa la cadena de injusticia y complicidad; pero me cansé de pisar los huesos de mis hermanos, descubrí que la sangre seca era el blasón que perseguían los hombres del poder, me negué a seguir cosechando heridas, pude guardar algunos minutos de mi juventud para iluminar mi camino en las oscuras veredas de la selva, ahora soy un hombre distinto, soy Hombre, mi tiempo renace con la aurora, todas mis penas atizan el despreciable fuego de los indecisos, mi nombre ya no es Moisés hambre, Moisés pies descalzos, Moisés miradas sin vida, barro original escondido en la porqueriza, Moisés mañana sin senderos, Moisés polvo de todos los sepulcros olvidados, soy conciencia rebelde hacia el futuro, panfleto gritado por mil voces, en mi corazón humilde habita una flama silenciosa, se rompe mi

edad para dejar el tiempo de las piedras, en mi pecho de miliciano se encuentran centurias, legiones, proyectiles certeros, féretros perdidos en el horizonte, un aletear de palomas acompañan mis pasos nocturnos, reinvento mi nombre en el justo momento que el miedo relampaguea por el cielo de la selva, por eso te liberaremos en Guadalupe Tepeyac, yo mismo te devolveré, será otra fiesta, trescientos periodistas viajarán ese dieciséis de febrero, en un recorrido de ocho horas, en cuarenta microbuses, todo es fiesta en este país, las masacres, el hambre, los cumpleaños y tu propia entrega pública. La vergüenza es una fiesta de mierda.

Se burlarán de ti, la luz del sol será un pantano de adioses, los árboles dejarán escapar por un momento su soledad pertinaz, el insomnio de las piedras acompañará tus pasos cansados, en tu rostro habrá algo de niebla, de sueño interrumpido, de rabia tragada a destiempo; El testigo de calidad será el obispo Samuel Ruiz, ni más ni menos que el culpable de toda la revuelta, ese miserable que ha lucrado con la palabra de Dios para sus fines politiqueros, mírate ahí Augusto, caminando con paso lento, por un recodo del camino el polvo se levanta y los rayos del sol te hacen sudar y sofocarte, a tu

lado avanza el comando de indios zapatistas, con garbo y displicencia observan el mayor Moisés y la capitana Maribel, la gente se arremolina en el camino, empujándose entre árboles y el monte alto, gritan: ¡Que viva el ejército del pueblo!, te humillan a más no poder, General, ¡Mueran los explotadores!, la vejación sólo es en tu contra, violencia contra los que amamos la paz, ¡Viva el Ejército Zapatista de Liberación Nacional!, insultos para los verdaderos hombres, quienes hicimos de estas tierras un lugar de progreso y bienestar, ¡Mueran los corruptos!, así nos pagan, qué hubieran hecho ellos en nuestro lugar, los gritos duran más de quince minutos; Perdiste la estampa de puma satisfecho, dios excomulgado por tus feligreses más humildes, caminamos a tu lado, mis huellas conducen las tuyas, siento el triste latido de tu corazón empequeñecido, no eres ni la sombra de la soberbia hecha mando, tu desdicha es más amarga que la muerte, el polvo sigue pegándose a tu barba encanecida, a tus ojos desorbitados y esquivos, tienes una nostalgia de mujer abandonada; De pronto una voz por el altoparlante pregunta para exhibirte: ¿Qué queremos?, y la estruendosa respuesta del cinismo, ¡Paz!, prostituyendo esa palabra también, pidiendo su paz, su tranquilidad al quitarnos lo que con esfuerzo de siglos hemos fincado, ellos hablan

de paz al despojarnos, se comen las reses, asaltan los ranchos y destrozan las casas, son una plaga, ni siquiera tienen idea de lo que ha costado aquello que destruyen con sus orines de ratas inmundas; ¡No se oye!, grita el estúpido desbordado por la emoción de hablar alto, ¡Paz, Paz, Paz, Paz!, gritan los que obligan a los indios a sumarse a su ejército de mierda, esos que quitan tierras y matan en las comunidades, sí Augusto, ellos asaltaron bancos y robaron apoyos del gobierno para terminar con la pobreza, son los mercaderes del desamparo, vendedores de la Patria, ¡malditos, mil veces malditos!, no hay peor ralea que la de aquellos que roban y asesinan en nombre de los pobres.

La voz de Moisés se escucha cada vez más fuerte: El compa Aarón camina con calma bajo la atenta mirada de la gente, lleva en la mano derecha una hoja de papel, los intensos rayos de sol lo hacen sudar en demasía, lee dos documentos para mostrarte como el peor de los chiapanecos; El muy sinvergüenza afirma que tú ordenaste la matanza de Wolonchán, lo indignante es que se atrevan a enfrentarte, el desgraciado te incrimina: Augusto Castillejos Domínguez y su raza es el que más ha explotado los recursos naturales, como es la tala de

bosques en toda la selva chiapaneca, que durante años ha saqueado miles de árboles, perjudicando así el medio ecológico. Por eso se ve claramente qué tipo de gobierno ha venido manipulando, no sólo en este estado, sino en toda la república mexicana. Imbéciles, hablan como retrasados mentales, no son capaces ni de leer bien, por eso, General, no llegaron ni siquiera a ser importantes en las comunidades de indios, ahí matan, obligan y violan todo cuanto se les contrapone, ellos son mucho peores que nuestros gobernantes que sí saben hacer las cosas. Escuchas inmóvil, miras el suelo de tierra y pierdes la mirada en el pasado, te sientes como un pueblo abandonado, se han secado tus ríos y envejecido tus puentes, las ventanas siniestras dejaron escapar la luz para perderte en la oscuridad, cuántas ceibas han muerto en tu pecho, mueves la cabeza con calma, negando, el sudor resbala por tu barba, tu triste mirada se pierde en la limpia luz selvática.

Llegamos a la explanada de Guadalupe Tepeyac, el calor es sofocante, las horas del medio día parecen incendiarse con los intensos rayos del sol, frente a la clínica del IMSS, la escenografía para la pueblerina obra de teatro, como todo movimiento de improvisados, en el centro algunos perros se echan

indiferentes al espectáculo, un escritorio con seis sillas oxidadas, ahí firman los documentos de la entrega oficial, parado con desgana, quieres que todo termine de una vez por todas, tu esposa Elvira y tus hijos te esperan emocionados, alegres de verte vivo y bien, ellos se acercan, no contienen las lágrimas, los abrazas y te besan con amor, tu corazón descansa un poco, respiras con dificultad y le das gracias a Dios.

Embargado por la emoción, exaltado por la dicha de ver de nuevo a tu familia escuchas a Camacho Solís, sus palabras pausadas indican el ritmo de tu alma: Quisiera agradecer a los hombres, a las mujeres de Guadalupe Tepeyac, el habernos recibido con las manos abiertas. Quiero destacar que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional cumplió con la parte a la que se comprometió; Digno miembro del ejército mexicano, a la altura de un exgobernador, Permaneces inmóvil: Estamos confirmando que la política con principios es el mejor camino para resolver los conflictos y los problemas. No se hubiera podido lograr este resultado por la vía de la violencia; Palabras proféticas, los indios jamás estarán a la altura de la negociación de la paz, el gobierno siempre estará muchos pasos delante de su demagogia, la buena voluntad estará

de nuestro lado, hasta para eso somos mejores que los salvajes y sus secuaces: Pudo más el camino de la razón, el camino de la búsqueda de la paz y la reconciliación; Ese será el pensamiento de la gente, ya todos hablan de ello, los pequeños pueblos están hartos de vivir con violencia y encono, los mismos indios emigran a las cabeceras municipales, la tranquilidad se terminó desde la llegada de los rebeldes: Y éste es sólo un paso, pero un paso firme en la dirección de las jornadas de la paz y reconciliación. Las palabras de Camacho Solís te reconfortan y te dan fuerzas para mantenerte en pie: Creo que los que estamos aquí presentes hemos aprendido muchas lecciones, unos y otros, lo principal es que todos queremos que haya una paz digna, para los hombres, las mujeres, los niños, de aquí de Chiapas y de México. ¡Viva México!

Todo se olvidará Augusto, de nuevo el olvido hará presa al pueblo, y de vez en cuando alguien contará como un chiste tu secuestro, el olvido es nuestra arma más grande, y contra él nada ni nadie puede sostenerse, sólo quedará en la memoria el grito ¡Viva México!, olvidándose que cuando ellos hablan de México, es el suyo, el país de los señores del poder, de la pobreza, el México de las masacres eternas.

Después de los gritos y la fiesta, entre empujones de la gente y los periodistas que te acosan, esperas algo, una mirada, una simple sonrisa soterrada en el extravío, buscas, volteas, encuentras los ojos de Moisés tras el pasamontañas, reconoces su mirada iluminada, el pequeño cuerpo, el M-16 y las cananas te dicen: Te miro con mi rostro de viento, manantial a la mitad del día, en mi mirada de indio nace la nostalgia de tus pupilas, cuántos ojos hay en tus ojos, cuántas voces sostienen mi largo andar, nos habitamos un poco más, los adioses constantes de nuestras vidas se agolpan en nuestras manos, quizá ahora entienda la palabra Libertad, el vértigo de la realidad fluye con tu sangre, me acerco despacio, hay un latido de noche en tu pecho, me abraza con fuerza, mi pequeño cuerpo al mismo tiempo cubre ríos, montañas y lunas de la selva: Hasta luego General, le digo con una voz clara y sincera; No sabe qué decirme, estrecha mi mano derecha y me mira a los ojos y ve el brillo de siempre: No fui uno de los suyos, General; sí, lo derrotamos porque siempre lo respetamos; te digo mientras me alejo, tus familiares te abrazan y saludan, sigue mis pasos, este lento andar por la selva, desapareceré en la espesura de la montaña; usted General, regresará a las ilusiones de esta historia que no termina, lo seguirá la presencia de Bernal Díaz del Castillo,

estará en ese nudo de serpientes expeliendo veneno día a día, reptando; yo le diré y le digo No fui uno de los suyos; estas palabras claras y contundentes quedarán grabadas en su mente, No fui uno de los suyos, aunque la voz del siempre me obligara a recorrer muchos de los laberintos para encontrar el camino de la conciencia. No fui uno de los suyos.

Índice

Nudo de Serpientes
se terminó de imprimir al quinto mes
del décimo año del alzamiento zapatista.
Y a ocho años de la firma de los Acuerdos de San
Andrés, incumplidos por el gobierno federal.
La edición consta de 1000 ejemplares.
Para su composición se usó tipografía
de la familia Garamond.
Impreso en Editorial Fray Bartolomé de las Casas.
Chiapas, México.
edfrayba@sancristobal.com.mx